

2641

2702

COLLEGE

BRISTOL

UNIVERSITY

LIBRARY

2702

BRISTOL

UNIVERSITY

LIBRARY

2702

BRISTOL

876

UNIVERSITY

LIBRARY

2702

BRISTOL

UNIVERSITY

LIBRARY

2702

BRISTOL

4 libro 76.
Bolsa 16. 2.º dña
17. 288
July 1847

CUARENTA SIGLOS.

HISTORIA ÚTIL

Á LA GENERACION PRESENTE,

POR

DON ANSELMO FUENTES.

MADRID
A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES.
CALLE DE CAHRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

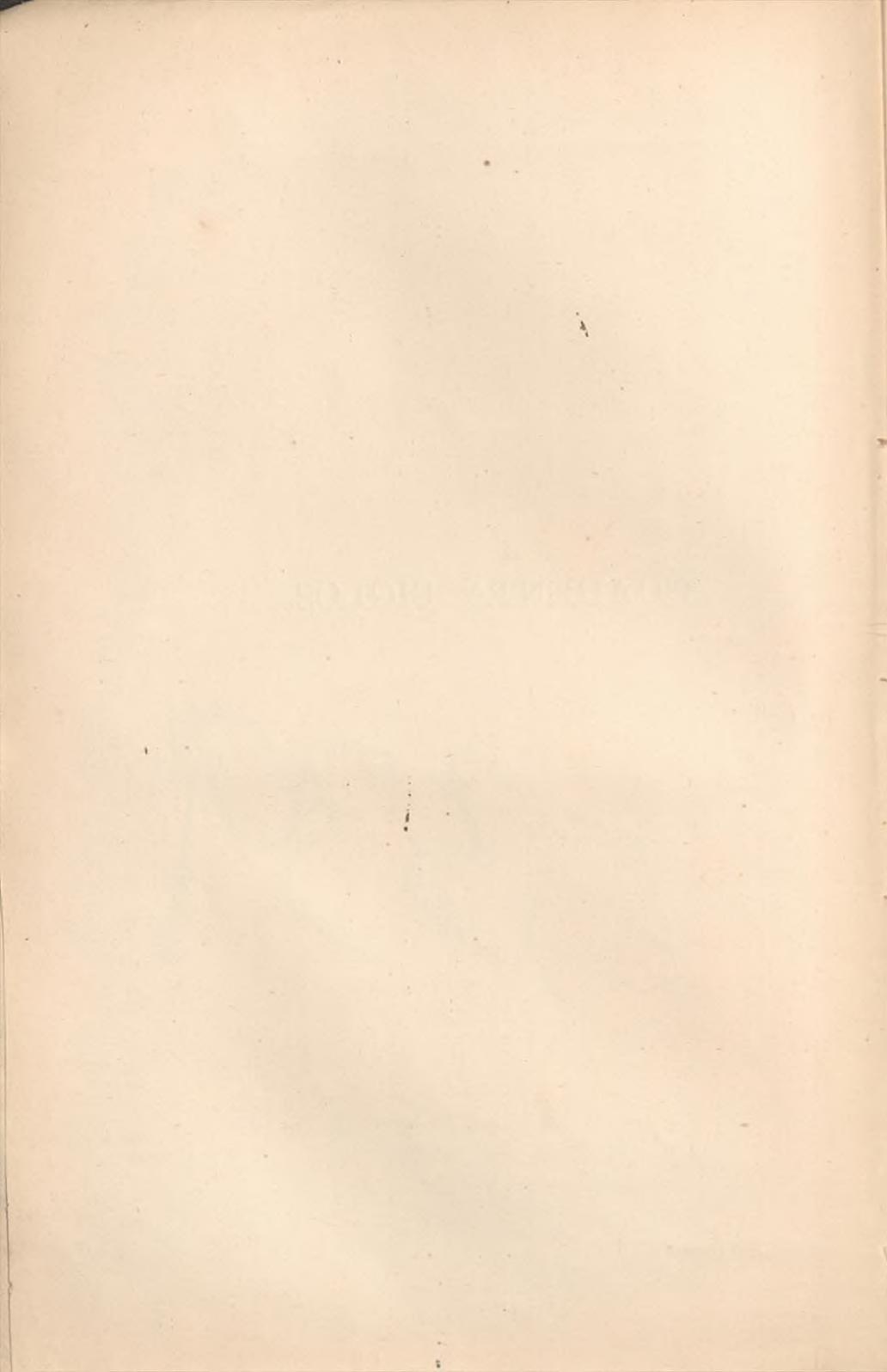
MDCCCLXXVI.

11

9304

CUARENTA SIGLOS.

5339



CUARENTA SIGLOS.

HISTORIA ÚTIL

Á LA GENERACION PRESENTE,

POR

DON ANSELMO FUENTES.

~~~~~  
*Anselmo Fuentes*

MADRID:

A. DE CÁRLOS É HIJO, EDITORES.

CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

MDCCLXXVI.

Es propiedad.

*Rey oct 288 lib 26.*

MADRID, 1876.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.<sup>a</sup>  
(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),  
calle del Duque de Osuna, número 3.

## CENSURA.

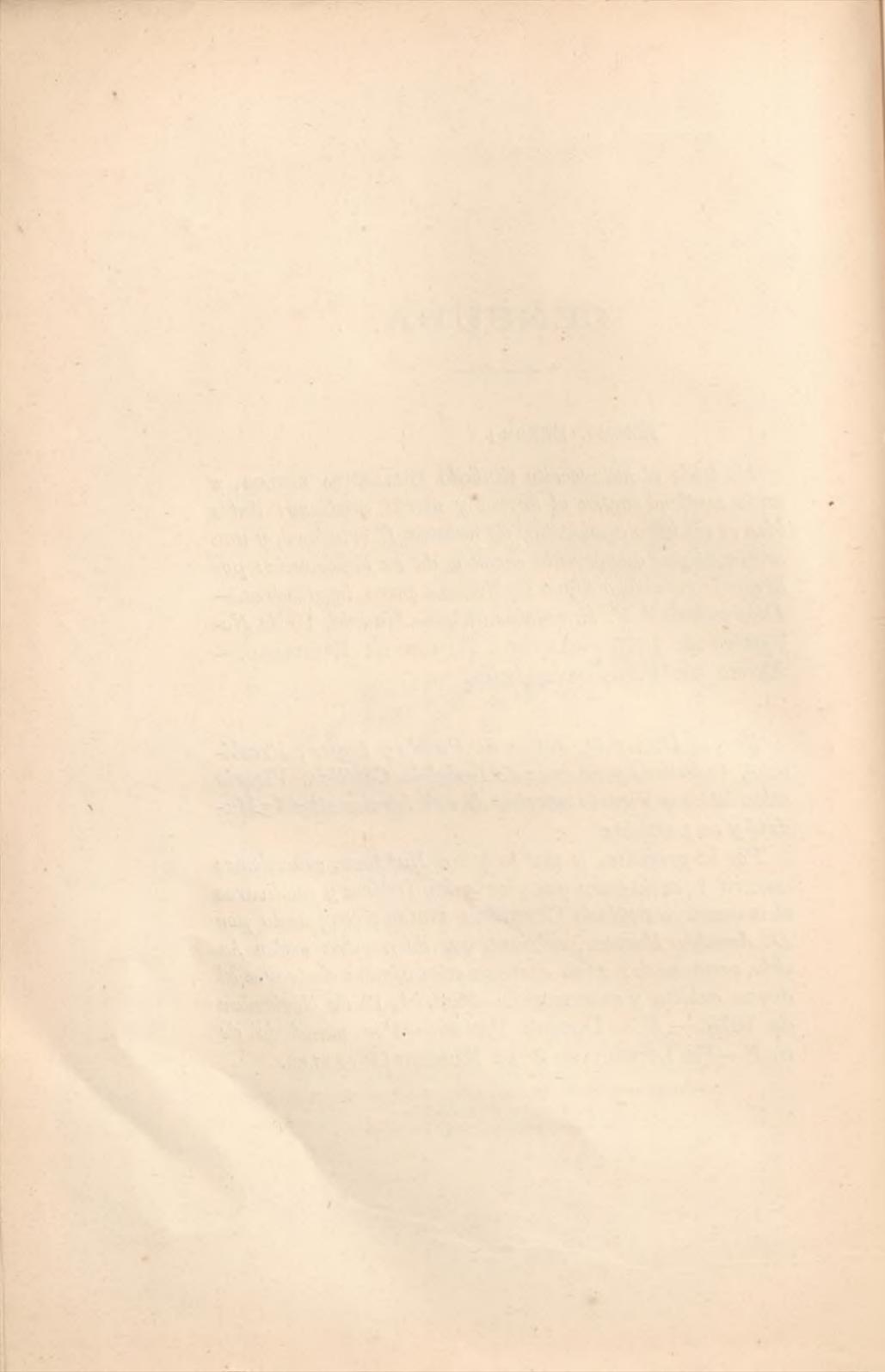
---

EXCMO. SEÑOR :

*He leído el manuscrito titulado CUARENTA SIGLOS, y nada contiene contra el dogma y moral cristiano; ántes bien es un libro apologético de nuestra fé ortodoxa, y una severa al par que erudita censura de su decadencia: por lo que le considero digno de licencia para imprimirse.— Dios guarde á V. E. muchos años.— Madrid, 10 de Noviembre de 1875.— DOCTOR RAMON DE EZENARRO.— Excmo. Sr. Vicario eclesiástico.*

*Nos, el Doctor D. Julian de Pando y Lopez, Presbítero, Caballero gran cruz de Isabel la Católica, Vicario eclesiástico y Vicario interino de esta heroica villa de Madrid y su partido;*

*Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado CUARENTA SIGLOS, compuesto por D. Anselmo Fuentes, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.— Madrid, 13 de Noviembre de 1875.— M.— DOCTOR PANDO.— Por mandado de S. E.— EL LICENCIANO JUAN MORENO GONZALEZ.*



---

## INTRODUCCION.

---

La guerra que hacen á la Iglesia sus enemigos nos llama á tomar parte en el combate, porque todo soldado tiene el deber imprescindible de defender la causa suya, la bandera que ha jurado guardar y la fé que tiene ofrecido solemnemente creer. Ciertamente que como haya buen deseo no es muy difícil ser defensores acérrimos del catolicismo, por las pruebas que demuestran su origen divino, pruebas que derivan de todas las ciencias; así que la geología, la filología, la astronomía y la moral, con ser cada una de orden tan diferente, sin embargo ellas contribuyen con irresistible fuerza á justificar la verdad sublime, el principio fundamental, la enseñanza sapientísima que ostenta el Génesis en todas sus páginas, la supremacía del legislador del pueblo de Israel, y la inmortalidad que embellece la Escritura Sagrada. Mas este particular no queremos consignarlo como objeto principal del punto que ha de ocuparnos, que para nuestro propósito basta con hacer un recuerdo, que sirva como de fondo á la figura de Abraham en el cuadro que vamos á presentar, porque si el argumento principal de nuestra tesis está apoyado sólidamente, las consecuen-

cias que deduzcamos de él tendrán que ser admitidas, habrán de considerarse concluyentes. Así lo creemos, y por eso pensamos obtener el triunfo al sostener que la historia del Patriarca es verdadera en sus hechos, en la trascendencia de ellos y en el carácter divino que descubre toda la acción del personaje. Fundados en esa opinión demostraremos que la civilización griega es opuesta enteramente al consejo y ejemplo de Abraham, que la civilización romana es también contraria al pensamiento dominante del Patriarca, y antagónica en mayor escala. Probarémos después que la idea primordial de los griegos y de los romanos ha sido conservada por una parte de Europa, y para simplificar esta demostración, nos concretaremos á utilizar rasgos y acontecimientos de épocas determinadas, dignas de mención especial por su importancia, y por el hombre que figura elevado á la categoría de héroe; todo lo cual pondrá en nuestras manos los medios necesarios para exponer las causas de las desgracias que afligen actualmente á los pueblos civilizados. Y como la materia es vastísima, superior á nuestras fuerzas, para hacerla más compatible con la propia debilidad tomaremos de la historia la parte que entraña más la vida íntima de la familia, con respecto á la moralidad ó inmoralidad del actor que juzguemos, sin violentar por esto el papel, para que campee con toda libertad su iniciativa y se vea con la extensión correspondiente; luzcan los dos sexos; contrasten la tendencia del mal y la del bien; rijan de una parte la causa necesaria y de otra la causa contingente; destaquen la voluntad divina con sus atributos inmutables, y la voluntad hu-

---

mana con su carácter mutable. Y de este modo podremos ver si la decadencia de Abraham ha correspondido á su fin moral, al órden que dió á la familia, al objeto que destinó los intereses, y á la alianza que en su persona quedó hecha por Dios.

---



---

## EL GÉNESIS Y LAS CIENCIAS.

---

Moisés ha dicho, dando á conocer la fórmula que usó Dios cuando ordenó desde la eternidad el diluvio universal: «*Ecce ego adducam aquas diluvii super terram ut interficiam omnem carnem in qua spiritus vitae est subter caelum: universa quae in terra sunt consumentur.*» Sabemos que Noé, su familia y el número de seres vivientes que le fueron designados por la voluntad del Omnipotente, alcanzaron únicamente la salvación. Este acontecimiento extraordinario, que en lo humano no tiene más autoridad que la que recibe del autor de la historia, que es la relación de un hombre, difícil de aclarar su certeza y aún su probabilidad, por el tiempo que ha trascurrido y porque la misma magnitud de la catástrofe reclama tener sobre ella precauciones. ¡Oh Providencia! á medida que la ciencia avanza, que el progreso se difunde, que la tradición se aleja y que la maldad aumenta, el diluvio puede justificarse con pruebas más convincentes. Veámoslas.

El Diluvio explica perfectamente la formación de los valles de erosión en las capas secundarias y terciarias, por efecto de las corrientes. La acción de las aguas, favo-

recida por la accion sublevante, por el desprendimiento de gases interiores ó del vapor de agua de las rocas hidratadas profundamente situadas, basta para dar la razon de la formacion de las cavernas y de los subterráneos, de donde sacan el agua las fuentes permanentes y los pozos artesianos. Los repetidos sacudimientos del globo y las grietas de la superficie explican muy bien las vetas interrumpidas, los diques, las rajas y otros accidentes semejantes. Las montañas, siguiendo las diversas capas que levantaron, marcan exactamente la época del diluvio en que surgieron, y Mr. Chaubard pudo probar por este medio un gran número de levantamientos acaecidos durante aquel gran período geológico. La unidad de esta causa geológica explica tambien la unidad de composicion de todos los terrenos que están formados de sílice, de carbonato de cal y de pedazos de rocas anteriores, cuya mezcla en diversas proporciones da á todas las capas su notable variedad.

Con esta descripcion severa cuadra perfectamente otra poética, ambas en la ciencia admirables y en la fé profundísimas.

Dios no se satisfizo con estos testimonios generales de su cólera pasada. Sabiendo cuán fácilmente pierde el hombre la memoria de la desgracia, multiplicó los recuerdos alrededor de su morada. El sol no tuvo por trono en la mañana ni por lecho en la tarde más que el elemento húmedo en el que pareció apagarse cada dia, como en las épocas del Diluvio. A menudo las nubes del cielo remedaron olas amontonadas, arenas ó escollos plateados, y en la tierra las rocas dejaron precipitarse las

cataratas. El resplandor de la luna, los blancos vapores de la noche cubrieron á veces los valles, aparentando un despeñadero de aguas. En los puestos áridos nacieron árboles cuyas ramas caídas gravitaron hácia la tierra con todo su peso, como si salieran todavía empapadas del seno de las olas. Dos veces al día se mandó al mar que se levantase de su lecho ó invadiese sus playas. Las cuevas de los montes conservaron sordos ruidos y voces lúgubres. La cima de los bosques ofreció la imágen de un mar ondulante, y el Océano pareció haber dejado su rugido en la profundidad de los bosques.

Moisés consigna igualmente en su libro santo, que el Señor descendió para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: « *Venite, igitur, descendamus, et confundamus ibi lingua eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui.* » Y el dón precioso que habia sido otorgado á la humanidad, de que todas las gentes pudieran tener un idioma comun, la justicia divina hizo que desapareciese. Y así como hasta entónces el lenguaje habia sido un medio poderoso de atraccion, la diversidad de lenguas obligó á separarse, á crear enemistades y á desconocerse criaturas que vivian, ántes de tener tanta soberbia, en trato íntimo, en paz y prosperidad. Así el género humano ha ido de grado en grado, y desde los tiempos primitivos, apartándose poco á poco de su Criador, y la corriente sigue su curso, las pasiones adquieren mayor importancia por el trascurso del tiempo, no obstante que en el desenvolvimiento de las edades se hacen descubrimientos que ponen más de manifiesto que la confusion de lenguas sobrevino para cas-

tigo de la soberbia humana, como vamos á ver del resultado que presenta el trabajo lingüístico que han hecho algunos sabios.

El nuevo mundo pareció al principio un obstáculo á la demostracion de la identidad de las lenguas; tan numerosa y profunda es la diversidad de dialectos americanos. Parecia que allí debia desaparecer la fé y prolongarse las resistencias de la incredulidad, pero habia allí tambien algo que avivaba la sed de la verdad, que parece ha querido Dios encerrar en las entrañas de nuestro siglo. Barton fué el primero que emprendió la tarea de iluminar aquel caos; fué seguido de cerca por Vater, y el resultado de sus investigaciones fué probar la existencia de algunas palabras comunes á los vocabularios de ambos continentes. Alejandro de Humboldt añade: « Por más aislados que puedan aparecer á primera vista ciertos lenguajes, y por más singulares que sean sus caprichos é idiomas, todos guardan analogía entre sí, y se percibirán más fácilmente sus numerosas relaciones á medida que se irán perfeccionando la historia filosófica de las naciones y el estudio de las lenguas. » Guillermo de Humboldt ha podido reducir las ochocientas sesenta lenguas y los cinco mil dialectos de las lenguas muertas y vivas en el globo, á tres clases principales: simples, por flexion y por aglomeracion. Balbi halla justamente en el mundo antiguo en que Moisés nos presenta el origen de las sociedades y la cuna de todos los pueblos de la tierra, las tres clases, esencialmente distintas, á que piensa el célebre baron de Humboldt se pueden reducir las formas gramaticales de la maravillosa variedad de

idiomas conocidos. Mr. Abel Remusat y el caballero Paravey han descubierto que la escritura jeroglífica de la China, particularmente el antiguo carácter, tiene rasgos evidentes de semejanza con los jeroglíficos de Egipto, y hasta con la escritura uniforme de Babilonia; que la lengua china contiene gran número de palabras de lenguas semíticas, y han podido reunir las dos familias indoeuropea y trasgángética, únicas que habian quedado independientes la una de la otra. De que resulta, dice Paravey, que no ha existido más que un solo y único centro de civilizacion para toda la tierra, y que todos los pueblos han bebido su civilizacion en la misma fuente y en el mismo país en que el Génesis coloca la familia de Noé despues del Diluvio. Por último, Remusat afirma que por el idioma de un pueblo puede conocerse su origen con precision, con qué naciones ha estado aliado, cuál ha sido el carácter de esta alianza, y á qué tronco pertenece, al ménos hasta la época en que se pierde y acaba la historia profana, y dónde podríamos encontrar en los idiomas esa confusion que les ha dado origen á todos, y que tantos vanos esfuerzos no han podido explicar.

Reconozcamos, pues, que la ciencia es un auxiliar poderoso de la religion, que como tal ciencia tiene que desenvolverse gradualmente, pero no dudemos nunca que sus tentativas, sus hipótesis, sus teorías acaban por último con el planteamiento de un sistema que pone de manifiesto la verdad. Y si la verdad es de tanto bulto como la de que el Génesis es el libro universal, la fuente única, el gérmen primero de la sabiduría, y si esto se sabe despues que han trascurrido *treinta y cuatro* siglos

(desde que Moisés escribió el *Pentateuco*); la inteligencia queda sometida y la voluntad subordinada á la grandeza de la justicia divina. Y estos descubrimientos ponen de manifiesto, además, que la humanidad tiene que ir con lentitud, con perseverancia, con amor, con esperanza y con fé en el estudio del caos en que vive; caos aparente, porque en la realidad la ignorancia no está en el objetivo que investigamos, que donde se encuentra es en nosotros mismos; porque la naturaleza está ordenada, los fenómenos sensibles tienen una regularidad perfecta, los acontecimientos se relacionan con una precisión matemática, y la humanidad no hace más que descubrir relaciones, hallar la forma lógica. Pues en realidad Humboldt, Balbi, Remusat y Paravey no han hecho más que encontrar en el tiempo y en el espacio caminos que había trazados en la eternidad, bellezas que el entendimiento debe admirar, y que sirven de emulación al hombre en sus trabajos científicos.

Por eso cuando la astronomía adelanta, y de sus adelantos pretenden los enemigos de la Iglesia sacar partido contra la bondad de la doctrina evangélica; cuando, como sucede con la cuestión, que está hoy muy en boga, de la pluralidad de los mundos habitados, si resultasen, que no resultan, pruebas que amenazaran derribar el edificio impecadero del que puso su primera piedra el Legislador del pueblo elegido por Dios, resultaría en último caso, como ha sucedido con el descubrimiento de los movimientos de rotación y de traslación alrededor del sol, como ha sucedido con el descubrimiento del continente americano.—Por eso el orador sagrado ha di-

cho desde la cátedra del Espíritu Santo: que se coloquen en el mundo sideral tantas poblaciones como se quieran, bajo tal forma y á tal grado de temperatura material y moral. El dogma católico es en este punto de una tolerancia pasmosa, pues pide solamente que *no* se haga de estas generaciones siderales una posteridad de Adán, *ni* una posteridad de Cristo.—José de Maistre se inclina á creer que pueden admitirse en los globos celestes naturalezas inteligentes que tengan alguna analogía con la nuestra. En fin, concédese en sana filosofía que Dios no pierde jamas de vista ninguna de las cosas que ha creado, y que no hay cosa creada que pueda continuar siendo ú obrando independientemente de Él.—En la superficie de este mundo, por humilde que sea en la gran escala de la astronomía, la atencion de Dios se halla diversificada y multiplicada en extremo. Cada uno de los seres que componen la poblacion de este mundo goza en particular, y todos en general, de la intimidad de la presencia de Dios, de su atencion y de su solicitud. Y es una verdad que Silvestre II comprendió ya la importancia de las ciencias naturales y su enlace con las demas ciencias; que Alberto el Grande las trató de propósito y con marcado provecho; que Rogerio Bacon se dedicó á ellas; que Leonardo de Pisa y Raimundo Lulio no supieron poco en estas materias, atendiendo el estado de su época, y tuvieron sucesores de raro mérito; que en los progresos de los siglos xv y xvi tomaron gran parte muchos religiosos, y en general hombres imbuidos del espíritu cristiano que formaba la base de su educacion literaria, y por último, que al desenvolvimiento legiti-

mo de las ciencias naturales en el siglo XIX no se han opuesto ni la Iglesia, ni los escritores católicos, habiendo contribuido á su adelantamiento gran número de ellos, entre los cuales vale por muchos el jesuita Secchi, asombro de las gentes y admiracion de los sabios.

---

---

## ABRAHAM Y LA VIDA PATRIARCAL.

---

Como acabamos de ver, la historia profana concuerda con la sagrada; la ciencia en general rinde homenaje á la ciencia teológica, y la incredulidad queda vencida por la fé, como la serpiente fué humillada bajo las plantas de la Virgen inmaculada. Tenemos, pues, á Abraham, como primer patriarca, al frente de la familia amada por Dios, imágen fiel de las costumbres sencillas, del pensamiento santo, de la mirada honesta, de la voluntad recta, de la justicia severa, del amor casto, de la pasión ordenada, de la esperanza religiosa y de la sumisión enérgica y sostenida á los mandatos del Altísimo. Por eso mereció ocupar la jerarquía elevada que alcanzó en la tierra, donde su memoria ha quedado para modelo de todas las generaciones, á fin que tengan siempre un maestro á quien imitar y un padre á quien obedecer. ¡Oh dicha! ¡Oh Providencia que del mismo modo que ordenas los sentidos para que respondan debidamente á las necesidades legítimas de la organización física, dotas á la humanidad de criaturas virtuosas para que sus reglas sirvan de norma en el uso de la inteligencia con que hemos sido enriquecidos! ¡Oh Misericordia divina, que de-

mostraste desde el principio del mundo, qué inclinaciones son las mejores, qué gustos los más delicados, qué deseos los buenos, qué proyectos los laudables, qué trabajos los fecundos, qué obras las meritorias, qué amores los bendecidos, qué palabras las dignas y qué pruebas las que merecen la gloria eterna! ¡Oh edad patriarcal, que era suficiente para ser felices, buenos, confiados, queridos, piadosos, justos y dignos en la familia! ¡Oh época de las alianzas santas, de las promesas divinas, de las alegorías morales, de los símbolos religiosos, de la autoridad en todo su esplendor, y del respeto en toda su magnificencia! Estas consideraciones hacen pensar con dolor de la situación que nos rodea, de la cultura que nos seduce y del porvenir que nos espera. Estas consideraciones comparadas con las de los hombres que aseguran que ningún término se ha señalado á la perfección de las facultades del hombre, hacen estremecer, tanto más al ver los peligros que nos rodean, las desgracias que nos afligen y los temores que nos asaltan. Porque se ve manifestamente que creen algunos sabios que la humanidad progresa desde el principio del mundo, y como para ellos progresar es el perfeccionamiento de los medios de contratación, de los medios para aumentar rápidamente las riquezas, de los medios que facilitan el ensanche del círculo de acción de las pasiones, de los medios que acumulan los elementos para gozar en la tierra de las delicias terrenales; con todo lo cual se hace la humanidad egoísta, la voluntad mundana y las relaciones sociales corruptoras; resulta que la perfección de las facultades, en realidad de verdad, no es más que la per-

feccion de los sentidos, el desarrollo del instinto, el engrandecimiento de la materia y la predileccion del becerro de oro.

Porque los hombres cuando han dicho impiamente que la perfectibilidad humana es realmente indefinida, no supieron lo que decian, ó si lo dijeron con conocimiento de causa, fué para producirla terrible y ocasionar efectos deplorables.—Los hombres que han asegurado que la perfectibilidad indefinida no tiene más término que la duracion del globo en que nos ha puesto la naturaleza, han pretendido que el género humano salió del caos en el estado salvaje y despues ha ido perfeccionándose hasta el punto de poder celebrar el tan desdichado como famoso contrato social ; y con esas opiniones han querido derribar y quitar todo vestigio del edificio divino que fué encomendado á la direccion de Abraham. Esos hombres son los mismos que se han ocupado únicamente de la materia, y que, viendo dos clases distintas de seres en la naturaleza, el hombre y el animal, no han titubeado, sin embargo, al poner el pensamiento primordial del género humano en la subsistencia, en las necesidades generales de la sociabilidad. Dando así un giro fatal á la existencia, una inclinacion ineludible á los días de peregrinacion por la tierra, han dicho tambien que el progreso no será jamas retrógado, á lo ménos mientras que la tierra ocupe el mismo lugar en el sistema del Universo. De forma que, segun la escuela que nos ocupa, la tierra depende del sistema planetario en que habitamos, y nosotros, habitantes de esta tierra, podemos tener la seguridad «que los progresos de la perfectibilidad indefinida,

independiente en lo sucesivo de toda potencia que intentára detenerla, no tienen más término que la duracion del globo en que nos ha puesto la *naturaleza*.» Estas son las palabras textuales de Condorcet. Y por lo tanto, segun él, miéntras que no se produzca en el globo un trastorno general, estamos aquí para progresar, más no como un acto espontáneo de nuestra voluntad, sino porque es de ley que haya progreso; más no porque las virtudes difundan el progreso, sino por una ley fatal que ordena progresar; mas no porque el progreso sea á costa de sacrificios generosos, sino por la accion imperiosa de la iniciativa individual ante la alternativa de vida ó muerte.

Nosotros creemos que sabios como Condorcet, que se ha extraviado tanto, que eruditos como Maneton, Diodoro Siculò y Tácito, que han vertido opiniones tan extrañas, que los unos no descubrieron la luz más tenue de la fé, los otros se dejaron llevar demasiado de la fantasía, y que todos han incurrido en la falta de no leer ó de pasar á la ligera las páginas del Génesis. Cada cual por su camino ha pretendido quitar á Moisés su autoridad y ha intentado derribarle del pedestal más alto que tiene la historia. La intencion no ha podido dar resultados satisfactorios á los enemigos de la obra de Dios; primero (y esto siempre), porque no tiene rival su poder; despues, porque los que han reconocido al hombre un sér más superior que el animal, y á la vez han intentado demostrar que es falso el origen de las cosas y las personas que presenta como verdaderas el Legislador divino, desconocen el pensamiento moral, la vida del espíritu,

la facultad anímica que toma parte en la acción del drama; parte principal, parte exclusiva, parte que ha recibido la moralidad acabada y concluida de la Creación. No es, pues, un trabajo que nos toca hacer; lo que nos corresponde es aprovecharlo en utilidad propia, lo que nos pertenece es entregarnos con humildad y grandeza de ánimo, por los caminos del bien y de la virtud, á las prácticas morales, al engrandecimiento moral del pensamiento.

Á los católicos corresponde confesar y defender que nuestros primeros padres fueron colmados de inocencia, y, por lo tanto, de dicha; mas como fueron también dotados de voluntad propia, por el mal uso que hicieron de ésta descendieron del trono glorioso que ocupaban; su descendencia en la inmensa mayoría ha seguido el mismo camino de perdición, y ha degenerado hasta llegar á ser en nuestros días presa de todos los vicios, de todas las pasiones y de las ideas más opuestas al espíritu y letra de las promesas divinas que tuvo Abraham, y al objeto de la alianza que Dios contrajo con él, como vamos á ver.

Dios dijo al primer Patriarca: «*Benedicam benedictibus tibi, et maledicam maledictibus tibi, atque in te benedicentur universae cognationes terrae.*» Y Dios colmó de tanta protección al hijo de Thané, por la docilidad con que le obedeció, por la fé que tuvo en el Señor, y por la moralidad que resplandeció en todos sus actos. Abraham poseyó la perfección que era posible tener después de los castigos que habían sido impuestos á la Humanidad, á consecuencia de sus delitos en el Paraíso y

de la soberbia que habia manifestado en la tierra de Sennaar. Porque si bien es verdad que en la perfectibilidad humana Abraham es lo más acabado del orden moral con relacion á su descendencia hasta la consumacion de los siglos, no por eso hemos de desconocer su inferioridad respecto de la perfeccion con que Adan fué puesto en el mundo, y siempre conservando el sentido de que el perfeccionamiento por excelencia es el amor á Dios sobre todas las cosas y el del prójimo como á sí mismo.

Abraham, seguido de su mujer Sara, se dirigió á la tierra de Canaan, atravesó ésta hasta el lugar de Siquem, (el valle ilustre), segun las palabras de la Escritura sagrada, edificó un altar al Señor, y pasando al monte que estaba al Oriente de Bethel, colocó en él su tienda y edificó otro altar á Dios, é invocó su nombre. Abraham por estos actos religiosos, ¿merece ó no la gratitud de su posteridad? Su obediencia, sus oraciones, su sobriedad, ¿son ó no dignas de ser imitadas? Su autoridad, su rectitud de miras, su elevacion de pensamiento, ¿deben ó no tenerse en mucho? Comparada la conducta de Abraham, el orden de su familia, con la vida presente y la manera de ser del hogar doméstico actual, ¿dónde existe la moral, dónde se encuentra la perfeccion, dónde la superioridad, dónde debe reconocerse la civilizacion verdadera? Si es cierto que la dicha viene de Dios, y que el hombre rebelado sólo puede destruirla; si es cierto tambien que cuando la criatura humana cumple los desig-nios del Altísimo es únicamente entónces posible sentir, gozoso el corazon y tranquila la conciencia, como lo

creemos así, es indudable que á la civilizacion del Patriarca debe subordinarse la nuestra.

Por lo tanto, no hemos de querer romper la alianza que contrajo Abraham con Dios. Este pacto ha de ser el primero que guardemos, el que veamos con más complacencia, el que tengamos en más estima y el que amemos más dulcemente. Consideremos que la alianza de Abraham con Dios no tiene ya la poesía, la grandeza ni el fondo de inocencia que la que fué pactada con Adán, cuando era el hombre tan hermoso y tan puro como correspondia al Rey de la creacion, á la obra que salia directamente de las manos del Artífice divino. Y esta diferencia es ya una pérdida sensible, y ese rebajamiento de la criatura humana significaba ya cuánto habia decaído el hombre por sus pecados, por el mal uso de aquellas facultades, á las que Condorcet reconoce tanto poder, y que, sin embargo, no tenían las proporciones gigantescas de los tiempos primitivos, ni el candor que revelaba la voluntad, ni los encantos que brotaban del pensamiento, ni las relaciones que sonreian perpétuamente á los dos sexos en los dias venturosos del Paraíso.

Mas si de tal comparacion por la alianza de Abraham con Dios resulta ésta tan inferior en magnificencia moral, respecto de la que el Altísimo contrajo con Adán, segun las palabras de la Escritura, *Benedixitque illis Deus et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subiicite eam, et dominabi piscibus maris, et volatibus coeli et universis animantibus quae moventur super terram*; si comparamos el modo de ser de Abraham con re-

lacion al que tiene la sociedad actual con su Dios, el resultado es desconsolador, la evidencia tristísima y la esperanza apesadumbradora. Adan ha obtenido el dominio universal, absoluto, irresistible sobre la Creacion, y no reconoce más superior que la voluntad de Dios; por lo mismo que no conoce el mal, no puede desear el bien; pero está en posesion de él, como el niño merece una felicidad que goza por su inocencia. Abraham tiene ya otros cuidados, es dichoso por el celo con que guarda respeto, veneracion y fé á Dios. Y nosotros caminamos violenta y desatentadamente en busca de la felicidad y encontramos tan sólo amarguras. Porque hemos hecho pedazos la alianza de Abraham, y como ella conservaba en todo su esplendor las *Tablas* que fueron promulgadas en el Sinaí, porque la *Ley* es la misma desde la Creacion, sino que Dios, en su infinita misericordia, recuerda su existencia del modo que pueda aprovechar mejor al género humano; la verdad es que miramos con desprecio lo que tuvo en tanto Adan, ántes de que quisiera conocer la ciencia que tenía prohibido saber, lo que tuvo en tanto Abraham en la tierra de Canaan, lo que tuvo en no ménos estima el *Varon* insigne que mereció oír la palabra de Dios. Porque la creencia general es que debemos gozar sobre la faz de la tierra de todas sus delicias como objeto predilecto; que nos corresponde disfrutar de los atractivos con que convida la naturaleza. Porque somos muy débiles contra las seducciones de los sentidos, son muchos los propagadores de la mala semilla, y está muy admitido el error de que la riqueza, la vanidad y la soberbia son las fuentes que dan la vida.

Y las dulzuras de días tranquilos, los cuidados honestos de la familia, el orden de las obligaciones, la modestia del traje, la humildad en las costumbres, el recogimiento de la meditacion, los encantos de la plegaria, la inspiracion de la fé, el sacrificio en aras de la virtud, la vida sin estruendo, la alegría sin escándalo, el amor sin la licencia, las pasiones sin el libertinaje y la libertad sin que recaiga ofensa, que fueron los caractéres, la causa y el efecto, la substancia y los accidentes de la sociedad que regía Abraham, no tienen razon de ser en estos tiempos, por culpa de ellos, por cierto, por variaciones introducidas, no porque la Eternidad haya mudado de plan y haya querido sustituir el que trazó al Patriarca por otro que sea de última moda; Abraham cumplió como bueno, y con cuanto Dios le pidió que prometiese guardar. Y veía claramente que su esposa, su familia, sus criados, sus inferiores en jerarquía social, sus cosechas, sus ganados, sus viviendas, lo tenía que regir y conservar siempre para honrar á Dios; nunca quiso nada que no hiciera depender de su *Señor*, y ordenó su vida de esta manera, porque todo lo subordinaba á la virtud; hacía esto porque no se dejaba arrebatar de los placeres terrenales, y los rechazaba porque quiso ántes que nada ser un varon justo.

Así es que en las situaciones más difíciles, en las cuestiones más complicadas, en los afectos más entrañables y en los momentos más supremos de la vida, hemos de reconocer que Abraham supo estar á la altura de las circunstancias, superior á las aficiones terrenas, justiciero cuanto es posible en lo humano, y dueño de sí para obrar

con energía, con acierto y con paternal solicitud. Como quiera que el Patriarca no tenía otro interes, ni miraba por otra causa, ni aspiraba á otro porvenir que á la gloria de Dios, desempeñó su papel con desembarazo, estaba siempre pendiente de la voluntad divina; y como el que obedece puede cumplir fácilmente si está atenido á la voz del mandato, siendo éste acertado, el agente de la obediencia secunda muy bien al agente que manda. Por eso cuando la criatura humana subordina su voluntad al temor de Dios, como la sabiduría infinita dispone y ordena las cosas de un modo que no cabe mejor, cuando el hombre con los poderosos medios humanos que tiene á su disposicion acata las órdenes divinas, no hay otro poder que resista, ni otra fuerza que supere, ni dicha semejante al poderío, al empuje, á la alegría que resulta de la obra de Dios realizada por el hombre. Como por la misma causa no hay amarguras que rindan, ni temores que amedrenten, ni penas que sojuzguen el ánimo, ni simpatías que aparten del camino verdadero.

Por eso cuando Sara quiso que Abraham despidiese de su casa á la esclava Agar y á su hijo Ismael, porque se habia burlado de Isaac, no obstante que el primer impulso del padre fué de disgusto (*Dure accepit hoc Abraham pro filio suo*), sin embargo, el Patriarca oyó, como tenía costumbre, la voz de Dios, y levantóse muy de mañana, tomando pan y un pellejo de agua, cargólo sobre el hombro de Agar, y le entregó su hijo, y despidióla.

No puede tenerse una leccion mejor con ménos palabras; no es posible una situacion más difícil, que esté

resuelta más fácilmente; no cabe que contribuyan más lazos de cariño á entrelazar á la criatura humana, y que ésta acierte mejor á desligar los vínculos de la familia sin romper ninguno, ni mancharlo en algo ó en mucho.

Se trata de una familia en la que dos madres, cada una con su hijo, se creen con derecho al aprecio, consideracion y cariño del padre. Si es verdad que Sara sea la señora de la casa, no lo es ménos que Agar fué la mujer primera que aseguró la descendencia de la familia; si es cierto que Sara fuese la esposa legítima, no lo es ménos que Agar ha cedido á los ruegos, y como esclava sumisa, para que por su persona pudiese tener un sucesor la estirpe de su Amo; si es verdad que Sara sacrificó lo que tiene en más estimacion la esposa, no lo es ménos que el sacrificio lo hacía exponiéndose con desventaja grande, ante los atractivos y los resultados de los dones que poseia la persona de Agar; si es verdad que Abraham accede á la peticion de su esposa y admite otra mujer á su lado con un fin santo, no lo es ménos que habia peligros inminentes que correr por las pasiones que tuviese Abraham como hombre y como padre, por las pasiones que avivasen el fuego devorador en los corazones de las dos mujeres, por las pasiones ignotas que un dia habian de influir en el ánimo de Isaac y de Ismael como hermanos en cierto modo rivales, ora con relacion á sus madres respectivas, ora respecto de la actitud de cada cual con su padre, ora por el aliciente de intereses cuantiosos de una soberanía popular y absoluta. Es decir, que la tempestad amenazaba estallar,

pero sucedió, como acontece en la estacion más hermosa del año, que el cielo encapotado aciaga y terriblemente poco á poco va quedando despejado, hasta que ostenta nada más su azulado divino, sus proporciones incommensurables y su grandeza celestial. Pues Abraham no decae de su papel, no olvida su mision, no quiere por nada desoir la voz del Eterno. Y colocado en esta situacion, tan bien dispuesto hácia Dios, puede no tan sólo inspirarse en la verdad y en la moral más pura, sino que es natural consiga ser obedecido por todos, sin distincion de clase ni de sexo, de posicion ni de estado; que la obediencia es la recompensa principal del Jefe que manda con autoridad intachable, del padre que ordena con voluntad santa, del esposo que quiere con fines rectos, porque infunde tanto respeto y su mandato aparece tan autorizado, que se tiene por lo mejor, más bien hecho y más bien dicho.

Como que el Patriarca tenía fé, la cual hacía que suspirase siempre por una vida mejor; caridad para con el prójimo, la que hacía ejerciese una hospitalidad generosa con las gentes; temperancia y sobriedad, las que lo inducian á querer el bien propio y el ajeno por igual. Y todo esto se veia claramente, porque su pensamiento lo hacía público con la palabra, su intencion quedaba justificada con las buenas obras, sus órdenes estaban autorizadas por un precedente ventajoso, y sus inclinaciones daban pruebas repetidas de su honestidad, de su modestia y de su pureza; nadie podia pensar en oponerse á los designios de Abraham, ni soñar en desconfianzas, ni proyectar contra el imperio y las bendiciones del que,

reconociéndose siervo de Dios, considera á los demas que lo son suyos; porque el Altísimo impuso sobre sus hombros la carga de la autoridad, de ningun modo con el fin de reportar utilidades ni granjerías, ni placeres voluptuosos, por lo cual no le detiene el cariño paternal, y desde el momento que Sara pide que sea despedida Agar, es puesta fuera de su casa, y el hijo que ha introducido la discordia corre la misma suerte.

Es posible que algunos no admitan la vida de Abraham como ejemplo que imitar, fundados en que los dias del Patriarca merecieron constantemente la bendicion de Dios; pero sin desconocer esto hemos de confesar tambien que es inadmisibile la opinion y absurdo el juicio que, fundados en tal doctrina, pretendan sacar partido para atenuar la culpa de la inmoralidad posterior y la presente, como queriéndolas disculpar en parte; que de ser esto cierto fuese tanto como conceder que Abraham obró muy bien y que la humanidad despues no pudo conducirse tan perfectamente. Y en ese caso quedaria sancionado que los hombres no han podido hacer más para su enaltecimiento, ni Dios los ha querido proteger tan paternalmente como al Patriarca; cosas ambas falsas, pues que la criatura humana puede ser tan virtuosa ahora como en todas las épocas de la vida (sin que en este punto haya contradiccion esencial entre la era anterior á Jesucristo y la siguiente), y Dios no ha podido querer prodigar sus complacencias al Patriarca y negarlas despues á su descendencia, como con el propósito de gozar en sus desgracias y procurar aumentarlas. Y lo mismo que puede asegurarse de la vida de Abraham con

relacion al hogar doméstico, es aplicable á los actos de su vida con respecto á los siervos que le seguian, á los pueblos circunvecinos y á los territorios que atravesaba. La razon es sencillísima. Dos medios tuvo ántes de cumplir con su deber Abraham, el uno bueno y el otro malo, que son los mismos que tienen hoy los hombres, y el pretexto que se da, fundado en la complicacion actual de la sociedad, es falaz; porque la complicacion, que no negamos existe, dimanada, no del carácter nuevo social (abstraccion hecha de la maldad que daña), y sí de que el órden nuevo de las sociedades tiene enemigos que trabajen por descomponer, desconcertar y hacer el caos. Dios ve la obra de los hombres, concede tregua sobre tregua para que haya arrepentimiento y penitencia. Pero en medio de la complicacion gubernamental que existe, ¿no está patente que donde la virtud impera se vive mejor que donde imperan las pasiones desordenadas, como vemos tambien que la familia virtuosa disfruta de una paz y estimacion que no tiene la familia sin virtudes? Los ejemplos pueden presentarse por millares para probar que la distinta manera de ser de los tiempos patriarcales, respecto de los presentes, no disculpa las maldades de éstos, pues siendo así, ellos disculpáran la maldad que hubo cuando vivió Abraham.

Lo que sucede es que no tiene siempre el hombre la voluntad y la fé que revela Abraham, cuando Dios le ordena ofrecer en sacrificio á su hijo Isaac, y obedece prontamente. Esto significan las palabras del texto sagrado cuando Dios dice: «*Abraham, Abraham*», y él contesta «*Adsum*» (hème aquí), y á continuacion añade el Señor:

«*Tolle filium tuum unigenitum quem diligis, Isaac, et vade in terram visiones: atque ibi offeres eum in holocaustum super unum montium quem monstravero tibi.*»

Dios manda al Patriarca que tome á su hijo unigénito y amado Isaac. Dios reconoce toda la importancia del sacrificio y da la órden de ejecutarlo, poniendo por delante los títulos que tiene la víctima que ha de ofrecer. La prueba no puede ser mayor para un padre que ha deseado durante tantos años asegurar su descendencia, que al fin ha visto colmados sus deseos y que siente un amor entrañable por su hijo. Mas el Patriarca no vacila y obedece *prontamente* el mandato que recibe de Dios, porque comprende que debe poner á disposicion del Señor lo que pide; que es muy digno de presentarle en holocausto la prenda más amada de la familia, y que cuanto Dios quiera no ha de reportar más que dicha y esperanza celestial. Y en este caso sucedió positivamente de esa manera, puesto que en el monte de las *Visiones* ó de *Moriáh* fué despues edificado el famoso templo de Jerusalem, y se opina por muchos, á la cabeza de ellos San Jerónimo, que una de las colinas de este monte debió ser el Calvario. De todo lo que podemos deducir que la obediencia de Abraham y la sumision de Isaac son ejemplos que merecen ser imitados, que su conducta les alcanzó recompensas cuantiosas en bienes espirituales y temporales, que la autoridad, riquezas y supremacía que ejercia Abraham no le impedian reconocer su inferioridad ante Dios, y que la primogenitura de Isaac no inclinaba el ánimo de éste á ser en lo más mínimo contrario á lo que su padre quisiera, á lo que su padre mandára, á lo

que le correspondía obedecer ciegamente en cualquier hora, en cualquier momento, en cualquier situación y en cualquier edad. Pues dice el libro santo, *et venerunt ad locum quem ostenderat ei Deus, in quo aedificavit Altare, et desuper ligna composuit: cumque alligasset Isaac filium suum, posuit eum in Altare super struem lignorum.* De modo que Isaac es colocado para el sacrificio sin resistencia alguna, á pesar de la sorpresa, de la trascendencia del acto, de las señales que le rodean, de los pocos años de la víctima, del amor que profesa á su madre, del que tiene á su padre, de que éste va á ser quien haga la muerte, y de la imponente soledad que rodea el monte Moriáh. Pero aunque morir es siempre penoso, porque la naturaleza resiste hasta donde puede, para no verse privada del espíritu que enaltece tanto la materia, como que en cierto modo eleva su categoría, sin embargo, el alma que tiene fe recibe la muerte tan resignada y tan heroicamente, que acalla por completo la voz de la naturaleza para oír tan sólo la palabra de Dios, la plegaria de la Virgen, el cántico de los Tronos, de los Querubines y de los Serafines, el cántico de los Poderes, de los Principados y de las Dominaciones; en fin, el cántico de los Angeles, de los Arcángeles y de las Virtudes. Que tanto puede la fe, que tanto alcanza la penitencia, que tanto merece la gracia dispensada por Dios á la criatura moribunda.

Véase explicado por qué Isaac no resiste lo más mínimo á entregar su vida en días tan risueños. La vida no es suya; ofrécela á quien dispone de ella absolutamente, y en la alternativa de los atractivos á que expone la tierra

y los encantos con que brinda el cielo; en la alternativa de complacer á Lucifer ó de dejarse llevar de San Miguel, el alma santa, la conciencia pura, el pensamiento tranquilo, la voluntad recta prefieren decididamente postergar lo transitorio para que prevalezcan con majestad la situación permanente, el goce celestial, la vida eterna. ¡Oh! Así como el viento contrario á las nubes que descargan granizo, piedra, electricidad y agua excesiva empuja violentamente el nublado y en breves instantes despeja la atmósfera, pasa el huracan y quedan embelecido el cielo por el arco-íris y la tierra por una calma apacible, del mismo modo la fé arroja léjos la tentación y fuerzas del cuerpo, para que pueda un alma entregarse totalmente á la meditación de Dios y de lo que reserva en la eternidad, cuando la muerte pone la mano sobre el sér viviente.

Y Dios premia la fé. ¿Cómo dudarlo? Por eso el Angel del Señor clamó desde el cielo: *Abraham! Abraham!* Y él respondió: *Adsum.* Y díjole el Angel: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; ahora he conocido que temes á Dios y que no has perdonado á tu hijo unigénito por amor de Él.» Despues que fué sacrificado el cordero en aquel lugar que llamó desde entónces *Dominus videt* el Patriarca, volvió á llamar el Angel del Señor á Abraham, y Dios le dijo: «Por cuánto has hecho esta acción y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar; tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos.» *Prossidebit semen tuum portas*

*inimicorum suorum*. Así, volvemos á decir, premia Dios las buenas obras, ensalza á los que se humillan, glorifica á los que están dedicados á su servicio, otorga la inmortalidad á quienes arrastran una vida mortal: y de un sér rodeado de miserias, lleno de debilidades, expuesto á las pasiones, convidado por los vicios y pedido por el engaño, hace una criatura fuerte, un alma santa, una estirpe ilustre, como vemos con Abraham y su hijo Isaac.

Pero no siendo nuestro propósito sino que este trabajo sea un ensayo, de otro que creemos debe hacerse para demostrar á la luz de la historia que la civilizacion tal como está entendida por los enemigos de la Iglesia es señal de la decadencia moral de la sociedad; apuntados algunos de los hechos principales de la vida de Abraham, de los que resulta que mereció por sus virtudes que Dios hiciera alianza con él; que pudo por su moralidad separar del hogar doméstico la esclava Agar desde que fué un obstáculo para la felicidad conyugal, y que por la fé recibió la bendicion de Dios en el acto solemnísimo de sacrificarle su hijo, cuyos datos son bastantes para que podamos poner á Abraham al frente de la civilizacion verdadera, con una perfectibilidad que no cabe mejorarla; creemos conveniente añadir cuatro palabras para dejar consignado que el Patriarca, si honró en vida á Sara con todos los honores, consideraciones y estimacion que merecia su esposa, cuando murió en la ciudad de Arbee, tierra de Canaan, pidió y obtuvo de Ephron, que le cediese la *Cueva doble*, llamada así porque tenía dos espacios separados donde se podian hacer sepulcros; ademas

---

adquirió el campo y los árboles que había alrededor de la cueva, con el fin de que la morada sepulcral fuese respetada por todos, y de que sus restos mortales quedasen depositados en el otro espacio que había vacío al lado del que ocupaban los de Sara. Abraham, admirable durante toda su vida, no lo estuvo ménos en la hora de su muerte. En su historia pueden hallarse las reglas fundamentales de la familia hasta la consumacion de los siglos. Es verdad que su descendencia no ha sabido ser, en general, digna de su memoria; pero el historiador imparcial asegura que las religiones más antiguas del Asia son en parte un conjunto de las tradiciones patriarcales, desfiguradas por las prácticas supersticiosas y la idolatría; asegura igualmente que algunos habitantes del Asia han exagerado la idea de Dios, unificándolo con la materia y el movimiento, que establecen el panteísmo y personifican la naturaleza; pero á pesar de errores tan repugnantes, el sentimiento religioso ha producido en Asia el efecto benéfico de dar un punto de apoyo al orden social. Esto es, que sin el sentimiento religioso no sería posible el orden en la sociedad; este será más sólido cuanto mejor sea el sentimiento religioso, y es preciso convenir que no puede haber otro más espiritual fuera del que tuvo Abraham á Dios.

---



---

## PERICLES Y LA SOCIEDAD DE ATENAS.

---

Ha dicho un historiador ilustre que Abraham, con riquezas inmensas y con un poder que igualaba al de los reyes, conservó las costumbres antiguas; que tuvo siempre una vida sencilla y pastoril, sin que dejase de estar acompañado de la magnificencia, que este patriarca hacía principalmente lucir ejercitando con todos la hospitalidad. El cielo le dió huéspedes; los ángeles le revelaron los consejos de Dios; él los creyó y en todo se mostró lleno de fé y de piedad. En su tiempo Inaco, el más antiguo de todos los reyes conocidos de los griegos, fundó el reino de Argos. Algun tiempo despues se encuentran los famosos combates de Hércules, hijo de Anfitrión, y los de Teseo, rey de Atenas, el cual formó una ciudad sola de las doce poblaciones de Cécrope, y dió mejor forma al gobierno de los atenienses.

Nosotros, con el fin de poner de manifiesto el contraste que presenta la vida patriarcal con la vida de los pueblos griegos, en apoyo de nuestra tésis, vamos á ocuparnos de un período brillantísimo de la historia de Grecia; y para preparar la atención convenientemente, transcribimos ahora la pintura de un orador contemporáneo,

cuya elocuencia admira. Grecia, hermosa como la divina Psychis, las perlas de Oriente que le traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, ornán su frente, la luz de las ideas tiñe de una hermosura divina su rostro: reclinada en su lecho de azucenas, con la copa de oro que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano y en la otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas de Asia y de Europa, como la cadencia de una eterna endecha de amor; y deja errar su mirada por aquellos esplendorosos cielos, y pidiendo inspiracion á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poesías, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucídides y Herodoto la historia, á Platon y Aristóteles la filosofía.

Como vemos, de la tierra de Canaan, donde vivia Abraham pastorilmente, hemos pasado al país de los combates de Hércules, de los poemas de Homero, de las tragedias de Sófocles y de la filosofía de Platon.

Hércules fué educado por Radamanto que le enseñó el manejo del arco; por Castor, de quien aprendió á combatir armado; por Quiron el centauro, que le dió lecciones de astronomía y medicina; por Lino, que dirigió su educacion musical. Hércules combate y vence al leon de Nemea, la hidra de Lerna, al jabalí de Erimanto, la corza de Ménalo, las aves monstruosas de Estínfalo, al toro de Creta, á Hipólita, de la nacion invencible de las Amazonas; al dragon de cien cabezas, al tri-fauce Cerbero. Homero, que vino al mundo novecientos

siete años ántes del nacimiento de Jesucristo, segun la cronología de los mármoles de Paros; fué hijo de Critheis y nació en Smirna á la orilla del arroyuelo Melés, donde se celebraba á campo raso una fiesta en honor de los dioses, viendo la primera luz en medio de una procesion á la gloria de las divinidades, entre el canto de los himnos y bajo de un plátano. En elogio de Homero se ha dicho que su poema *la Iliada* es obra nacional y religiosa á la vez, en la que están cantadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos, á los que jamas pudieron llegar los de ninguna otra lengua. Sófoeles compuso ciento treinta tragedias; su público lo formaban, ademas de los sacerdotes, ancianos y patricios, la mujer. Ésta en la *Terea* aparece dotada de sentimientos más nobles que los que se encuentran en los otros trágicos y deplora la condicion de su sexo con estas palabras: «Cuando niñas, la indiferencia nos educa en la casa paterna; crecemos entre juegos; luégo que estamos en edad de casarnos, se nos traslada en medio de extraños, léjos de las aras domésticas; una noche cambia toda nuestra existencia, no nos queda más recurso que resignarnos.» Á Platon se atribuye que la filosofia racional quedase unida á la tradicional; segun su constitucion, si un ciudadano mataba á su esclavo, con purificarse quedaba absuelto; si el esclavo era ajeno, le bastaba con pagar á su dueño doble de lo que valiese; pero el esclavo que daba muerte al amo, tenía que sufrir cuantos tormentos se le quisieran dar hasta la muerte. Platon decia: «Habrá personas destinadas á alimentar los niños, las cuales

acompañarán á las madres á las cunas en tanto que tengan leche, y cuidarán que ninguna pueda conocer á su propio hijo.»

Ciertamente que el tránsito del modo de ser de la vida de Abraham al que revelan Hércules en sus combates tan estupendos como feroces; Homero por su nacimiento y las situaciones impúdicas que tuvo necesidad de cantar; Sófocles en las escenas que describe donde la mujer está supeditada al capricho y al azar; Platon, que no puede comprender el espíritu fraternal, ni el amor á la humanidad, ni la piedad hácia el desgraciado. Ciertamente el cambio de decoracion es brusco, pero no ménos verdadero ni ménos conveniente. Con este motivo recordamos el contraste que presentan el mar y la tierra, que no los separa (y esto aparentemente) más que olas rizadas, que parece juguetean entre dos elementos; recordamos la diferencia de aspecto que presenta la naturaleza á través de densas sombras é iluminada por los rayos del sol; recordamos la alternativa de perspectiva que ofrece al viajero un paisaje accidentado cuando tiene ante su vista, primero una llanura inmensa, toda en cultivo, serpenteada por riachuelos, animada por las voces de miles de pajarillos; pero al término de las praderas están unas montañas, á los pocos pasos dados en ellas empieza un desfiladero, y la inmensidad, alegre y variada, cambia en senderos estrechos, cerrados por peñascos elevadísimos, donde anidan aves de rapiña, donde se funde el rayo y de donde salen las tempestades. Esto es el prodigio de la variedad en la unidad; pues del mismo modo que sucede en el orden de la naturale-

za, de igual manera acontece en el curso de la historia, y otro tanto es aplicable á la filosofía de los hechos que llenan el mundo con su renombre. Por otra parte, nada más natural que al pensar en Abraham, en su felicidad y en sus virtudes; y al mismo tiempo contemplar con tristeza las desgracias y los vicios contemporáneos, que busquemos las causas de nuestras desventuras y hayamos de dirigir la mirada á la parte opuesta de la tierra de Canaan, cuando estaba regida por Abraham. De allí y de él sabemos perfectamente que no podían salir más que promesas halagüeñas, verdades morales, ejemplos bellísimos, tipos admirables de perfeccion; de allí no podíamos esperar que brotasen más que flores sin veneno, diademas sin deshonor, pastores sin malicia, siervos sin esclavitud, mujeres sin liviandad, relaciones sin doblez, amores sin profanacion, cantos dignos de ser aceptados por Dios. Mas ¡ay! que del lado donde destaca la figura de Psychis, que el poeta entusiasta presenta reclinada sobre un lecho de azucenas, todo cambia de aspecto, todo es distinto para el presente y para el porvenir. Ni Hércules, vencedor de tanto enemigo formidable, puede dominar otro adversario que es el más temible; ni Homero, que tiene la inspiracion de Apolo remonta su vuelo cuanto es necesario para recibir de la verdad eterna aquellos cánticos que un dia habian de convertir á tantos pueblos, aquellos cánticos que convierten hoy á tantas gentes, aquellos cánticos que son la pesadilla del réprobo contemporáneo, y que tienen su eco en la tierra por las paredes santas de los templos católicos. Ni Sófocles en la escena trágica pudo

hacer más que Homero con sus poemas, porque no era dado tampoco al ilustre trágico que, fundando su argumento en el error, pudiera conseguir que brotase la verdad, como no es posible obtener la rosa más aromática sino en los países meridionales, donde el rubicundo Apolo quiere tenerla para su recreo. Ni era dado que Platon, el enemigo del amor más tierno, pudiese fundar una filosofía que diese igualdad á la familia en el orden moral, ni justicia á la jerarquía en el orden social.

Vamos á verlo del modo mejor que es en el siglo de Pericles, que puede considerarse como la síntesis de la belleza artística de Grecia, el más brillante en sabiduría, el más poderoso en política y el más resplandeciente de poesía en la ciudad de Atenas. Porque Pericles, cuando le sonrió la fortuna, como cuando le fué adversa, supo siempre mantener á gran altura el prestigio de su patria, la gloria de su poblacion preferida, y cuanto le rodeaba de personas y cosas.

Entónces ocurrieron la conquista de Chipre, las victorias de los griegos por tierra y por mar, que pusieron término á la guerra de Persia, y el gran Rey tuvo que aceptar una paz que prohibia á sus flotas surcar los mares de Grecia, y á sus ejércitos aproximarse á las costas del Asia menor. Entónces fué cuando los nuevos decenviros publican en Roma otras dos tablas de leyes. Apio Claudio, uno de los decenviros, pretende violar á Virginia, y su padre para libertarla de la infamia, le quita la vida y presenta el cadáver ensangrentado al pueblo. Entónces acontece que Neemías, natural de Judea y cope-ro de Artajerjes Longimano, consigue del rey de Persia

que permita el regreso de los judíos á Jerusalem, cuyas murallas y puertas reedifican. Entónces los espartanos sospechan que el rey Plistoanaces ha recibido dinero de los atenienses con el objeto de suspender la invasion del Ática y lo condenan al ostracismo. Entónces, insurrección Samos contra Aténas, es defendida por el filósofo Meliso contra las tropas atenienses que capitanean el poeta Sófocles y el mismo Pericles. En fin, entónces por un decreto queda prohibida la representacion de comedias en Aténas, si bien en su fuerza y vigor estuvo sólo tres años; el poeta Cratino obtiene el premio de la comedia en la ciudad predilecta; ésta se enriquece con monumentos magníficos á costa de los tesoros de sus aliados; se fabrican el Partenon, grandioso templo dedicado á Minerva, los Propileos de la ciudadela ó acrópolis de Aténas, y se engrandece el templo de Eleusis; el Odeon queda destinado á los certámenes musicales. Pueden los escultores y arquitectos emplear con profusion el oro, el mármol, el marfil, el ébano y el cedro. El cincel de Fídias da vida á la estatua colosal de Minerva, y á la no ménos magnífica de Júpiter Olímpico. Panéno y Polignoto contribuyen á hermostear el Pecile de Aténas. Policeto de Sision, émulo de Fídias, realiza la Juno de Argos y el Canon, cuyas formas estudian los demas artistas. Pericles, que ha vencido á sus irreconciliables enemigos de Eubea, domina á los peloponesios, pone término á la guerra entre los griegos, establece una tregua de treinta años, y ejerce influencia decisiva en Aténas, lo mismo en los negocios públicos que en los detalles de embellecimiento, que en el desarrollo artístico y literario.

Así como Abraham pensaba únicamente en tener una tienda donde morar, Pericles, por el contrario, se ocupa de que haya muchos palacios suntuosos; así como el Patriarca queria la inmortalidad que existe fuera de este mundo, el gran repúblico quiere hacerse inmortal entre sus conciudadanos: cada cual logró su objeto; y para poderlo apreciar debidamente, ya que hemos visto la vida que hizo Abraham, veamos ahora la que tuvo Pericles; y para atenuar la impresion que produzca la conducta del último, tengamos presente que en su época, como indica Clemente de Alejandría, estaban consentidas las escenas más impúdicas, eran autorizados los diálogos más escandalosos, y merecian aplauso las demostraciones más vituperables.

Pericles fué iniciado en los misterios de la naturaleza y en las doctrinas severas y sublimes por Zenon de Elea y Anaxágoras, dos filósofos á cual más célebre, que le inspiraron desde muy temprano, en lo más profundo del alma, aquella fuerza y energía propias para dominar á un pueblo voluble (segun expresion del historiador) como el ateniense; luégo halagaba sus pasiones y manifestaba ser el más caloroso entre los demócratas. Pericles se preparaba para arengar al pueblo diciéndose á sí mismo: «No olvides que vas á dirigir tus palabras á hombres entusiastas por su libertad, á griegos, á atenienses.» ¡Qué coordinacion de ideas y qué enlace de maldades entre épocas tan lejanas!... ¡Cómo se reproduce el mismo fenómeno á traves de los tiempos, y descúbrese, comparando, la inferioridad del personaje, á medida que por el trascurso de los siglos es consumida alguna parte

de los recursos, algun anillo de las cadenas doradas! Pericles se presentaba raras veces en la tribuna, y esta reserva artificiosa, sus palabras elegantes y vigorosas, que Aristófanes comparaba á los truenos y á los rayos, la sutileza de su ingenio, la refinada lógica, y algunas veces los sofismas bien tejidos con que sostenia sus argumentos, la destreza y disimulo con que se manifestaba indiferente en los asuntos que le tocaban más de cerca, su estudiada negligencia cuando se trataba de conseguir honores ó acumular riquezas, su docilidad en dar oído á las opiniones y consejos ajenos, sus proceder moderados y suaves, su ardoroso afan por defender los derechos del pueblo, su amor á la justicia y á la equidad, y, por último, su profundo conocimiento de los hombres y del carácter de los compatriotas, daban á sus discursos tanta importancia, que los atenienses los escuchaban como los oráculos de un dios.

Esta descripcion, que es debida á la pluma de Costanzo, pone de manifiesto en qué habia de venir á parar un pueblo que se entregaba tan apasionadamente á la voluntad de un personaje; porque la imaginacion halagada interviene en todos los actos del juicio, no deja que éste obre con la cordura necesaria respecto de la influencia de las pasiones; envanecida por sus victorias, aspira á conseguir las mayores; la vanidad no permite retroceder; pretende, casi siempre con éxito, que el objeto de las preferencias, que la corriente de las cosas, que las simpatías privilegiadas, que la criatura amada y el dios adorado son todo, lo más perfecto que puede anhelarse, y no hay remedio, la caída es inevitable, la esclavitud humi-

llante, el oprobio seguro, la ruina espantosa, el estrépito del derrumbamiento se extiende á todos los países; y miéntras que un hombre satisface su ambicion, por miles tienen que hartarse de desengaños. Así Pericles logró su deseo, que fué ser el primero en Aténas y que ésta ocupase el primer lugar en Grecia.

Entre otras islas, la de Sámos fué sojuzgada por el brazo férreo de Pericles. Sin embargo de su poderío, tuvo que rendirse á la superioridad del conquistador y perdió la importancia que habia adquirido por las grandes victorias de Policrates. Las riquezas de esta isla, debidas á su suelo feraz, que ostentaba dilatados y espesos bosques, olivares, viñedos y frutas exquisitas; el templo de Juno, tan renombrado en Grecia y que por cierto estaba principalmente embellecido con el oro y la plata que habian sido arrebatados de España; la cuna de Pitágoras y del pintor Agatacios, todo pasó á manos de Pericles, quien extendió por la isla famosa las ideas y las formas democráticas, que hacian compatible la libertad con la esclavitud, la religion con la crueldad, la manifestacion del espíritu con ceremonias materialistas, el pensamiento en Dios con la inclinacion á las pasiones en toda su extension y en un todo repugnantes. La estrella de Pericles brillaba refulgente en aquel país delicioso, que en sus puertos más principales, y sobre todo en el Pireo, reunia embarcaciones á centenares; que para prueba de su poder lucia la gran muralla que comenzaba en el Pireo, unia á éste y á Falera con Aténas: entre otros árboles los olivares formaban alamedas deliciosas, desde las que se disfrutaba del panorama y de la

frescura de las olas cristalinas del Iliso y del Cefiso. Ornaban Aténas pórticos magníficos, pinturas, estatuas, trofeos de armas arrancadas al vencido de Persia, de Mitilene y de Potidea; trípodas y coronas que habian recibido los atletas como premio alcanzado por sus triunfos en los juegos olímpicos; columnas con inscripciones morales ó filosóficas; el teatro de Baco, que podia contener trescientos mil espectadores; los Propileos, que llenaban de asombro al extranjero por su proporciones gigantescas, y por poseer maravillas de Fídias, de Miron, de Alcámenes. Otros y otros monumentos que atestiguan aún hoy la grandeza de Aténas, la alteza de ánimo de Pericles y la contingencia que reviste toda obra humana.

La ambicion de Pericles quedaba satisfecha (si es que los ambiciosos pueden alguna vez ver colmados sus deseos), porque su ambicion consistia, no en ser arconte, miembro del Areópago, general de los ejércitos, orador de la república; porque ambicionaba más que todo eso, porque como talento de primer orden, con corazon de fuego y con imaginacion vivísima, dominado por la pasion de mando, mando personal, mando que se impone por la audacia, por la elocuencia, por la pasion, por aquel atractivo que se siente mejor que se explica, que arrebatara más que convence, que gusta más que cuesta alcanzarlo, por aquella especie de torbellino que arrastra á las masas, que seduce democráticamente y que pinta tantas formas republicanas como son las situaciones de los pueblos y las edades en que la seduccion convida á gozar de proyectos ofrecidos ó de dichas soñadas. Perí-

cles tenía el resorte de todos esos secretos ; era Pericles quien llamaba á los personajes de las colonias griegas y acudían á Atenas ; Pericles defendía alguna causa ó apadrinaba una persona, y todos acataban su opinion y obedecían su voluntad.

Pero Pericles no se vió, sin embargo, exento de acusaciones graves. Al fin era un ídolo con forma humana ; al fin tenía que transigir con las pasiones desarrolladas en gran escala por Grecia ; al fin, de una atmósfera viciada y de tentaciones admitidas por el uso y sancionadas por las costumbres, no era posible que Pericles dejase de sentir su influencia, como fué así. Multitud de poetas, de hombres turbulentos y mordaces, lanzaron sátira sobre sátira, y escarnio sobre escarnio contra Pericles. Decían que si el fuego de la discordia estaba encendido, la culpa era de Aspasia, por haber enconado á Pericles contra los meganeses, por quienes había sido desposeído de dos doncellas, cuya hermosura y halagos eran origen de riquezas importantes. Aristófanes añadía que por tres desgraciadas mujeres había puesto la patria al borde del abismo. Para perseguir más y mejor á Pericles, las personas de su predilección fueron acusadas rigurosamente. Anaxágoras era inculpado de impiedad y de ateísmo en el Areópago. Fídias fué acusado de ladrón, suponiendo que había reservado para sí una parte del oro que le fué entregado para la estatua de Pálas, y al mismo Pericles se le pidió estrecha cuenta del dinero depositado en el Tesoro. ¡ Oh Pericles ! ¡ A tí, el repúblico que cuando la guerra del Peloponeso pudo anunciar á la Asamblea que tenía en las arcas del Estado seis mil ta-

lentos, riquezas inmensas depositadas en los templos, doce mil guerreros, trescientas naves! ¡A tí, el repúblico á quien debía Aténas su magnificencia, que hubo momentos en que el pueblo llegó á divinizarte! Mas consideremos tambien que no podía ménos de exponerse á cargos tan severos un personaje que puede mucho en favor de sus miras ambiciosas, pero que tiene necesidad de halagar al pueblo, que está rodeado de émulos dentro y fuera de su patria, que vive en una sociedad donde la moral estaba desfigurada, ya que no fuese escarnecida, y donde el santo temor de Dios es tan desconocido como la region de los polos ó la aguja imantada.

Las acusaciones contra Pericles no dejaban en parte de estar fundadas, porque si es verdad que hizo mucho por la patria, no lo es ménos que al obrar así lo hacía siempre bajo el punto de vista de su engrandecimiento, ó cuando ménos para conservar el prestigio que habia adquirido. A Pericles se atribuye la guerra del Peloponeso, y es posible que fuese el promovedor, como puede serlo tambien que con sufrirla ó sin tenerla, no por eso hubiera sido más ni ménos desgraciada Aténas, si se atiende que estaba acosada de rencillas, rodeada de miserias sociales y en mal camino respecto á miras políticas. Ya hemos visto cantada Grecia en este siglo bajo la figura de Psychys; ya hemos visto cuál fué la condicion del esclavo en una república donde los esfuerzos principales fueron para dar más y más latitud á la democracia; ya hemos visto qué eran los hijos, cómo se amamantaban, y qué consideracion merecian las madres despues de haberse desprendido de sus entrañas el sér que

habian concebido. ¿Qué tenía de suceder, pues, en un país que trabajaba por la democracia, pero que en concepto de Pericles hay que hablarle bien de la libertad, y que no obstante ni en sueños conocia algo de la verdadera? ¿Qué habia de acontecer en Atenas que no dejase de poner en peligro la moral, cuando en realidad ese riesgo era el estado normal; cuando la inmoralidad habia tenido la suerte, y la sociedad la desgracia de aparentar que era lo mejor, porque vestia bellamente, halagaba con sagacidad y con poesía, y exponia la hermosura estética de un modo tan admirable que hacia creer era real lo que habia fingido, amor del alma el gusto de los sentidos, atraccion sentimental las aficiones del deleite y el coro de la bacanal la música del más delicado entusiasmo religioso? Pericles tuvo genio para haber brillado en otra nacion cuya cultura dimanase de la que da el bien verdadero, la dicha del espíritu, la relacion de sér á sér por congraciarse recíprocamente, con emulacion para probar qué corazon es el digno y más capaz de mayor sacrificio. Pero Pericles hubo de contentarse con elegir lo que era ambicionado principalmente en Atenas, y á falta de la familia estaban las eterias, que monopolizando la ilustracion, eran las árbitras de los grandes hombres.

Por eso Aspasia logró dominar la voluntad de Pericles, que, siendo éste el primer personaje griego de su tiempo, era natural que hiciera alianzas con la principal eteria; porque han de darse la mano las notabilidades de cada época, es preciso que estén en armonía todos los poderes: y el mismo interés de conservacion hace que se busquen, y que se presten mutuo apoyo cuantos con mi-

ras ambiciosas, con sed de mando y por compromisos contraídos, tienen necesidad de ocuparse de lo que se agita más; tienen que temer algún peligro de cualquier reputación, han de conceder un poco á cada uno de los que figuran en el círculo predilecto, para con la concesión de todos reunir un apoyo fuerte.

La historia afirma que Aspasia abandonó Mileto, su país natal, y se estableció en la metrópoli de Atica, cuando mandaba en ella Pericles á nombre de la democracia, con instituciones de forma griega; pero en el fondo sucedía que las leyes democráticas estaban supeditadas á aquel mandato personal, así como la persona de Pericles dependía de la voluntad de Aspasia. Pericles, prendado del talento brillante y de la hermosura deslumbradora de la eteria, frecuentaba su morada, donde aprendía en sus lecciones públicas de retórica y bellas letras, y sometía los escritos á su corrección. Con Pericles concurrían á la casa de Aspasia los generales, los oradores, los filósofos y los poetas. En ella se hacían hermanar las letras con el libertinaje, y secundando las miras de Aspasia, como para dar más realce á la hermosura de la eteria principal y más seducciones á los placeres que fomentaba, tenía á su disposición una especie de corte, que estaba formada de otras muchas eterias; cada cual con su papel que desempeñar, su objeto que cumplir, su medio eficaz, su lazo que sujetára lo más florido, lo más activo, lo más influyente, lo más digno de llamar la atención pública. — Á la casa de Aspasia concurrían las esposas y las hijas de las familias más distinguidas y más respetadas de Atenas, con el fin de

aprender los modales delicados y encantadores, que son tan aplaudidos en las tertulias de la sociedad de buen tono; allí alternaban las matronas y las vírgenes con otras mujeres que su mision era corromper las costumbres, materializar la vida, encenagar el corazon y dar á las pasiones tantos matices como exigencias tienen los sentidos, para que hubiese muchos aspectos, gran variedad, profundos caractéres con que entretener al sensualismo. En la casa de Aspasia, sus discípulas, dedicadas por oficio á aprender de maestra tan superior el arte de engañar á los hombres con halagos seductores, todo lo malo tenía cabida, todas las deshonestidades eran enseñadas, todos los placeres estaban sujetos á reglas para hacerlos más permanentes, más impresionables y más placenteros á la sensibilidad.

Ciertamente que los griegos no consideraban deshonoroso frecuentar las casas de las eterias, ni presentarse en público con ellas como ha dicho Dufour; que las eterias tenían una ilustracion aventajada, que con su trato se aprendia en las artes y en las letras, segun se ve por las anécdotas de Alciphron; que las eterias atraian por sus maneras, buen gusto y finura en el trato social, como se descubre por los hechos que consigna Ateneo; que la corrupcion general, habiendo invadido el ánimo de todas las clases más distinguidas del pueblo ateniense, era la causa de que las eterias hubiesen adquirido en Grecia gran importancia y que se granjeasen preferentemente el afecto de los hombres, como refiere Costanzo; pero es por todo eso que nosotros sostenemos que el pueblo griego fué inferior en perfeccion

moral al pueblo de Abraham; porque ponemos en primer término de la civilización la moralidad, y para contribuir á que tenga más realce, creemos que deben figurar á su alrededor la cultura, la sabiduría, con todas sus ramificaciones en artes y ciencias; pero colocando siempre la ciencia de Dios por encima de todo, que es donde tiene su lugar natural. Sí, que las relaciones de la criatura humana con el Altísimo ocupen el primer puesto es nuestro anhelo, porque nosotros queremos que el genio brille, como el de Cristóbal Colon ante las ignotas playas de un nuevo mundo, no como el de Voltaire ante los preludios de la revolución francesa; queremos que el genio brille, como el de Isabel la Católica ante los muros de Granada, no como el de Isabel de Inglaterra ante la causa justa de los escoceses cuando defienden á la infortunada María Stuardo. — Nosotros creemos que Pericles no pudo disfrutar de las delicias que ofrece el trato honesto y general del hombre con el bello sexo, como acabamos de ver; creemos que no pudo tampoco sentir la dicha con que brinda el sacramento del matrimonio, ni las satisfacciones que reporta la defensa que hace el caballero católico del honor de una dama cuando es atacada su reputación, como vamos á probar.

Al fijarnos principalmente en Pericles, lo hacemos personificando en él la manera de ser que tenía Grecia, del mismo modo que si hemos elegido ese siglo, ha sido por considerarlo de más valía que los otros en la Grecia antigua.

Pericles, á pesar de todo su genio, puesto en la cor-

riente del mal habia de seguir ese curso, y tuvo que sufrir su influencia. Ésta lo indujo á divorciarse de su esposa y colocar despues en el tálamo nupcial á la célebre Aspasia, sin que por un acto tan inmoral perdiese nada ante la consideracion de Atenas, ni de su importancia en Grecia. De lo que deducimos que las acciones malas no estaban reprobadas en la sociedad ateniense, que por lo ménos algunas, aunque trascendentales, tenian derecho de ciudadanía, ó que ejecutadas por ciertas notabilidades, merecian la aprobacion del público. Y como quiera que sea, resultará siempre un extravío completo del juicio en punto al pensamiento moral, una perturbacion de las relaciones de la familia, un embrutecimiento horrible en aquellos actos que el afecto debe ser más puro, la cordialidad más delicada, las simpatías más tiernas y la correspondencia más justa. — Si de las consideraciones del hogar doméstico nos trasladamos á las que sugiere la vida pública, hemos de comentar desventajosamente la conducta griega personificada en Pericles y en Aspasia. Ésta es acusada de ateismo por Hermipo ante el Areópago, y Pericles hace su defensa. Él, que era comedido en todo, para satisfacer mejor su aspiracion cardinal, á pesar de que el carácter político con que estaba investido le imponia ciertos miramientos; á pesar de que cuidaba dar gravedad á todos sus actos, para conservar más seguro el ascendiente que ejercia sobre la opinion pública; á pesar de que estaba ante personas tan respetadas como los areopagitas, sin embargo, Pericles, como un recurso para producir efecto y atraerse la opinion de los jueces, en el calor de la improvisacion

estrecha entre sus brazos á Aspasia, cubre su rostro de besos y lo baña de lágrimas. Pericles, de quien nos ha dicho Plutarco que en la asamblea popular intervenia únicamente cuando se debian discutir asuntos muy importantes, no repara en defender de un modo tan impúdico á la eteria de su predileccion, ni ella repugna demostraciones tan deshonestas, ni el Areópago impide pruebas tan inconvenientes, ni la justicia de los dioses olímpicos quedaba menoscabada por eso.

¿Cómo no habia de suceder así? Grecia no podia conducirse de otra manera. Sus hombres más eminentes no era posible que pudiesen elevarse por las regiones más sublimes del espíritu, y todo lo que conseguian era destacar entre sus conciudadanos por la fuerza de su genio ó por el ímpetu de sus pasiones. Ya hemos visto que Pericles tuvo que sucumbir al ascendiente de Aspasia, que Platon desconoció el respeto que merecen los lazos santos que unen una madre y un hijo. Segun Plutarco, Alcibiades, sobrino predilecto de Pericles, y que despues de la muerte del tio era la esperanza de su patria, Alcibiades tenia las costumbres más depravadas, tanto en su vida privada como en su vida pública. Sócrates, que era modelo en virtudes, que pensaba sobre la divinidad mejor que los demas griegos y que murió dignamente, en un diálogo que ha quedado de Platon, figura aquél con Alcibiades y Aspasia, para expresar los deseos más torpes, las inclinaciones más vergonzosas y los deleites más refinados.

¡Qué desgracia! El corazon humano, llevado de degradacion en degradacion, baja á lo más fatal que puede

descender el hombre. Á esa afición voluptuosa, que es la mayor de las debilidades y el mayor de los crímenes. ¡Qué desgracia! Grecia, que es mirada por tantos hombres importantes como una gran cosa para la civilización, vemos evidentemente que lo que ha hecho, en verdad, ha sido poner los cimientos de inclinaciones terrenales, y que su forma bella encubre mucha maldad, á pesar de la decantada cultura griega.

Y es cierto que Sócrates cometió actos muy degradantes, que Pericles hizo otro tanto. Es cierto que Hiparco, gran protector de las ciencias y de las artes, por una pasión infame que fué despreciada, se venga contra la hermana de Harmodio, tomando por pretexto faltas supuestas que aseguraba habia cometido en una ceremonia ofreciendo flores á Minerva. Es cierto que los alemeónidas, que formaban un pueblo rico, habiendo reedificado el templo de Delfos y señalado buenas dotaciones á sus sacerdotes, inclinaron de este modo á su favor la voluntad de la Pitonisa, y lograban de ella que cuantos lacedemonios dirigian consultas al oráculo, que les aconsejase libertáran Aténas. Es cierto que Cimón (á quien Pericles habia mirado con malos ojos) hubo de sufrir la pena de ver en una prision á su padre, donde murió á consecuencia de heridas gloriosas, y para poder retirar el cadáver tuvo el hijo que encarcelarse voluntariamente, hasta que otro griego pagó cincuenta talentos, que eran la causa de la reclusion primera. Pues bien, el padre de Cimón fué el vencedor de Maratón, aquel Milcíades valeroso que una asamblea popular quiso condenar al *Báratro*.

Ante hechos de tal naturaleza, de mucha variedad en

la forma y todos muy censurables en el fondo, que revelan claramente un defecto social, defecto de los más capitales, defecto que prueba un vicio de la educación general, no comprendemos cómo haya podido Laboulaye censurar, como lo ha hecho, el desarrollo de la educación católica, ni cómo haya podido Condorcet decir que fué condenado á muerte Sócrates porque no vivía ya un Pericles que velaba por la defensa del genio y de la virtud, ni como haya podido Montesquieu ser el apologista de leyes que atacaban directamente la naturaleza y la familia, ni cómo haya podido Castelar tener elogios para un Platon, sin que tuviese más que inculpaciones para un Vicente Ferrer.—Porque la verdad está clara, la razón es evidente, los hechos están culminantes, la comparación no puede presentarse mejor, los tiempos son muy á propósito para deducir consecuencias legítimas; las desgracias contemporáneas sirven admirablemente para demostrar á qué conduce la libertad cuando los republicanos la vitorean, el pueblo la prefiere al orden, las clases ilustradas á la justicia, y lo mismo hacen las gentes que han de cumplir con su deber para realizar las obligaciones contraídas, y lo mismo pide el hombre que está obligado á tener buen sentido, el régimen y la paz que mantienen el imperio vigoroso de la ley. Contra todos la verdad tiene que dominar la situación y ha de quedar subsistente, como quedá la semilla despues que ha caído la flor de la planta.

Porque la verdad prevalece siempre, sabemos hoy con datos irrecusables que en la patria de Aspasia, de Pericles, de Platon y de Solon habia leyes que obligaban

á la heredera de una familia á casarse con su pariente más próximo, leyes que autorizaban el adulterio, leyes que consentian la poligamia, leyes que toleraban el tráfico más vergonzoso. Porque la verdad prevalece siempre, sabemos hoy que Sócrates admitia como buenas muchas costumbres que son malas, que la mujer estaba entregada al más completo oprobio en Aténas, que Aristóteles dejó consignado que los griegos compraban sus mujeres, sobre las que ejercian una autoridad sin límites; que segun pasajes de poetas cómicos y trágicos, entre los griegos era muy comun abandonar á los recién nacidos. Porque la verdad prevalece siempre, sabemos que escogian para exponer al niño las plazas, los mercados, los templos, el punto de reunion de muchos caminos, los bancos de las fuentes, la orilla de los rios, y en una palabra, los sitios más frecuentados, cuando la madre queria que una mano extraña recogiese á su hijo ó su hija. Porque la verdad prevalece siempre, sabemos que si se deseaba la muerte del recién nacido era abandonado en lugares desiertos y escarpados, ó depositado en un bosque en la abertura de algun árbol, ó se le arrojaba ya en una cloaca, ya en el fondo de un rio, ora envuelto en papiro barnizado con betun, ora acostado en una cesta de junco. En fin, porque la verdad prevalece siempre, sabemos que en Aténas eran expuestos los recién nacidos en el Cynosarges; que á veces la casualidad prestaba auxilio al párvulo que habia sido abandonado por sus padres; que unos pastores salvaron á Edipo, que debia ser devorado por las fieras en la selva solitaria, y lo mismo aconteció con un nieto de reyes.

---

De intento nos hemos detenido en estos detalles, por tratarse de un particular en el que se revela mejor la ternura, de un trance en el que resplandece más el amor, de un suceso que demuestra cuánta inhumanidad había en Grecia. Pues ya no cabe decir más, después de saber que hubo leyes y costumbres que hacían ordinario el abandono de los recién nacidos por sus padres.

---



---

---

## OCTAVIO AUGUSTO Y EL MUNDO ROMANO.

---

Después del siglo de Pericles, hemos creído pertinente ocuparnos del de Octavio Augusto, no tanto por la analogía que pueda haber entre los dos, como porque parece que el reinado de esos hombres eminentes condensa lo más notable que hubo en las dos naciones de Grecia y de Roma; que el reinado de esos dos hombres eminentes es como la apoteosis de la cultura que tuvieron ambos países; que el reinado de esos dos hombres eminentes dió al paganismo un brillo inusitado. Si Pericles logró treguas duraderas para el encono de los ánimos, para el estrépito de las batallas y para las discordias suscitadas por ciudadanos turbulentos y codiciosos; si Pericles logró que el cuerpo sacerdotal, que los poetas, los artistas, los filósofos y los políticos reconocieran en él una supremacía que lo elevaba á gran altura sobre los demás poderes de la nación; si Pericles lisonjeó al pueblo, aparentando los mejores deseos de que mejorase de condicion social, de que tuviese mucha libertad de acción, de que sus pasiones no fuesen contrariadas y de que disfrutase grandes espectáculos donde recrear la imaginación y satisfacer el gusto, otro tanto y mucho más hizo Octavio Augusto.

Pompeyo acababa de limpiar de piratas los mares que bañan desde las costas de Siria hasta las columnas de Hércules, cuando la república romana le comisionó para subyugar al animoso Mitrídates; y lo vence completamente, hace otro tanto con los estados de Armenia, Iberia, Albania, Siria y Judea.—Ciceron habia evitado el incendio de Roma que tenía proyectado la demagogia.—Julio César rindió las Galias, que parecian hasta entonces invencibles.—Por fin tuvo término el triunvirato horrible de Marco Antonio, de Lépido y de César Octavio. Con los restos mortales de Bruto y de Casio yace en el sueño de la muerte la vida de la república. Con la ruina y el descrédito de Lépido y la derrota que sufrió en Accio Marco Antonio, sucumbió para no volverse á levantar el poderío tribunicio. Y como dice el historiador, Roma abre los brazos á César, que, con el nombre de Augusto y el título de emperador, queda único señor de todo el imperio. Doma despues hácia los Pirineos á los cántabros y asturianos sublevados; Etiopía le pide la paz; los partos asombrados le restituyen los estandartes tomados á Craso y los prisioneros romanos; las Indias solicitan su alianza; el peso de sus armas cae sobre los Grisones sin que sea bastante defensa el baluarte de sus montañas que parecia inexpugnable; Panonia le reconoce; Germania le teme y Waser acata sus leyes.

Pero volvamos otra vez á tiempos anteriores á Octavio Augusto, para entrar más de lleno y mejor en el vasto imperio que rigió tan afortunado personaje.

Craso, Pompeyo y Julio César renuevan su alianza como triunviros. El último, con más ambicion y más tí-

tulo para tenerla, dominó á los otros dos triunviros, presentando como prueba irrecusable la batalla de Farsalia. El victorioso Julio descansa de sus fatigas en Egipto, al lado de Cleopatra, que le dedicó sus hermosuras virginales. Vuelve á Roma, es declarado dictador perpétuo, fué asesinado despues, ocupando su puesto en la asamblea augusta, y honrado, por último, con funerales solemnísimos.—César Octavio puede decirse que, precedido de ellos, llega en Roma á tomar las riendas del gobierno, que lo inaugura, por cierto, con el asesinato de Ciceron, por sugeriones de Antonio y de Fulvia; con su divorcio rodeado de escándalo, para casarse con Livia, madre de Tiberio. Mas César Octavio domina todas las situaciones, y ornada su frente de triunfos vuelve á Roma, donde los celebra y cierra las puertas del templo de Jano. Tan seguro está de su dominacion, que puede recorrer Grecia por placer, pasar un invierno en Samos por recreo, y conseguir que los pueblos de Oriente se postren á sus piés. Tan poderoso es en Roma, que celebra con magnificencia desusada los juegos seculares. Tan señor es del imperio romano, que el senado y el pueblo lo aclaman unánimemente con el título de *padre de la patria*.

Ella se extendia entónces, por el Norté, hasta el Rhin y el Danubio; por el Oriente, hasta el Eufrates; por el Mediodía, hasta el alto Egipto, los desiertos de Numidia y el monte Atlante; por Occidente, hasta los mares de las Galias y de España.—Desde el Rhin al Nilo, del Clyda al Jordan, desde el Duero al Eufrates y de las playas atlánticas á los arenales de la Táurida, se extiende la dominacion romana sobre millones de almas, en una

superficie de doscientas mil leguas cuadradas. En ellas el politeísmo ha sojuzgado las conciencias, el pensamiento de Abraham tiene apénas partidarios, y el de Pericles cuenta con muchos prosélitos.—Las artérias que comunican la vida al imperio son, además del Mediterráneo, que es el medio principal para mantener en comunicacion Europa, Asia y África (y que como ha dicho el trapense Bernardo, esas tres partes del mundo, por el Mediterráneo se acercan sin confundirse y se alejan sin perderse de vista), el Don, que conduce el navegante hasta las llanuras donde el tártaro arrastra una vida errante; el Ródano, que traslada á las cercanías del Rhin, y la corriente de éste lleva á los mares del Norte; el Nilo, que conduce al Mar Rojo. Las artérias terrestres (vías cíclopeas) por las puertas de los Alpes tocan hasta Arlés, Lyon y Maguncia. De Lyon parten cuatro vías, que terminan en el Mediterráneo por Marsella, en el Océano por la línea de Saintes, en la Mancha por Bolonia y en las aguas del Norte por Maguncia y el Rhin.—Veinte y cinco legiones bastan para custodiar tan dilatadísimo territorio. De ellas ocho están acantonadas en el Rhin, cuatro en el Danubio, tres en España, dos en Dalmacia, cuatro en el Eufrates y dos en la provincia de África. Las vías marítimas estaban vigiladas por cinco flotas distribuidas en Rávena, Mesina, Frepes, el mar de las Galias y el Ponto Euxino.

Lo que habia costado tantos miles de guerreros ántes de que fuese conquistado, ahora con cuatrocientos mil hombres armados bastaba para tenerlo sojuzgado. Tal era el ascendiente de la raza conquistadora sobre las ra-

zas conquistadas; tal eran el temor, el prestigio de las legiones que rendian obediencia y sumision á Octavio Augusto. Al propio tiempo militan, como sujetas á las garras del águila imperial, las cohortes extranjeras compuestas del jinete númera, del arquero cretense, del hondero de las islas Baleares, y de otros cuerpos á propósito para la guerra. Todo lo notable que encierra el mundo de batallador, todos los elementos bélicos que pudieran amenazar la paz general, están organizados al servicio de Roma. Porque á Darío mató Alejandro; á éste, sus locuras; á Julio César, los republicanos; al Senado romano, la riqueza; al pueblo de los gracos, el botin de la victoria, y sobre los restos de todo reina Octavio Augusto.

Mas ¿no es verdad que en esto se ve patente la mano de la Providencia? ¿No es verdad que si la Pitonisa ha enmudecido, que si de todas partes van á Roma gentes, riquezas, obras de arte, elementos científicos, tratados de filosofía, es porque conviene así á los planes providenciales? ¿No es verdad que al trasladar á Roma los histriones de Grecia, que formaban las delicias de Atenas, y encontrarse allí que no están á la altura de las pasiones romanas; que si la tragedia declamatoria de los Eurípides y de los Sófocles no bastaba para mover el instinto del pueblo único en el mundo, era porque la sangre de las guerras lo habia acostumbrado á las catástrofes verdaderas, y á que no le interesasen las ficciones poéticas, y por lo tanto que exigia su manera de ser realidades y no ilusiones, que era muy natural que el gladiador fuese el gran cómico de Roma? Y admitido es-

to, ¿no hemos de convenir igualmente que la metrópoli del paganismo, al aparecer tan poderosa, al ser tan temida, que estando á la vez tan entregada á los vicios y con un corazon tan empedernido es la prueba; el gran testigo y el estupendo pecador que va á tener en frente de sí Jesus, para resaltar más su gloria?

Y lo que sucedió respecto de los espectáculos públicos, puede decirse igualmente de las ceremonias religiosas, de todo lo cual vamos á ocuparnos, consignando lo más indispensable para la demostracion del fin que nos hemos propuesto. Y así como acabamos de ver que Marte era invocado para que protegiese las empresas bélicas de Octavio Augusto, como lo era en su caso Jano, y como lo fué oportunamente Minerva, conviene que veamos ahora que Baco tenía señalados dias predilectos entre los romanos, que Vénus disfrutaba de iguales ventajas y que las tenía tambien Vesta. Porque es de notar cómo los pueblos politeistas, cómo los directores de los episodios paganos, cómo las gentes que colocaban á Júpiter á más altura que los otros dioses, cuidaban particularmente tener bajo la proteccion de un dios, la costumbre, la inclinacion, la ley, la pasion, el vicio y hasta el crimen. Con intencion no hemos enumerado la virtud, por creer que no es posible hacerlo, al ménos en los dias de Octavio Augusto.

Por eso puede asegurar el historiador que la devocion romana sólo conducia al vicio, con los ejemplos que presentaba á las pasiones; y si el ciudadano halla todavía tiempo para orar, es con el fin de que su vida dure más que las rosas de su banqueto. Tal es el objeto de sus

sacrificios y ofrendas : los únicos dioses en quienes confía son los que ahuyentan los malos presagios ; los que teme son la calentura , la venganza , la palidez . Los augurios son propicios , si el sacerdote de Apis asegura á su discípulo buena salud y larga vida , si los sacrificios solemnes le han reconciliado con Némesis , si los oráculos están de buen humor y toleran que se embriague . Por eso exclamaba el sensual Horacio : « Concededme , ¡oh Júpiter ! las riquezas y la vida , porque sin el auxilio de nadie conseguiré la sabiduría . » Y decía el licencioso Ovidio : « ¡ Si quereis conservaros puros , huid de los templos ! ¡ Si la doncella desea guardar su castidad , tema el altar de Júpiter y los misterios de este dios libertino ! » Y aseguraba Juvenal : « Que las celdas de los sacerdotes eran más impuras que el retrete de las meretrices ; la grande Isis , la más popular de todas las diosas , se apellidaba la gran prostituta » ; y encontramos escrito por San Agustín : « Que la matrona grave y púdica era preciso que en los misterios de la buena diosa hiciese al pié de los altares lo que en el teatro no hubiera querido ver representar por las rameras . » Por eso cuando se habla de la civilización romana , como cuando se hace lo mismo de la griega , cuando su filosofía es elogiada , sus costumbres son imitadas , sus gustos se trata de volverlos á la vida , sus espectáculos hay intento de parodiarlos , sus libertades son puestas por las nubes , y su lujo tiene mucho partido , creemos que la sociedad está corrompida , ó por lo ménos hemos de pensar que las aguas cenagosas del Eurótas forman parte del caudaloso Tíber , y se extienden por otros muchos rios en la época

actual, lo cual podrá ser una ficción ; pero no lo es desgraciadamente, que Europa moderna gusta de muchos vicios que tuvieron los griegos y los romanos, y que algunas de sus pasiones las tiene en más alto grado y con más miserias.

Y no perdamos de vista que Grecia y Roma , por causas que no son de este lugar, desconocieron las huellas de la ruta que siguió Abraham ; que Grecia y Roma no tenían delante de sí la nube misteriosa que las guiase en su peregrinacion por la tierra, como dirigia á los israelitas en sus pasos por el desierto ; que Grecia y Roma no tuvieron delante de sí á Jesus como estuvo presente ante el publicano y el fariseo ; que Grecia y Roma no tuvieron la ocasion dichosa que se presentó á Magdalena ; que Grecia y Roma no alcanzaron unos tiempos como los que comprende la era cristiana en que el Padre Santo pronuncia las palabras *Urbi et Orbi* desde aquel balcon de donde bendice al mundo : que si Roma atraia por un culto, por unas divinidades, por unos pensamientos que incitaban en todo y para todo la sensibilidad, en todo y para todo el egoismo, en todo y para todo la esclavitud, en todo y para todo á tener una religion nacional, formada de las religiones de los demas pueblos conquistados, por la idea política de fundir mejor con el elemento romano los elementos de Grecia, de Persia, de Egipto, de las Galias y de España , no tiene el mundo católico disculpa, como cabia alegarla al de Roma. Que hoy no ven los que no quieren mirar, no oyen los que no quieren oír, no aman la verdad quienes no quieren su amor.

Roma vivia entregada á los vicios, gustaba preferen-

temente de las pasiones impúdicas. Roma hace que diga con dolor Ciceron: « ¡Cuánto sufren los gladiadores de las gentes perdidas y de los bárbaros, y padecen como hombres acostumbrados á recibir una herida más bien que á evitarla vergonzosamente! Despues que han recibido muchas, piden que pregunten á su dueño si exige todavía más de ellos. » Roma hace que Juvenal diga de las vestales: « Aquellas vírgenes del sacerdocio, cuya sola aparicion en el tránsito de un reo sentenciado á muerte salvaba su cabeza del suplicio; aquellas hijas del fuego, que la virginidad coronaba con una aureola casi santa, se trocaban en furias de los espectáculos del circo. Conociáselas por su patear convulsivo, cuando inclinadas fuera de la tribuna contaban las heridas de las víctimas, y mandaban con voces descompasadas, que se revolviessen los cadáveres, para acabarlos en caso que les quedase un soplo de vida. »

Con propósito deliberado hemos querido consignar cerca de la concupiscencia que fomentaba la religion de Saturno, la crueldad que inspiraba al sexo más delicado, y de él á las mujeres que correspondia fuesen más compasivas. Ciertamente es violento tener que recordar escenas, afecciones, móviles, tratos íntimos que descubren la degradacion humana, porque sería más grato ocuparse de pintar situaciones pastoriles, actos de heroismo, pruebas de sacrificio, emociones del alma, purezas del espíritu; pero la imposibilidad de hacerlo así, contra el deseo preferente, atestigua que la civilizacion romana careció de las virtudes verdaderas, que no pudo dar esplendor á las potencias del alma, que fué imposible tri-

butar al Omnipotente el homenaje y el culto que corresponde á su grandeza. Y Roma fué, respecto de la religion, como los ladrones que se apoderan de la propiedad ajena. Hechas suyas las demas religiones, las destruyó para gozarlas á su placer, á su antojo, para emplearlas como se hace con lo que es adquirido malamente, y lleva consigo el elemento de la discordia y el virus corruptor.

Sin que pudiesen hacer nada en contrario, el sentimiento universal de que estaban poseidos los ánimos y que confundia su imaginacion, como dice el orador del Foro en su *Tratado de la adivinacion*. Sin que pudieran hacer nada en contrario las concordancias de las predicciones de Daniel y de Isaías, con los textos seculares de las sibilas etruscas y con los himnos sagrados que los soldados del César oyeran cantar á las sacerdotisas druidas de la Armóricia en las playas del Occéano. Sin que pudiese nada en contrario la consideracion de que el oráculo de Cumas, la castidad de Diana y la hermosura de Apolo no habian podido impedir que la humanidad gustase más de dia en dia de los deleites, de las injusticias, de las ferocidades, de la unidad que tenía por fin concentrar en Roma todas las nacionalidades, todas las diversiones, todas las grandezas de la tierra, todas las fuerzas de la vida, todos los encantos de los demas países; y Roma fué por ese camino atrayendo, como monstruo insaciable, cuanto habia de notable.

Por eso dicen tanto estas palabras de Ciceron: « *O dii immortales! Ubinam gentium sumus? Quam rempublicam habemus? In qua urbe vivimus?* » Estas palabras

del orador de Roma no pueden evitar la catástrofe que se viene encima de la patria, á pesar de su poderío. Y si la muerte de Julio César pudiese explicar la de la república, la de Ciceron pudiera explicarnos tambien la del imperio. Porque cuando un país autoriza el asesinato de sus grandes hombres, no lo dudemos, ese país autorizará igualmente la anulacion de sus derechos, de sus deberes, de lo más significativo, de lo más importante y de lo más venerando que haya en la patria. Y los acontecimientos marcharán con rapidez, los personajes se gastarán pronto, las virtudes escasearán mucho, el honor quedará perdido por completo, la dignidad pertenecerá á la historia y la pureza de costumbres será sólo un recuerdo bello de la tradicion. Así Roma cuando Octavio Augusto ocupa con apariencias modestas el trono de la ciudad que llaman soberbiamente los romanos *la señora del mundo*, inaugura el reinado de las debilidades más vergonzosas, como lo prueba bien este discurso de Octavio.

Arenga á los romanos y les dice que es muy necesario para la felicidad del Estado el aumento de poblacion y contraer matrimonio, á fin de reparar las pérdidas de los ciudadanos que habian perecido á consecuencia de muchas y repetidas guerras, de las discordias civiles y de enfermedades. Que su aversion á contraer matrimonio y á enlazarse con un vínculo tan suave y sagrado era el efecto de sus corrompidas costumbres, que su celibato es un verdadero homicidio, porque privan al Estado de los ciudadanos que podrian engendrar; que su desobediencia á la voluntad de los dioses es una impiedad; que

son unos sacrílegos, porque sufren con abominable serenidad que el nombre de sus mayores perezca; que son unos pérfidos, porque desolan la patria privándola de ciudadanos; y concluyó su arenga con estas palabras: «Casaos si me apreciáis y si me habeis dado el nombre de padre de la patria, no por baja y vil adulacion, sino para honrarme.»

Y el hombre que ha pronunciado esa arenga, despues de una penosa enfermedad recibe del pueblo que la oyó el homenaje de festejos, como el que nos describe admirablemente Chateaubriand, del espectáculo que Roma ofrece en el anfiteatro de Vespasiano, con estas palabras: «Toda Roma acudia allí para beber, por decirlo así, la sangre de las víctimas. Cien mil espectadores, cubiertos unos con una punta de su manto y otros con una ombela, estaban ya distribuidos por las gradas; y el populacho que iban vomitando los pórticos subia y bajaba por las escalas exteriores, y se acomodaba en los escalones de mármol. Unas verjas de oro protegían el banco de los senadores contra la embestida de las fieras. Habia, para refrescar el aire, algunas máquinas ingeniosas, que haciendo subir surtidores de vino y agua azafranada, volvian á caer en forma de rocío y esparcian cierta fragancia. La escena estaba adornada con tres mil estatuas de bronce y con una multitud de pinturas, columnas de jaspe y pórfido, balaustres de cristal y vasos de labor preciosa. En un canal abierto alrededor de la arena nadaban un hipopótamo y algunos cocodrilos, y en las cavernas del anfiteatro rugían quinientos leones, cuarenta elefantes, muchos tigres, panteras, toros y osos

adiestrados en despedazar á los hombres. Los gladiadores, no ménos feroces que las fieras, ensayaban en diversos sitios de la palestra sus brazos ensangrentados. Cerca de las cavernas de la muerte habia lugares de prostitucion pública : allí las mancebas desnudas y las damas romanas de la primera distincion, aumentaban el horror al espectáculo, y como rivales de la muerte, iban á lidiar entre sí por la privanza de un príncipe moribundo.»

Mas esta descripcion, la arenga de Octavio Augusto, contestan, si no satisfactoria, perfectamente á la pregunta de Ciceron, *in qua urbe vivimus?* Porque la *señora del mundo* aparece á la consideracion de las generaciones como la reina de la deshonestidad, de las crueldades, de la molicie, del embrutecimiento; como el tipo más acabado del gentilismo, que asume toda la vida en la sensibilidad, todos los placeres en los sentidos, todas las vanaglorias en las inmoralidades, todos los gustos en los sensuales, y por eso puedé concebirse que tuviese reducidos á la esclavitud hombres de Alejandría, distinguidos gramáticos de Asia para domésticos ladinos y dóciles; de Grecia, pedagogos para educar los niños; de Iliria y Epiro, buenos pastores y labradores; de Germania, Gاليا y Tracia, gladiadores; de Capadocia, operarios bárbaros y robustos.

Realmente era Roma la señora del mundo, bajo el punto de vista de la desmoralizacion, bajo el punto de vista de ser como el Gánges á los contemporáneos, cuyos miasmas pestilentes se extienden de vez en cuando por todas partes, y siembran de horror y de tristeza lo más her-

moso, lo de más alegría, lo que hace más feliz al corazón humano. Y cuando consideramos que á pesar de la oracion arrogante de Ciceron, que á pesar de la arenga moral de Octavio, Roma fué víctima de las pasiones más violentas y de los vicios más degradantes; que á pesar de que el Senado suprimió ya ciento ochenta y seis años ántes de la venida de Jesucristo las fiestas de Baco, porque no se diferenciaban bajo ningun concepto de las orgías más infames y vergonzosas, herian muy directamente la moral y pervertian los ánimos con grave perjuicio de la república, que Roma halló medio de reemplazar el espectáculo de las bacanales, y, sobre todo, demostró que no podia vivir sin uno equivalente, por lo que instituyó con más estrépito y mayores desórdenes las saturnales, que tenian por objeto gozar con la invocacion de Saturno las delicias que habian de ser agradables á un dios que devora sus propios hijos. Y cuando consideramos era menester que una matrona honestísima fuese la que pusiera públicamente la corona al falo que habia sido conducido procesionalmente al lugar destinado á su descanso, porque la intervencion de la matrona convenia para aplacar al dios Libelo, y ella no habia de reparar en los actos de impudicia, ántes al contrario, eran ellos muy propiciatorios; que las *saturnales*, llenas de escenas licenciosas, desenfrenadas, llevaban el timbre de una solemnidad nacional y de un espíritu democrático, hasta el punto de que durante estas fiestas se suspendian los negocios públicos y todas las distinciones jerárquicas; ancianos, jóvenes de ambos sexos, niños, esclavos, libertos, magistrados, todos confundidos

manifestaban gran regocijo ; que en las *lupercales* los jóvenes recorrían las calles de Roma enteramente desnudos, llevando en una mano la cuchilla manchada con la sangre de las cabras y ovejas que inmolaban á Pan, y en la otra grandes látigos de cuero para golpear frenéticamente con ellos á las mujeres, que con superstición ridícula creían ser así fecundas ó dar á luz felizmente ; que la órden de las *vestales*, siendo la corporación religiosa más distinguida de Roma antigua, con obligaciones severísimas respecto de la virginidad y de la conservación del fuego sagrado, cuya falta de cumplimiento era castigada con castigos terribles, sin embargo, la vestal era en el circo más apasionada que los demás espectadores, ante un público donde la pasión lo arrebatava todo. Y cuando consideramos que las instituciones religiosas más notables y antiguas de Roma tenían un enlace íntimo con su política interior, con su organización social y con su administración gubernativa, tanto que Octavio Augusto no se hubiera atrevido á modificar en algo esencial ni las ceremonias de los templos, ni los reglamentos del anfiteatro, ni las costumbres del Foro, ni los placeres de los baños, ni el trato de la *ergástula*, ni el aparato de las solemnidades triunfales, ni, por supuesto, los precedentes del Senado, creemos poder afirmar que Roma había descendido en moralidad, tanto cuanto subió en poderío y en ilustración respecto de Grecia ; porque si es verdad que Atenas presencié escenas como la que dió Pericles en el Areópago, no tuvo que sufrir humillaciones como las que experimentó Roma por su adulación á Octavio.

La inmortalidad de Roma llegó á un refinamiento tan voluptuoso como sanguinario, tan débil como feroz, tan escandaloso como cruel, tan atrevido como iracundo, tan material como culto, tan variado como engañoso, tan cí-nico como perturbador, tan religioso como profano, tan aristocrático como plebeyo, tan local como cosmopolita. Cual se ve claramente en la multitud de pasajes que presenta la historia, cual lo atestiguan Juvenal y Tácito, cual lo revelan Ciceron y Séneca, cual lo cantan Ovidio y Virgilio, cual lo relatan Suetonio y Dionisio de Hali-carnaso, cual se conoce por los restos magníficos que quedan de las obras de arte romanas, en esculturas, acueductos, anfiteatros y otros monumentos. Mas en pocos renglones vamos á reunir algunas pruebas de la inmoralidad romana, ocupándonos de ciertos hechos de Fulvia, enemiga irreconciliable del rey de la tribuna de las arenas; de Clodia, á quien despide del tálamo nupcial el protector del matrimonio; de Cleopatra, que fué solicitada por el vencedor de las Galias, por el terror de los Partos, por el padre de la patria; de Octavia, infortunada cuanto ilustre romana, no obstante haber sido esposa de Marco Antonio y hermana de Octavio Augusto; de Livia, mujer de corazon ambicioso, de mirada sagaz, de intencion perversa y de inclinaciones que supo velar cuidadosamente á la penetracion de Octavio.

Estas mujeres ofrecen á la consideracion del observador rasgos muy dignos de ser estudiados; ofrecen de notable la circunstancia importantísima de que para ser malas, para desarrollar las pasiones, para concebir odios encuentran propicia á la *señora del mundo*, y pueden fá-

cilmente lograr que el hombre cometa faltas, villanías y brutales iniquidades. Si entre esas mujeres hubo alguna que quiso hacer compatible su elevada posición social con la modestia, si hubo otra que extranjera en Roma trató de influir sobre ella y evitar que su país fuese saqueado y esclavizado, como lo eran los demás donde el águila imperial clavaba sus garras, la extranjera tuvo necesidad de recurrir á la seducción ó al despecho, dando á un romano su virginidad, á otro su cultura y al último su cadáver; porque Cleopatra, al verse delante de Julio César, comprendió por instinto y por intuición que no había de ser con ella tan magnánimo como lo fué el héroe griego ante la esposa desventurada de Darío; al verse en la presencia de Marco Antonio, cuya historia estaba llena de afrentas al bello sexo, era natural que recurriese al arte inagotable de su genio, secundado por los embelosos sensuales; al verse prisionera de Octavio Augusto, cuya vanidad era tan desmedida como su poderío, tuvo que optar entre ser parte de un espectáculo triunfal ó la muerte.—Y en otro orden de sucesos hallamos á Fulvia, que recibe la cabeza ensangrentada de Cicerón y goza contemplándola; que compete con Octavio en hipocresía y le aventaja por sus recursos en el arte del disimulo; que cuando las circunstancias lo exigen es guerrera, impetuosa, iracunda; cuando el caso lo requiere da apenas tregua á su viudez, y de los funerales de Clodio, hombre audaz, incestuoso y disoluto, que muere asesinado, pasa al tálamo nupcial de Curion, que fué estragado en costumbres y perturbador de la tranquilidad pública, y del lecho funerario de Curion pasó al del triunviro Marco

Antonio, desde donde le aconseja, como una hiena, que proscriba, que mate y que disfrute con sus hazañas de venganza y exterminio. — Á Cleopatra y Fulvia sobrevive Livia, que ocupó más alto puesto social que ellas, que supo dominar completamente el corazón del triunfador más perspicaz y más afortunado, y ser, como él, política en todos los acontecimientos de la vida; pero si las dos primeras mujeres fueron de índole depravada, Livia sobrepujo á sus inclinaciones, porque cometió el acto más repugnante que puede realizar una mujer: ella dió su mano á Octavio cuando pertenecía á Tiberio, el fugitivo de Perusa, y cuando llevaba aún en su seno el fruto del matrimonio que tenía contraído con aquel desventurado. Así la civilización romana demuestra que la vida de sus personajes principales fué, más que de familia, de una continua bacanal, donde el pudor es presentado en ridículo, la ternura está escarnecida y el amor queda mancillado.

Tratándose del bello sexo, que gobierna el interior del hogar doméstico, que embelesa á la familia, que pone una gracia en cada ángulo de la morada, que por la maternidad da su sangre y su espíritu á la juventud, que por la dignidad de esposa sacrifica sus encantos y prodiga sus virtudes á la edad viril, que por la inocencia de hija comunica alegría y felicidad á la vejez. Tratándose de un sexo cuya imaginación vuela á regiones donde no puede subir el ave más poderosa; cuya sensibilidad produce impresiones muy hondas, tanto que pueden desgarrar el alma; cuya viveza aventaja al movimiento veloz que tiene la electricidad; cuyo ingenio es inagotable en

recursos ; tan rico en inspiraciones ; que no fuese posible pagar en casos dados con todo el oro del mundo el valor de los pensamientos que tiene una mujer inspirada ; cuyo amor puro ha sido siempre la dicha verdadera, el encanto mejor, la esperanza más dulce, la realidad más cierta. Pues bien, tratándose de un sexo que tenemos en tanto como corresponde hacerlo así siempre, al hombre que ha tenido una madre y una esposa en virtudes, modelo ; en cariño, entrañables ; en sacrificio, invencibles ; en generosidad, magnánimas ; al católico que ha sentido el arrullo de una madre y una esposa delicado y tierno, puro y dulce, vehemente y casto, inocente y discreto, sencillo y previsor sobre todo, tan dispuesto á obedecer á Dios y á rogar humildemente á la Santísima Madre de Jesucristo ; ese hombre que ha visto pintada la fé en la mirada de su madre y de su esposa, el arbol del pudor en sus mejillas, la actitud honesta representada en sus ademanes, la pureza ornando su frente, el cabello velando su castidad, los labios sirviendo al beso de adhesion hasta sufrir el martirio, la palabra expresar magníficamente las emociones del alma y en la accion general dominar los rasgos de caridad. Cuando, como sucede ahora, es preciso ocuparse de fieras cual Fulvia, de concubinas cual Cleopatra y de adúlteras cual Livia, el corazon late oprimido, la voluntad funciona violenta y el pensamiento trabaja fatigado, porque es preciso callarse ó hablar duramente de la mitad más bella del género humano ; la que no debiese merecer más que la consideracion que tuvo Jacob con Rachel, el santo Luis, rey de Francia, con su madre, y Juan de Padilla con su esposa.

Ciertamente que hubo en Roma mujeres como Lucrecia, que prefiere la muerte á la deshonra; como Cornelia, que supo inspirar á sus hijos la bravura de las primeras espartanas y el valor que llega hasta el heroísmo; como Hortensia, que al frente de muchas matronas romanas protestó con energía y con pasión de los desmanes, injusticias y desgracias que infería un triunvirato feroz; como Julia, madre de Antonio, que arrogante reprueba la conducta iracunda de su hijo; como Octavia, que sacrifica en Roma su libertad á la intriga política de sus directores principales, y que pospone su autoridad en Samos para no ver más degradada la de su esposo; pero mujeres tan castas ó varoniles, tan altivas como generosas pudieron hacer muy poco ó nada por la virtud, mientras que sus rivales lograron conseguir mucho para el vicio, que tal es el privilegio de la religión cuando sus dioses son Baco, Vénus, Júpiter tonante ó Vesta tan dedicada al fuego sagrado.

Y cuando había tanta relajación en el corazón humano, cuando el hombre estaba tan prostituido, cuando la política era esclava de la voluntad del jefe del Estado y Roma respiraba, más inclinada al deleite, los vapores de la corrupción, fué entonces Hortensia seguida de muchas matronas romanas á la presencia de los triunviros, y les habló en esta forma: « Las mujeres infortunadas que vienen á imploraros, no habrían osado jamás presentarse á vosotros si no hubiesen sido rechazadas sus súplicas por vuestras esposas, madres y hermanas. Aunque vuestra resolución puede ser juzgada á primera vista, como contraria á las leyes que prescriben á nuestro

sexo el pudor ; la muerte de nuestros padres , hijos , hermanos y esposos , es lo suficiente para justificarnos , y con especialidad , porque su muerte sirve hoy de pretexto á las nuevas desgracias con que se nos amenaza. » Y concluyó su oracion con estas palabras : « Ni Mario , ni César , ni Pompeyo pensaron jamas en obligarnos á meternos en las cosas del Estado. El mismo Sila , este primer tirano de Roma , no exigió ninguna cosa parecida ; y vosotros , sin embargo , os revestis con el título glorioso de reformadores de la república , título que será para vosotros un eterno baldon si persistis en el inicuo propósito de despojar de sus bienes á personas que no os han ofendido en nada. » Este lenguaje no dejó de contener á los triunviros en la pendiente brutal á la que empujaban los acontecimientos públicos y los dias de la patria ; pero no sirvió para impedir que el triunvirato se hiciera entregar violentamente los tesoros que estaban depositados en manos de las vestales , ora fuesen de ciudadanos , ora de extranjeros , ni que dejarán de exigir que las madres , las hijas y los deudos de los proscritos contribuyesen á los gastos de la guerra emprendida contra Bruto y Casio. Ni fué más afortunada Julia , madre de Antonio , que le dijo en la plaza pública ( donde recibia las cabezas de los proscritos , pagando á los sicarios el precio convenido ) estas palabras : « *He violado tu decreto y vengo á delatarme* , he recibido en mi casa á mi hermano , y estoy resuelta á defenderle hasta que tu tengas á bien hacernos morir á los dos. » Antonio contesta á su madre con sangre fria : « Tu conducta es la de una buena hermana , pero de una mala madre. »

Despues de esta escena tan desnaturalizada, despues de una accion tan impía, despues de ver á hombres perversos que pasáran por muy distinguidos en Roma, no deberémos extrañar que Octavio Augusto y Marco Antonio, para venir mejor á un acuerdo, cuando querian concluir con el poderío y rivalidad de Pompeyo, que pactasen el casamiento de Octavia, hermana de Augusto, con el colega de éste. Antonio, acompañado de su nueva esposa, pasó un invierno en Aténas, donde celebró los triunfos que alcanzaba Ventidio en la guerra contra los partos, y asistió personalmente á las fiestas, desempeñando el papel de Baco con mucha pompa y gala. A este escándalo añadió Antonio el de encadenar su voluntad, con ella su posición en la milicia y la representacion que tenía de Roma, á Cleopatra, la reina más hermosa que habia visto Egipto sentada en el trono; porque, como dice la historia, Cleopatra hermanaba todos los hechizos de una mujer y su hermosura con talentos muy elevados y peregrinos; el tono de su voz superaba en dulzura á los instrumentos músicos más armoniosos, se expresaba con facilidad y elocuencia en idiomas distintos, así que respondia sin intérprete á los embajadores de pueblos muy diversos, porque hablaba entre otras lenguas la etíope, la troglodita, la hebrea, la siríaca, la arábica, la de los partos y la de los medos, ¡y Cleopatra sin fé ni religion, era naturalmente perversa!...

La contienda tuvo que suceder, y la víctima habia de ser el corazon mejor; que en las cosas de la tierra, cuando la pasion impera y el desórden invade las conciencias, el triunfo será siempre de quien con peor carácter, con

peores inclinaciones, con mayor egoismo, trabaje para que prevalezca su iniciativa, para que sus deseos lleguen al colmo que apetecen, sin que importen la cuantía del escándalo, la trascendencia de la injusticia, el dolor de la víctima, la ofensa de la sociedad, ni la degradación del nombre propio.

Con algunos episodios de la vida de Octavia vamos á demostrarlo.

En Roma los crímenes eran una parte de su sér, cuando estaban en decadencia el poderío de los tribunos, de los ediles, de los senadores, de las vestales, del sacerdote de Júpiter. Y como no importó que Octavio Augusto hubiese repudiado á Clodia, hija de la terrible Fulvia, para que Antonio se casara con la hermana de Augusto, tampoco hubo grandes dificultades que vencer á fin de que Antonio repudiara á Octavia para unirse por los vínculos del matrimonio con Cleopatra. Por supuesto no perdamos de vista que se trata de matrimonios que podían hacerse y deshacerse fácilmente; porque sin el carácter de sacramento, ni nada que á esto se parezca, no eran más que contratos, y áun pudieran llamarse imposiciones que hacían el capricho, la razón de estado, ó cualquier otra pasión abyecta; ni desconozcamos tampoco la trascendencia de unos matrimonios ó divorcios como los de Octavio y Antonio, en tiempos que estos personajes daban el tono á la moral, y que no había una religión, ni un prelado, que contuviesen las inclinaciones malas y los instintos depravados.

Así que Fulvia contrae matrimonio con Marco Antonio, para poder por medio de este enlace dar más exten-

sion á sus furoros de hiena. Livia se desposa con Octavio Augusto sin reparar en que vive Tiberio, y que lleva en su seno un hijo suyo. Entre estas mujeres y estos hombres vive Octavia, que es la virtud misma, cuanto puede haberla en una sociedad corrompida, donde sucede como en suelo pantanoso, que si brota alguna flor, muy pronto sucumbirá bajo el peso de los miasmas deletéreos que envenenan el ambiente. Así sucedió á Octavia, que desembarca en Aténas, donde pudo ser en otro tiempo tan feliz, y adonde llegaba ahora en dias infaustos, porque los partos y los medos habian abatido el vuelo del águila romana. Ahora llevaba consigo Octavia refuerzos poderosos que contuvieran al enemigo de la patria; pero todo fué en vano, y Octavia, por órden de Antonio, que le dictó Cleopatra, tuvo que volver á Roma. Allí desoyó los consejos de la venganza, y estuvo ocupada en atender á la educacion de sus hijos y de Fulvia: entre tanto Cleopatra logró que los atenienses, ¡oh vergüenza! tuviesen hácia ella iguales consideraciones que con su rival; y alcanzó, por fin, que Antonio repudiasse públicamente á Octavia, quien al verse obligada á abandonar el hogar doméstico, dijo con dolor profundo: «Me juzgo muy desgraciada, porque se podrá creer que soy causa de una nueva guerra civil.» Los romanos al ver la virtud escarnecida de un modo tan indigno, no pudieron ménos de traer á la memoria la vida de Cornelia para compararla con la de Octavia, porque á traves de las edades se relacionan las criaturas, y cada cual aparece en armonía á cuanto tiene analogía con su existencia. Octavio, á pesar de su corrupcion, era tanto el cari-

ño que tenía á su hermana, que mandó erigir un pórtico magnífico en honor suyo, al que hizo dar, como á una biblioteca que fundó en unas galerías inmediatas al pórtico, el nombre de Octavia; que en algo ha de distinguirse el sér racional del resto de la creacion, sirviendo esas mismas distinciones de prueba ante el contraste que presenta la accion buena enfrente de la mala. Esta idea nos lleva á poner como en paralelo las muertes de Abraham, de Pericles y de Octavio Augusto.

En el Génesis encontramos estas palabras admirables por el sentido que tienen: «*Et deficiens mortuus est in senectute bona, propectaeque aetatis et plenus dierum: congregatusque est ad populum suum.*» Esto es, que Abraham, faltándole las fuerzas, murió en una vejez buena y de edad avanzada y lleno de dias, y fué agregado á su pueblo. Esto es, murió no de enfermedad sino de vejez, que la escritura santa llama buena ó feliz, y esta felicidad consistia principalmente en haber perseverado hasta la muerte en el temor y amor de Dios. Esto es, lleno de dias quiere decir que todos los dias de su vida habian sido llenos de obras buenas, que no cuenta en la vida de los hombres sino dias que ha empleado en hacer la voluntad del Señor. Esto es, murió y fué enterrado con las ceremonias que lo habian sido sus padres y mayores. Pasó á incorporarse y á unirse con los otros justos que hasta entónces habian muerto, que eran su pueblo ó el de los escogidos, porque los buenos y los malos están confundidos miéntras viven; pero la muerte separa á los unos y á los otros, y los destina para siempre á aquel pueblo, de quien fueron miembros miéntras vivieron.

Pericles, despues de haber visto morir á todos sus hijos y de contemplar á la patria envuelta en una guerra desastrosa hacia ya dos años y medio, sostenida por la ambicion desmedida de las facciones, fué acometido de la peste, que tenía aterrada la ciudad de Atenas: en el lecho del dolor, que rodeaban sus amigos, recordando éstos su poderío y sus triunfos, con voz apagada los interrumpió para decirles: «En estos triunfos tuvieron parte los capitanes, los soldados, la fortuna; lo que me consuela en este momento es el no haber hecho vestir luto á ningun ciudadano.» Augusto era decrépito, y en los años posteriores de su vida, la aureola de su incansable fortuna habia comenzado á oscurecerse. El célebre Mecenas, que llegó á dominarle, que habia sido poderoso sosten del imperio, y que habia contribuido á divinizar al César, secundado por otros personajes, corriendo un velo de oro y púrpura con guirnaldas de mirto y rosas sobre sus crímenes atroces, casi todos habian bajado al sepulcro, y Augusto aguardaba con estoica alegría el último fallo de la parca. En Nápoles asistió á los juegos solemnes y magníficos, celebrados el dia del aniversario de su nacimiento; cada vez más afable con los que se le acercaban, era, sin embargo, su gran consuelo sentir las caricias que le prodigaba su amada Livia; reminiscencias estériles, pero halagüeñas en la vejez, como dice el historiador. En Nola, viendo próxima su muerte, mandó le trajeran un espejo, se hizo arreglar el pelo, y cuando le pareció por el reflejo de su imágen que estaba bien compuesto, mandó entrar á sus amigos, y dirigiéndoles la palabra les dijo: «¿Hé desempeñado bien mi papel en la

farsa de esta vida?» Y luégo añadió : « Aplaudid. » En su agonía no quiso que Livia se separára de su lado, la colmó de besos, y exhaló el último suspiro á los sesenta y siete años de edad , diciendo : « Adios, Livia, acuérdate de nuestro enlace conyugal miétras vivas. »

Nos ha parecido que los últimos momentos de la vida, cuando la muerte empieza á impresionar con su letal efecto, cuando la agonía rodea á la criatura de tinieblas y ansiedades ; momentos tan solemnes como son los del moribundo, pueden servir comparados para demostrar dónde está la virtud y dónde mora el vicio, quién es el justo y quién es el réprobo, la decadencia moral que resulta de los tiempos patriarcales á los del siglo de Pericles, y de éstos á los cuarenta y tres años que duró el imperio de Octavio Augusto.

Su despedida no puede ser más que mundana, ni puede estar más en armonía con la historia de su vida pública, ni puede tampoco revelar más claramente los rasgos de su carácter en la conducta con su familia. Un hombre que habia regido por tantos años los destinos de Roma, que se atrevió á decir, no sin cierta razon, *el imperio es la paz*; que pudo con alguna autoridad reducir á la obediencia los elementos desordenados de la organizacion política y social, que tuvo atrevimiento bastante para echar en cara al pueblo romano en general su inmoralidad; que debió oír hablar de la inmortalidad, aunque no fuera más que á traves de las oscuridades con que explica la filosofia griega la omnipotencia divina; que era fácil se dejase engañar, pero que habia de ser casi imposible que fuese engañado; que no obstante rodearle una

atmósfera pestilente, parecia natural que buscase en alguna parte los aromas que purifican, la esperanza que regenera y la tranquilidad que eleva el ánimo; cuando la muerte ponía sus manos duras y heladas como el mármol sepulcral sobre su corazón, por cuyo latido se regulaba el de muchos, tiene para Livia las palabras que ha conservado la historia, pide á su auditorio que aplauda, y dice al mundo que ha desempeñado bien su papel durante cuarenta y tres años de farsa. Esta manera de morir es inferior á la que tuvieron tantos gladiadores al caer en la arena, cuando pendía su vida de los accidentes de la lucha ó de la voluntad de sus dueños. Los últimos momentos de Pericles fueron para recomendar la memoria de sus hazañas á la simpatía de los conciudadanos, para justificar su conducta ante la opinion pública, para merecer más aplausos de aquella ciudad que se los habia prodigado al amante de Aspasia. Pericles, que habia embellecido el Atica, que habia protegido sus artistas, sus literatos, sus filósofos, sus eterias, sus dioses; que habia lisonjeado mucho la vanidad de los atenienses con espectáculos públicos, con victorias, con dotar Atenas de hermosura, de riquezas, de fama, de magnificencia; oyó sonar su última hora, disponiendo plenamente de la opinion pública, porque sus rivales uno en pos de otro lo habia vencido; los intrigantes y turbulentos, con ser muchos y algunos de valía, le tenían temor: cuando ya no quedaba otro recurso á su voluntad impotente para imponerse, toma el que puede, adula la milicia y afirma que no ha hecho vestir luto á ningun ciudadano, con cuyas palabras revelaba que moria tan hipócrita como

habia vivido. Abraham llega al borde del sepulcro tan obediente, tan honesto, tan digno, tan piadoso, tan justo como fué en su peregrinacion dilatada. Con la pureza que ama su esposa Sara, con la pureza que está unido á su sierva Agar, con la obediencia que se dirige á Canaan, con la obediencia que ofrece en holocausto su hijo Isaac, con la magnanimidad que administra sus riquezas y quiere dar una compañera al príncipe de su herencia; con la misma pureza, con igual obediencia, con idéntica magnanimidad da sus últimos pasos, siente sus últimos latidos, cobija sus últimos pensamientos y manifiesta sus últimas esperanzas. Sin aparato teatral, sin protestas de santidad, sin alardes vanidosos baja al sepulcro el Patriarca donde queda depositado su cuerpo, miéntras que el alma asciende á la mansion de los justos, á la morada donde los santos disfrutaban de la bienaventuranza eterna.

Abraham al morir ha dejado la figura, el ejemplo, la doctrina que hacen de la moral el supremo bien, la comunicacion verdadera con Dios. Pericles cuando muere deja una filosofía que sirve para mantener latente el error, una política que desgarró el corazón de Grecia, una cultura que ha de ser incompatible con la honestidad. Octavio á la hora de su muerte sanciona con sus palabras y acciones, unas creencias, unas costumbres y unos amores, que serán siempre opuestos á la unidad de la familia, á las dulzuras del parentesco, á los encantos de la modestia, al recogimiento del matrimonio y al misticismo religioso. Porque el varon santo muere sin remordimientos de conciencia; el ateniense renombrado su-

cumbe al impulso de la pasión; el magnate romano da el último suspiro puesto el pensamiento en el deleite. Y no hay que dudarlo, en la agonía del moribundo halláremos constantemente impresa toda su vida, que hace aquella tranquila en el justo, inquieta en el arrepentido y violenta en el condenado.

---

---

## CÁRLOS V ANTE EUROPA.

---

Salimos de unos tiempos en los que la idolatría tenía sojuzgadas las conciencias, el instinto dominados los ánimos y las pasiones, engañada la voluntad, para entrar en otros en que un nuevo mundo, con el que los españoles han enriquecido al antiguo, ofrece á la consideracion otras gentes y otra idolatría, ante las que aparecen gigantes Cristóbal Colon, por su sabiduría; Hernan-Cortés, Pizarro y Pinzon, por su bravura y hazañas formidables. Los españoles, que no habian podido vencer en Sagunto los cartagineses, en Numancia los romanos, en Covadonga los árabes; los españoles, que han visto constantemente pedido ó asaltado su suelo, que hicieron por sí durante ocho siglos contra los mahometanos tanto y más que no alcanzaron las demas naciones civilizadas de Europa; los españoles, cuya historia se da la mano con la de los fenicios, cuyas riquezas contribuyeron al embellecimiento de Atenas, que dieron hombres ilustres á Roma; terminada apénas la guerra contra las huestes agarenas, acometen empresas titánicas, ora en las playas de Oran, ora en los mares de Lepanto, ora en los campos de Pavía, ora en las selvas de América, ora en

su propio territorio, para debatir lo que será siempre motivo de contienda, el derecho y la libertad, el deber y el órden; esto es, la funcion relativa de las conciencias, su primacía ó su dependencia. Entónces los españoles toman una parte activa en los acontecimientos que sobrevienen, y luchan al derrumbarse los últimos vestigios del imperio griego, cuando la cimitarra atemoriza á Constantinopla y Aténas, tan bellas y admiradas de Oriente; y luchan en las agitaciones que el feudalismo promueve en Europa, en las conquistas que acometen en Ultramar, donde las razas y la naturaleza oponen una resistencia tenaz contra los invasores, y luchan en el seno de la Iglesia tomando una parte activa en el desarrollo de la doctrina religiosa, sostienen igualmente el combate enfrente de las legiones de extraviados que dirigen Lutero y Calvino. España, tan combatida en su seno como lo es por sus dilatadas costas, parece que debiera estar postrada; mas, sin embargo, no es así, porque en este siglo da pruebas de su gran virilidad lo mismo en artes, como lo ha probado en Roma un malogrado pintor, que en ciencias, como acaba de demostrarse al ser distinguido en París un sabio español; como pudo ostentarlo en el Vaticano, donde un prelado, hijo de la patria del Cid, resuelve por medio de su palabra piadosa la cuestion trascendentalísima de la infalibilidad; como lo hizo ver en la exposicion de Viena que sus industrias han sido premiadas preferentemente; como lo prueba dia por dia en Inglaterra con sus producciones agrícolas y metalúrgicas. Y la misma guerra civil que aflige al país, al ver como resiste tantos males

España, no obstante que aumentan considerablemente por la presion que añaden los partidos políticos con sus discordias y maldades, todo hace decir de la patria de Cervántes, de Teresa de Jesus y de Balmes, como se habla de una criatura desventurada, que las muchas desgracias no pueden rendir su natural vigoroso y su voluntad resignada.

En España estamos, y de ella vamos á ocuparnos despues de haberlo hecho de Grecia, de Roma, si bien mirando aquélla, no por el lado que es afine á los tiempos de Abraham, por la manera de ser que tenga relacion con la alianza del primer patriarca. Nuestro intento es hablar de la nacion española, del reinado de Cárlos V, en cuanto veamos que tenga analogía con las costumbres y carácter de los griegos y romanos del politeismo.

La venida de Jesucristo á la tierra habia cambiado la faz de las naciones; todos los continentes se sintieron mudados en su manera de ser moral, como varía de aspecto la naturaleza cuando el rubicundo Apolo vuelve á ocupar el trono del dia, despues que durante la noche ha tenido en oscuridad á un hemisferio. La venida de Jesucristo á la tierra ciñe de nueva aureola á la mujer. El cristianismo aumentó con ella la personalidad humana en la familia; complemento del hombre debia hacer una con él, idéntica siempre á sí misma, inmortal por el alma. Esto hizo indisoluble el matrimonio. La mujer es el sonrosado fondo del cuadro de la familia, la luz que lo entona y que lo anima. Los más grandes sentimientos fueron confiados en la sociedad cristiana á la mujer, que ha nacido para endulzar las tristes asperezas de la vida co-

mo hija, como esposa y como madre. Las mujeres fueron admitidas en las asambleas cristianas y se les dió tambien cierto carácter sacerdotal. Esta opinion, que está tomada de Castelar, robustecería, si fuere necesario, otra de Balmes cuando dice: «No ya en el estado de la civilizacion de la sociedad católica, sino en el estado actual de la civilizacion de las sociedades protestantes, es imposible que ganen terreno entre ellas, ni las necedades del Alcoran, ni las groserías de la idolatría.» Así, pues, ésta ha quedado estacionaria en algunos países y en otros decae; el protestantismo, de division en division y de subdivision en subdivision, ha llegado á ser hoy la parodia de la confusion de lenguas que hubo cuando la soberbia humana erigia la torre de Babel.

Pero pongámonos de una vez en el punto de vista que queremos colocarnos.

Así como fueron de Grecia á Roma los literatos, los artistas y los filósofos, para consagrar sus estudios á la reina del Tíber, cuando imperaba sin rival sobre el mundo pagano, del mismo modo sucedió que, del imperio griego salieron fugitivos los retóricos que mal avenidos con el Corán y con la cimitarra que lo propagaba, se refugiaron en el Occidente de Europa, dedicándose á la única enseñanza que sabian: y el estudio de la antigüedad atrajo la atencion pública, hasta el punto de ser des-cuidado y vilipendiado lo que no emanase de la cultura antigua. Y aquellos retóricos lograron hacer creer (apoyándoles la literatura que tenía entónces el fin de adornar únicamente la inteligencia) que era completa la instruccion cuando se conocian los autores y las costum-

bres griegas y romanas. Como consecuencia de esto fué preferido el rey de la elocuencia de Roma politeísta al rey de la sabiduría de Hipona cristiana, dándose el caso de que algunos teólogos sostuvieran que Aristóteles apoyó la doctrina de Jesucristo, dándose el caso de que al rendir culto á la forma fuese escarneada por ligereza ó condenada por ignorancia la Edad Media, en la que los francos, godos, vándalos, alemanes, normandos y sarracenos conservaron el carácter nacional. Los literatos, admirados del buen orden, según los libros, que reinaba en medio de la magnificencia romana y de la elegancia griega, asombrados del carácter de unidad de aquellas civilizaciones, se dejaban llevar de sus atractivos, como atraía la sirena á las playas de Corinto; por más que el literato cristiano tenía deberes imprescindibles, y los tendrá en todos los tiempos de la era cristiana, si quiere vestir el ropaje blanco que cubría la figura de los cristianos de las catacumbas, imitar su prudencia, adoptar sus precauciones y tener su fé; y si fué indigno del nombre romano que sospechára de los primeros cristianos, creyendo que se reunían en la catedral subterránea de San Sebastian para objetos tan livianos como eran los que atraían las gentes á las solemnidades en honor de Baco y de Vénus, ¿no ha de ser censurable que los hombres eruditos del renacimiento, que algunos de sus sabios gustasen más de la lectura griega y romana, que era una inspiracion de Sócrates y de Séneca, con poster-gacion de los libros divinos de los Santos Padres y de monjes eminentes?

Es verdad que la Edad Media era difícil de compren-

der, hasta que sucesos posteriores fueron aclarando la magnitud de sus hechos. Porque en la Edad Media, como dice Cantú, subsistian al lado de instituciones cristianas y septentrionales otras antiguas y gentílicas en que se erigian junto á los monumentos romanos, otros monumentos bárbaros, que mezclaban lo trágico con lo burlesco, lo gigantesco con lo gracioso, el ángel con el demonio; en que se cultivaban la literatura romana en los conventos, la septentrional y guerrera en los castillos y una nueva y galante en los palacios y en los tribunales de amor; en que se veian establecidos al mismo tiempo todos los géneros de propiedad, todo linaje de privilegios y de servidumbre, la libertad aristocrática del noble, la individual del sacerdote, la privilegiada de las inmunidades, de los gremios, de los conventos, de los comunes; en que se veía al lado de pontífices riquísimos una órden que se entusiasmaba sosteniendo el derecho de ser pobre y de no poder llamar suyo el pan que comia: y todo mezclado, confundido, á la manera que por el camino mismo y en las iglesias se veian indistintamente magnates, caballeros, obispos, sacerdotes, frailes de todas las órdenes, magistrados, cofrades, artesanos, peregrinos y aldeanos.

En el fondo de todo esto, cual acontece en un estanque, habia depositado mucho cieno, porque, como asegura Cantú, «el que atiende solamente á la elegancia y urbanidad de las costumbres, á los refinamientos del lujo y al bienestar de la vida, no puede encontrar en la Edad Media más que depravacion é infortunio.» Estos senderos vamos á seguir para no separarnos de la cor-

riente que han señalado en el mundo genios como Pericles y Octavio Augusto, para que en esa direccion podamos llegar despues de la Edad Media á los dias de Carlos V, y sea posible aquilatar sus proezas, la tendencia de su política, su pensamiento principal, á fin de ver si resulta contrapuesto á los planes y promesas de Abraham.

Porque es indudable, como atestigua Bossuet, que la dilatada encadenacion de causas particulares que hacen y deshacen los imperios depende de los órdenes secretos de la Providencia; pero la humanidad obra con voluntad libre, y, por lo tanto, responde de sus actos y sufre las consecuencias cuando quebranta alguna ley del Eterno. Esta creencia hace que reconozcamos explicados los acontecimientos infaustos que afligieron á la cristiandad en los dias de Alejandro VI, que comprendamos la causa por la cual personajes colocados en puestos elevadissimos dijese: «No leais las epístolas de San Pablo, no sea que aquel estilo bárbaro corrompa vuestro gusto; dejad á un lado esas burlas indignas de un hombre grave.» ¡Las epístolas de San Pablo! Del apóstol de las gentes, del discípulo de Jesucristo, que cada palabra suya es una perla, cada oracion un portento de sabiduría, cada epístola una maravilla y su conjunto la enseñanza inmortal de los pueblos hasta la consumacion de los siglos. ¡Las epístolas de San Pablo! que entre grandezas innumerables ostentan muchas tan magníficas como ésta: «*Patientia enim vobis necessaria est: ut voluntatem Dei facientes reportetis, promissionem.*»

Y para que se vea hasta qué punto una parte de la

humanidad sigue constantemente el derrotero que dejaron trazado los hombres tan importantes como inmóviles, de Grecia y de Roma, con menoscabo del ejemplo, del consejo y del mandato de Abraham, vamos á reproducir textualmente un párrafo de la *Historia Universal* de Cantú, que dice así: «En conmemoracion de la antigua Aspasia era, no diré tolerada, sino honrada en Roma la cortesana Imperia y amada extraordinariamente por hombres poderosos y ricos, por Sudoleto, Camparí y Colocci, siendo su casa una reunion de amores á la vez que de nobleza y estudios; murió el año mil quinientos once á la edad de veinte y seis años, y fué sepultada en San Gregorio con el epitafio *Imperia cortisana romana quae digna tanto nomine rarae inter homines formae specimen dedit*. La misma fama tuvo Tulia en Venecia, cortejada por Bernardo Tasso y otros hombres célebres, y á quien Speron Speroni introduce para razonar con ella en su *Diálogo de amor*. No merecen repetirse las infames glorias de la Vanozza ni de Lucrecia Borgia, á quienes siguió de cerca Blanca Capello; sólo debe admirarnos que mujeres de tan célebres liviandades pasasen á ser esposas de príncipes. Pero aquellos príncipes, que no estaban contenidos por ningun poder superior ni aún por la formidable fuerza de la opinion, creian lícitos todos sus deseos.»

Esto acontecia en el siglo xvi. Entónces, que la ciudad de Luca protegía el aumento de las meretrices, como remedio de males mayores, la ciudad de Venecia registraba once mil seiscientas cincuenta; se servian del veneno ó del puñal el duque de Valentinois, Alejandro

Farnesio, Pablo Sarpi; sostenían amores públicos con parientes, que estaba prohibido tenerlos, Baglioni de Florencia, Hipólito de Este. Entónces, que adquirían derecho de ciudadanía las meretrices presentando gran contraste con la severidad que hubo en Roma para otorgar derecho igual en el reinado de Octavio Augusto. Y estos hechos que exponemos no constituyen la excepcion, que son únicamente otras tantas pruebas de la desmoralizacion general, que apoyan, sin que deje lugar á duda, la opinion que sostenemos de que existe una corriente social que lleva á la familia de mal en peor; porque lo que pudiera tener disculpa entre los gentiles no puede haberla entre cristianos; porque si fuese perdonado que Pericles y Octavio Augusto hicieran como Julian y Lorenzo de Médicis, que con magníficas fiestas, cacerías, triunfos y torneos tratáran de desimpresionar al pueblo del efecto piadoso que habian producido las misiones, á los Médicis no puede serles perdonado; que de hacerlo así sería transigir con la impiedad, dejár que la familia católica prefiera adorar á Júpiter y olvide al Redentor del mundo.

La Iglesia pudo atravesar inmaculada un período histórico tan corrompido, porque (debe decirse mucho para que quede muy impreso en la memoria) la Iglesia va siempre de dificultad en dificultad, superándolas todas. Venció la principal; por consiguiente, no dudemos que tendrá á sus plantas la serpiente. Porque un poder que ha destruido el politeísmo, que demuestra su superioridad sobre el que tiene la religion de los chinos ó de los japoneses, que aparece Mahoma, lo humilla y á sus se-

cuaces en el tiempo; que se rebela Lutero y le sirve de instrumento con sus partidarios para poner de manifiesto el espiritualismo del plan católico; que sale á la palestra la revolución y lucha con ella hasta dejarla en el estado de descrédito que tiene hoy. Poder tan formidable es imperecedero, á pesar de las evoluciones de los gobiernos, de las miras personales de los potentados, de la intencion siniestra que es inculcada entre las masas populares. Podrá, pues, la Iglesia tener necesidad de adaptarse en las formas á la manera de ser de cada siglo, pero en el fondo ha de partir siempre del mismo punto, ha de tener siempre una idea, ha de obedecer siempre á un principio. Por eso creemos que su unidad de doctrina es inquebrantable, su unidad de miras es necesaria; y cuando dice Cantú que se descompuso su admirable unidad, refiriéndose á las alteraciones religiosas que introdujo el protestantismo en Europa, nos parece que ha estado poco exacto ó algo confuso. Porque la unidad católica no puede descomponerse; la Iglesia, como fué establecida por Jesucristo, vive y vivirá, porque la constitucion de la Iglesia está basada en todos los puntos esenciales, sobre su mandato divino, y se halla fuera del alcance del arbitrio humano, como acaba de decir el episcopado aleman al canciller del imperio. Y no puede asegurarse otro tanto sobre los imperios que están formados por el arbitrio humano, como aconteció con el de Roma, que al quitarle sus legiones, sus espectáculos, sus escuadras y sus plazas fuertes, perdió la razon de ser, quedó sin importancia y murió totalmente. Rota la unidad de la fuerza, quedó hecha pedazos la unidad moral.

Mas la Iglesia, sin ejércitos, sin marina y sin estados, conserva su unidad; y por este medio en el día, como en el reinado de Carlos V, puede influir benéficamente, como lo ha hecho sin interrupcion, y vamos á verlo con algunos ejemplos tomados de la época en que estamos detenidos.

El año 1512 acordó la Iglesia, en el Concilio lateranense, aprobar el establecimiento de los Montes de Piedad, con tal que no exigiesen más que el tenue interes necesario para sus gastos, sin que sacasen provechos; que no fuesen elegidos obispos menores de veinte y siete años, ni abades de ménos de veinte y dos; que fuese impuesto un diezmo para hacer la guerra á los turcos, guerreros formidables que tenian atemorizada á la cristiandad, y que si no han concluido con ella, más que por sus virtudes ha sido porque los turcos no tienen de su parte la moral verdadera. El año 1537, Pablo III escribia al arzobispo de Toledo: «La sabiduría encarnada, que no puede engañarse ni engañarnos, cuando envió sus apóstoles á predicar el Evangelio, mandó que fuesen instruidos todos los pueblos, que se llevase á todos la luz sin distincion alguna, porque todos son capaces de recibirla. Pero el antiguo enemigo del género humano, contrario siempre á las buenas obras y á cuanto puede conducir á los hombres á la salvacion, y para impedir que el Evangelio fuese predicado á todos, ha inventado un medio desconocido hasta nuestros dias, pues algunos hombres, llenos de codicia y dedicados constantemente á satisfacerla, han servido de instrumento á la maldad de Satanás para impedir, si les hubiera sido posible, que la

Iglesia recibiese en su seno á los hombres de Oriente y de Occidente, que de poco tiempo acá hemos conocido. Los indios, segun estos maestros de la maldad, deben ser mirados y tratados como bestias y reducidos á la esclavitud, ya porque viven sin fé, ya porque son incapaces de recibirla. Opinion que es una calumnia insensata.» A ella puso la Iglesia el correctivo correspondiente.

Los maestros de la maldad, como llama el Pontífice á los traficantes de los negros, representaban en el siglo XVI y en el órden industrial al paganismo, como en el órden del placer estaba representado por los Médicis ó los Borgias. Y si Cárlos V concedió á los flamencos el privilegio de poblar de negros las colonias españolas, quienes traspasaron á los genoveses por 25.000 ducados, el derecho de introducir cuatro mil negros de Guinea autorizó una contratacion que es muy parecida á los mercados que se celebraban en Grecia y á los negocios de carne humana que se hacian durante la dominacion romana.

Los precedentes históricos de la Iglesia y las consideraciones que acabamos de consignar nos llevan á trasladar aquí un pasaje de Condorcet, que nos proponemos resolver contra su autor y que sirva de apoyo á la tesis que sustentamos.

Condorcet dice: «Los seres, desgraciados que habitaban las regiones nuevas no fueron tratados como hombres, porque no eran cristianos. Esta preocupacion, más deshonrosa para los tiranos que para las víctimas, ahogaba toda especie de remordimientos y abandonaba sin freno á su sed inextinguible de oro y de sangre, á esos

codiciosos y bárbaros que vomitaba Europa de su seno. Los huesos de cinco millones de hombres cubren esas tierras desgraciadas, adonde los portugueses y los españoles han llevado su avaricia, sus supersticiones y su furor: y ellos depondrán hasta el fin de los siglos contra esa doctrina de la utilidad política de las religiones, que todavía encuentra apologistas entre nosotros.»

La culpa debe recaer siempre contra quien haya cometido la falta, y todo español ó portugúes que hubiese llenado su bolsillo con el tráfico de negros, ó que hubiese manchado sus manos con la sangre que hiciera saltar de las lesiones inferidas á un esclavo, merecerá igual dictado que el dueño de esclavos en Roma, ó la matrona del Foro, cuando hacian castigar inhumanamente á alguna de sus esclavas que no acertó á contribuir al tocado de su dueña, ó alguno de sus esclavos que descuidaba el detalle más insignificante. Pero hombres como Condorcet no deben reducir á proporciones tan exiguas asuntos tan importantes, y faltan indignamente al pretender que el anatema alcance á la religion; faltan á toda razon cuando sostienen la doctrina de la utilidad política de las religiones que atribuyen á los católicos, y sobre todo al espíritu dominante en la doctrina de la Iglesia. Ellos hicieran mejor con decir y creer que, á pesar de la predicacion de la Iglesia, el genio del mal seduce á los mortales, la memoria de las cacerías de los lacedemonios y del rapto de las Sabinas, de la sed de oro de los fenicios, del deseo de goces de un Tiberio, sirven de estímulo y son la ocasion para que pueda prevalecer la tendencia materialista, el egoismo, que es la antítesis de

la caridad; como ésta es el amor de Pablo, así como éste recibió de los labios del Salvador las palabras *Deus charitas est*. Dígase que á pesar de brillar la verdad con luz tan esplendente como la que tiene el astro del día; para que luzca lo verdadero en el mundo moral, cual los magníficos efectos que resultan del rayo solar en el mundo físico; que prefieren algunos vivir envueltos entre sombras para velar mejor su intencion; pero no haya pretensiones de desfigurar los hechos hasta el punto de cubrir de ignominia una nacion tan magnánima como la española, y unas prácticas tan humanitarias como las que emanan del catolicismo.

Ademas, la historia presenta siempre como primeros exploradores de regiones ignotas á navegantes ó viajeros atrevidos; con ellos, ó despues que han hecho el descubrimiento y atraídos por la codicia, otros hombres empiezan á explotar los mercados nuevos; y que sepamos, por espíritu religioso no ha habido mortal alguno que fuese á descubrir territorios. En los descubiertos la religion existe, y lo que procede es respetarla ó introducir pacíficamente lo que sea mejor, debiendo reconocer en este particular que de todas las religiones es la católica única en sabiduría y virtudes. Siendo esto cierto, ¿cómo ha de poderse sostener que no fueron tratados como hombres los indígenas de África y de América porque no eran cristianos? Se les trató de mala manera, contrariando los preceptos de la Iglesia, porque en toda exploracion industrial el interes mundano cierra los ojos y no deja ver á un hermano en el semejante, de quien se quiere utilizar su riqueza, su fuerza, su genio ó sus debilidades.

Como hicieron los fenicios en España cuando, asegura Luis Vives, «empezaron los nacionales á admirar el oro y la plata, que, vista por los fenicios, pueblos que recorrían todo el mundo guiados sólo por el lucro, se los cambiaban por dijes y fruslerías de poco valor. De retorno á su país los fenicios llevaron con las muestras la noticia de aquellas riquezas tan fáciles de adquirir, y entónces salieron de todo el Asia y de la Grecia un enjambre de codiciosos aventureros, que, llevados por el afán del oro, empezaron á repasar incesantemente el mar, ya en numerosas escuadras, ya reuniéndose sólo dos ó tres naves y aún arriesgándose alguna en busca por nuestras costas de puntos no frecuentados, para evitar la competencia. Fueron, pues, viniendo de todos los pueblos de Asia y de las islas próximas á ellas multitud de colonias que, á pueblos sencillos, entre los que no eran conocidos los vicios ni las malas pasiones, enseñaron todas las maldades del Asia y de la Grecia.»

Como se ve, ha acontecido siempre lo mismo, siempre donde la humanidad ha desoido la voz que llamaba «*Abraham, Abraham*», para que aquella contestára «*adsum*», ha sucumbido al error. Porque la voz de Dios nos llama sin cesar; pero como no queremos oírla, es imposible que respondamos con la diligencia y con la fé del patriarca: «*adsum.*» Antes al contrario, nos ocultamos á la mirada del Señor en nuestra mente, y tan comerciantes fueron los fenicios en España como ésta en América, los franceses en Haití, los ingleses en Calcuta y los norte americanos en California. Del mismo modo que hemos de reconocer la miseria humana cuando Pericles destruye á

Sámos, Octavio Augusto engaña á la reina de Egipto y Carlos V otorga privilegios á sus flamencos. Porque tengamos presente que cada siglo tiene novedades que su trascendencia es superior en alcance á las inteligencias de la generacion que ve el suceso. La vida es tan corta, que deja apénas tiempo para juzgar con mediano acierto del pasado ; pero del presente que nos incumbe , que interviene mucho en él nuestro amor propio, que las pasiones no dejan la calma necesaria para raciocinar tranquilamente, puede asegurarse que vamos llevados más que somos directores. Y no perdamos de vista que es fácil servir á Luzbel más que secundar á Dios , como en la vida de Carlos V hemos de verlo ámpliamente.

Figurémonos que asistimos á una representacion teatral donde aparecen en la escena un monarca , una madre, un cardenal primer ministro y mucho acompañamiento. Los acontecimientos que se representan suceden en los Países-Bajos , en España, en los mares africanos, en los mares de América, en Méjico, el Perú y Magallanes. Por lo tanto, aparecen á la vista del espectador territorios extensos , climas diferentes , producciones variadas, intereses cuantiosos, un pueblo que ha expulsado las huestes moriscas de su territorio, y otro pueblo salvaje á quien los caballos asombran, los cañones llenan de terror y los hombres vestidos admiran ; aparecen á la vista del espectador una religion que consagra todo el culto á la veneracion del sol, si bien lo adora con la severidad salvaje, no como veneraba los dioses el romano corrompido, y otra religion que sus plegarias, sus ceremonias, sus devociones, sus prácticiss, sus esperanzas,

sus aspiraciones, todo respira pureza, todo convida al amor de Dios y del semejante; aparecen á la vista del espectador las clases sociales de los indios con una organizacion sólida, con una autoridad poderosa y unas costumbres respetadas; y por la parte opuesta está una sociedad donde el pobre y el rico luchan, el literato y el caballero disputan los puestos políticos, el pechero y el magnate tienen leyes que obedecer, deberes que cumplir y satisfacciones que dar. Del fondo de ese cuadro social destacan un jóven en la flor de la edad; un príncipe de la Iglesia que los trabajos han acabado su naturaleza más que los años; una mujer que ciñe la diadema real de Castilla y Aragon, hija de los Reyes Católicos, le cupo en desventura cuanto habia tenido de prosperidad Isabel, que nunca será bastante encomiada por los españoles. La mujer es madre del jóven, madre desgraciada que está reducida á vivir en una fortaleza de Tordesillas. ¡Ella, que fué la señora de dos mundos, hermana y madre de monarcas, hija de Isabel la Católica y madre de Cárlos V! ¡Ella, que habia sido esposa de Felipe el Hermoso, que habia visto repasar los mares humillado el pendon agareno, que inauguraba el reinado de la unidad nacional, que sabia cuán solicitada estaba la mano de las princesas de su estirpe! El jóven es Cárlos I de España y V de Alemania, cuya corona representa el estado de más extension que el mundo ha conocido, que su poder tiene admiradas á las gentes sencillas, induce á la lisonja los magnates y despierta la envidia de otros reyes.—El príncipe de la Iglesia que ha sido el confesor de Isabel, su consejero mejor y de más confianza, desem-

peña el cargo espinoso de regente con una sabiduría extraordinaria; y á todo ha sido obligado, como admitió por obediencia el arzobispado de Toledo, porque su inclinacion preferente estaba en el retiro del claustro.

Por lo que acabamos de ver, parecia natural que el cariño filial, que el respeto á la ancianidad, que la gratitud hácia la madre y hácia el regente inclináran el ánimo del jóven monarca con respeto y veneracion ante dos seres á quienes debia, al uno la vida y al otro el trono. Parecia natural que un rey católico tuviese mucho amor á su madre, muchas atenciones al regente.

Mas no fué así.

Preséntase Cárlos ante los muros de Tordesillas; el alcaide de la fortaleza, Luis Ferrer, nombre que recuerda la rigidez, la severidad extremada y el silencio, habia sido reemplazado por el Duque de Talavera, ilustre y agradable caballero; éste abre las puertas del castillo. El hijo llega hasta la madre. Allí encuentra una mujer demente, una viuda que la política ha contribuido á su locura, que la descortesía de su esposo ha trabajado para que perdiese el juicio. Cárlos visita á su madre llevado por los vientos del bien parecer, arrastrado por las corrientes de la conveniencia, y porque en una nacion católica no es posible al hijo que ocupa el puesto que tiene Cárlos dejar de cubrir las apariencias con cierta atencion, con alguna galantería, con un poco de respeto, con algo de cariño hácia la mujer, que es ademas madre. Pero Cárlos está preocupado por la ambicion, distraido por los aduladores, engañado por flamencos codiciosos, y para él puede más la corona de Castilla

que el corazón de su madre ; pueden más los halagos del poder que las caricias maternas ; puede más el sonido de la trompeta bélica que la voz de una mujer desdichada, siquiera sea quien lo concibió en sus entrañas. Así, pues, espectadores, no esperéis que Carlos derrame lágrimas de ternura, que haga sacrificios heroicos, que con corazón de niño, á pesar de su voluntad poderosa, hable, acaricie, enternezca aquella mujer que está loca..... ¡ Oh! ¿ No es verdad que conducta tan dura estremece al hijo bueno y amante tierno del corazón maternal? Porque si se priva de las delicias que ofrece el cariño de una madre, ¿ qué le resta de la vida?

Con Cisneros observó Carlos una conducta tan reprehensible como la que tuvo con Doña Juana. Sabía el Príncipe que el Cardenal había conservado para él contra los vientos de todas las tempestades la herencia de su madre; que España, no obstante estar terminada apenas la guerra morisca y encontrarse en la plenitud de la conquista de América, que tiene bríos bastantes para entrar en nuevas empresas y sostener más aventuras, tan gigantescas como la expulsión de los moros y la adquisición de un nuevo mundo. Sabía el Príncipe que el regente había desvanecido todos los nublados políticos sin detenerle el número de enemigos, ni su calidad, ni su jerarquía; pero no por eso deja de tratar al regente sin consideración alguna, y tolera que el aposentador flamenco niegue el hospedaje digno que le correspondía en Valladolid, adonde no pudo llegar porque la muerte puso fin á sus días en Roa. A no estar comprobado, parecería increíble que Cisneros fuese tratado tan mal por

gentes advenedizas. Él, que habia fundado en Alcalá la universidad famosa, que inauguró los trabajos y fué el protector principal de la *Biblia Poliglota*. Cisnéros, de quien podríamos decir que habia sido el niño mimado de Isabel la Católica, por sus virtudes, por su sabiduría, por sus sacrificios, por su lealtad á la corona y por su amor á la patria.

Pero es verdad que Cárlos no ve nada de eso, no le dejan tiempo para reflexionarlo los aduladores infames que rodean su trono; y pasa, casi sin fijarse, por el lado de su madre y del regente. Para Cárlos habian muerto desde que se titulára Rey y pisára el suelo español, los contempló ingratamente, como si fuesen dos cadáveres extraños.

Tal fué el comportamiento del protagonista en el drama que presencia el espectador atento, atraído por la curiosidad de conocer la vida de personajes famosos, y por el interes que inspirarán siempre una mujer desgraciada y un prelado desatendido. Porque ciertos rasgos de la persona, ciertos impulsos del corazon, ciertas cualidades de la inteligencia, ciertas inclinaciones de la voluntad, no es posible que pasen desapercibidas, y ocuparán preferentemente, aunque siendo su importancia con relacion al actor y á la magnitud del suceso. Nosotros, llevados del plan que tenemos trazado, al ver en la historia que Cárlos inaugura su reinado bajo tan malos auspicios, esto es, con acciones tan desnaturalizadas por lo que respecta al hijo, tan ingratas por lo que respecta al jóven, tan descortesas por lo que respecta al caballero, tan impolíticas por lo que respecta al hombre de estado,

tan inmorales por lo que respecta á la familia, tan impías por lo que respecta á Dios. Al considerar esto en conjunto y lo mismo mirado en sus detalles, no podemos ménos de decir que si Cárlos no hubiese tenido el freno de la religion católica, no hubiera estado en la necesidad de defenderla contra Saladino y Lutero, Cárlos habria sido capaz de oscurecer la fama de los emperadores romanos que fueron más célebres por sus abominaciones. Agradecemos, pues, á la religion, no á las dotes y prendas de carácter de Cárlos, que no fuese otro monstruo. Es doloroso consignarlo así: parece que el honor nacional sufre, pero estamos por seguir el consejo famoso: *amicus Plauto, amicus Cicero, sed magis amica veritas*. Y no podemos transigir con el hijo que deja abandonada por la política una madre desgraciada; con el pupilo que posterga por unos cuantos histriones un anciano eminente. Además, no perdemos de vista que tenemos por objeto demostrar en el presente trabajo, que, á partir de Abraham, la civilizacion que han desarrollado Pericles, Octavio Augusto y Cárlos V lleva de precipicio en precipicio á derrumbaderos profundos y abismos insondables. Y así como quedamos extasiados ante la figura de Abraham cuando está ocupado en dirigir la sepultura que ha de guardar los restos mortales de Sara y los suyos; que sufrimos al ver á Pericles estrechando con abrazo impúdico á una Aspasia, y que nos ofende la despedida mortal que da Octavio Augusto á Livia, así tambien el escándalo nos indigna contra el hijo egoista de Doña Juana.

La posicion que ocupaba Cárlos V en Europa hacía

que fuese el blanco de las miradas de todos, la piedra de toque, el objetivo que despertase más la atención, y Carlos por su parte, llevado en alas de la fortuna, inducido por los halagos de sus cortesanos, arrastrado por ambición propia y sugerido por la soberbia que adquiere un hombre mundano cuando ve que ocupa el puesto desde donde es dado mandar, imponerse y disponer por antojo personal de las inclinaciones y voluntades de muchos, Carlos intervenía soberbio en Italia, quería mandar allí como en sus mismos reinos, disponer de la autoridad pontificia, y en una palabra, ser árbitro de los destinos europeos. Mas estas pretensiones, aspiración tanta, hicieron que tuviese un rival poderoso y enemigo irreconciliable en la persona de Francisco I, por cuyo motivo estuvieron constantemente en guerra, que unas veces tomaban por pretexto para declararla la dominación de Navarra, país tan codiciado como belicoso; otras el restablecimiento á sus dueños de los ducados de Urbino y Ferrara; otras los Güelfos y Gibelinos; otras Florencia ó Venecia; otras Nápoles ó Milan, pues Italia encontróse envuelta, como en un torbellino, por el ardor bélico y sed inagotable de dominación que tenía inquietos á Carlos y á Francisco.

El primero había vencido en la elección imperial, y además de los estados que por la corona de emperador debían estar regidos por su cetro, que eran Austria, Estiria, Carintia, Carinola, Tirol y Suabia austriaca, Carlos gobernaba los destinos de España, Borgoña, Países-Bajos, Franco-Condado, Nápoles, Sicilia y Cerdeña. Mas la diadema del imperio, que había sido, hasta de-

cidirse quien hubiese de ceñirla, objeto codiciado de los dos monarcas rivales, fué, despues de la eleccion de persona, la causa de que luchasen en una especie de duelo á muerte el rey de España y el rey de Francia. Con más ó ménos fortuna, con más ó ménos decoro, pero con un nombre todos, militaban con valor y constancia; bajo la bandera francesa, Bayardo y Bonnivet; bajo la bandera española, Leiva y Juan Jacobo de Médicis. Los ejércitos vinieron á las manos en los campos de Pavía, y allí unos por levantar triunfante el estandarte de Francia, los otros por ver triunfar el pendon de Castilla, lucharon cuerpo á cuerpo, de hazaña en hazaña, de horror en horror, hasta que por último la victoria sonrió benévola á la armada de Carlos V, que pudo vanagloriarse de ver rendido á su poderío el de Francisco I. Si en esta ocasion hubo clemencia de parte del Emperador, si tuvo generosidad para el vencido, tiene que atribuirse, no á Carlos, que queria hacer un escarmiento terrible; no á Carlos, que anhelaba ver á Europa sirviendo de pedestal á su trono; la moderacion fué debida á la fuerza de las cosas, á los mismos españoles que eran el nervio principal de la guerra y el bolsillo de donde salian más monedas para sostenerla.

Tan cerca de sí tenía el Pontífice la contienda, tal intervencion politica correspondia entónces al sucesor de Pedro en los acontecimientos de Italia, que hubo de ser objeto de ira y Roma fué codiciada. Rota una liga de soberanos que se llamó *Santa*; habiendo sido llevada á sangre y fuego la ciudad de los Médicis; no ménos desgraciada la ciudad de Colonna, que sus mismos soldados ul-

trajaron, Clemente VII tuvo que sufrir la pena y recibir la afrenta de ver á Roma vencida por el Condestable de Borbon y entregada al saqueo como en los tiempos de los Bárbaros. Parecía que un nuevo Alarico queria borrar todo vestigio católico, como el verdadero quiso extinguir cuanto recordase el poderío politeista.

Aquí debemos dejar que hable el sabio Cantú. «Se abrieron por la fuerza los conventos, sacando de ellos á las vírgenes, para ser violadas en medio de las orgías que se verificaban en los altares, convertidos en mesas de banquete; los alemanes embriagados se cubrieron, por mofa, con los capelos de los cardenales y con los ornamentos eclesiásticos, ejecutaban danzas obscenas y deshonoraban á las mujeres en presencia de los padres y de los maridos encadenados. Ni siquiera los sepuleros se respetaron, y se arrancó un anillo de oro del dedo de Julio II. Regocijábanse los luteranos con destrozár las cosas sagradas y destruir la idolatría de los cuadros y de las estatuas. Habiendo puesto al cardenal Araceli en un ataúd, le pasearon por las calles de Roma con exequias burlescas, se embriagaron en su palacio con vinos que bebían en los cálices; despues le enviaron á la grupa del caballo de un alemán á mendigar su rescate de puerta en puerta. Arrojaron á sus caballos, en vez de paja, las bulas pontificias; quisieron obligar á un sacerdote á que diese la comunión á un asno; en seguida, reuniéndose en una capilla del Vaticano, vestidos de cardenales é imitando las ceremonias de los cónclaves, degradaron al pontífice y proclamaron á Lutero en su lugar.»

Ante esos escándalos, ¿qué hizo Carlos V? Ya que no

podiera impedir el saqueo de la metrópoli del catolicismo, ¿qué pruebas sinceras dió de sentirlo y de querer que fuese castigado? ¿No será más acertado creer que Cárlos, dejándose llevar de la corriente de los tiempos, tomaba de ellos cuanto podia servir á su causa y dejaba que lo demas aprovechase á cada cual, con miras egoistas como fueron las que tenía el magnate imperial?

¡ Los tiempos ! ¡ Oh corriente fatal cuando arrastra las pasiones á las aguas corrompidas ! Italia, Alemania, Francia, España, tienen su parte de responsabilidad en las lupercales que hubo en Roma, guiado un populacho feroz por generales que combatian bajo el lábaro de la cruz, durante el reinado de Cárlos V.—Así éste secundaba más que dirigia una época en la que con Roma querian competir en esplendor, magnificencia y locura las ciudades de Florencia, de Ferrara, de Nápoles, y, por supuesto, Venecia, tan poética como fastuosa. Venecia, que contribuyeron á hacerla memorable las fiestas celebradas en honor de Zilia Dándolo y de la Morosini, esposas que fueron de dux opulentos. Florencia representó los triunfos de Paulo Emilio y los de Camilo, y en punto á obscenidades llegaron á cantarlas tan ofensivas á la moral como fueron las bacanales. Parecia que se habia apoderado de los ánimos la manía del goce y de divertirse, como existió en Grecia la del suicidio.

El cuadro que presentaba Europa dió motivo para que Maquiavelo pudiese escribir: « Las más veces las provincias, en las mutaciones que experimentan, pueden pasar del desórden al órden ; pues no siendo dado á las cosas humanas detenerse, en cuanto llegan á su última

perfeccion, no teniendo más que subir, es preciso que desciendan ; y del mismo modo, cuando han bajado y tocado, á consecuencia de los desórdenes, el último grado de la bajeza, no siéndoles posible descender más, es necesario que suban ; así del bien se baja siempre al mal, y del mal se sube siempre al bien.»— Por esta doctrina maquiavélica hallaremos fundado, si el mismo autor no lo demostrase bastante, el raciocinio de Cantú, cuando juzga en el reinado de Carlos V debilitada la autoridad espiritual y disminuida la fe, señales del adormecimiento de la conciencia pública y preparacion natural del despotismo. A Maquiavelo puede atribuirse el mérito de haber expuesto en forma de teoremas lo que andaba suelto y como diseminado por la sociedad. Y si es cierto que Aristóteles admitió como buena y corriente la esclavitud griega, no lo será ménos que Maquiavelo aprobára la traicion y la perfidia italianas, que miraba como cosas naturales y tenía por sucesos legítimos de sus dias. Y si es cierto que Ciceron admitia muchas de las costumbres depravadas de Roma, no lo será ménos que Maquiavelo viese complacido que la habilidad de un gran personaje no consistiera tanto en arrostrar el peligro como en hacer que cayese en él su enemigo. Maquiavelo fomentaba los odios y el disimulo, porque era su gusto procurar que el semblante no revelase los sentimientos del corazon, pues decia que debian velarse *con palabras dulces los designios atroces*.

Cuando Roma fué presa de los vándalos del catolicismo, Carlos V manifestó que era un discípulo aventajado del sabio florentino.

Nosotros quisiéramos detenernos á comentar las palabras de Maquiavelo, y deseáramos comparar su conducta con la que tuvo Carlos V, á fin de demostrar por medio de la persona del filósofo lo que fué la del Emperador, si no bastasen para probarlo suficientemente el comportamiento de Carlos con su madre y con su protector en Tordesillas y Valladolid. Nosotros podríamos entónces, á la luz fantástica de Venecia ó de Florencia, ver al Emperador cual figura siniestra en el recinto amurallado que daba una vivienda humilde á Juana la Loca, ó ver en el modesto pueblo de Roa aquella carta indigna que fué escrita á un anciano moribundo. Pero no es posible todo lo que quiere el hombre y vale más detenerse poco en espectáculos vergonzosos.

Dirémos, sí, que la manera inicua como trataron los imperiales á Roma indignó á la cristiandad; que la conducta imperialista dió por resultado la alianza en Cognac de Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, la demanda de divorcio que entabló Enrique contra Catalina de Aragon, la derrota de la armada castellana por las naves genovesas que mandada Andres Doria, quien vió morir á su competidor el virey Moncada; así como el terrible Antonio de Leyva venció al Conde de Saint Paul, que exhaló el último suspiro en la hecatombe de Lombardía, las bandas negras sucumbieron y con ellas Pedro Navarro, que á pesar de sus brillantes hechos de armas, el Emperador mandó que fuese decapitado; Génova, poderosa y temida, fué sin embargo objeto de contratacion entre Francia y España. Por, fin, Margarita de Austria y Luisa de Saboya ajustaron en Cam-

bray una paz, que fué llamada en honor suyo la *paz de las Damas*. Entónces Francisco I perdió aquel honor de que supo hacer alarde en Pavía, y Margarita recuperó á los príncipes prisioneros, por quienes decia que hubiese dado mil Florencias.

Toda Italia anduvo en tratos, arreglos, modificaciones, cambios y pagos políticos, y Cárlos, como más poderoso, hacía sentir su yugo, recogiendo la parte mejor y más eficaz para la realizacion de sus fines. El Pontífice no quedó exceptuado de rendir vasallaje al Emperador, y en esa situacion las cosas, recibió Cárlos V en Bolonia las coronas de hierro y de oro. Mas entónces la Reforma tenía hechos ya grandes progresos y terciaba en las contiendas europeas; tenía príncipes y pueblos que apoyasen sus doctrinas; habia inclinado intereses importantes á favor suyo; y puso de su lado, lo que no faltará nunca á los elementos perturbadores, que es el afan de independencia con que incitan constantemente las pasiones humanas dentro del círculo de su pequeñez; independencia tanto más violenta y brutal cuanto más ignorantes sean los hombres que sustenten el partido, independencia tanto más infame y traidora cuanto más ilustradas sean las inteligencias que discurren en la demanda. Porque la independencia de la conciencia será siempre la tentativa más perjudicial, por ser el acto que pone en mayor rebelion á la criatura con su Criador.

Ocupado el solio pontificio por Celmente VII, publicó unas letras apostólicas, en las que deploraba la mala fé de la cristiandad; reconocia la necesidad de una paz general entre los príncipes católicos; juzgaba necesarias

reformas importantes en el orden eclesiástico lo mismo que en el civil; exhortaba todos los fieles á la moderacion, y anunció la reunion de un Concilio. Cárlos V á las letras apostólicas replicó atrevido, diciendo que el Pontífice era el motor principal de la discordia; queria que los cardenales se reuniesen por sí, y contribuyó á que en Spira acabase de tomar vida la Reforma, dando lugar á un acuerdo que dejaba á todos independientes, que dió origen á que protestasen muchos de la determinacion tomada, y á que de la reunion, de triste memoria, saliese flamante el título de *protestantes*. Título que sigue hoy sirviendo de bandera á las gentes que no quieren obedecer, pero que anhelan mandar; á las gentes que prefieren la libertad de conciencia, á tenerla como han dejado ejemplos que imitar Pedro Alcántara, Francisco de Borja y Teresa de Jesus. Y por lo que respecta á Cárlos V, estamos de acuerdo con Cantú cuando dice de aquél, que vencedor en Pavía, no teniendo ya necesidad de Lutero como espantajo de los papas, ni de los papas como contrapeso al poder de Francia, consideró al pontificado á traves del prisma de los intereses mundanos.

Y si en Europa era tan parcial, tan poco cristiano, tan apegado á los atractivos terrenales Cárlos V, ¿qué habia de suceder respecto á las conquistas de América? Cuando en España conculcaba las leyes; en Italia alteraba el mapa político, segun convenia á sus miras; el prestigio papal queria que sirviese á su causa, fuesen buenas ó malas las tendencias; en Flándes buscaba aduladores que habian de ser guardianes mudos de sus tramas, y en Alemania queria que los electores estuvie-

sen dispuestos á secundar su plan de gobierno, ¿no era natural que el destino de países lejanos fuese mirado por el Emperador como cosa baladí, como un objeto que no merece traerlo á la memoria, ni cuando más provecho prestase á su amo?

Por eso sucedió que mientras Cárlos V está cogido en las mismas redes que tendía á la diplomacia europea, mientras que ocupaba su atención en intereses mezquinos, los generales españoles adquirían fama imperecedera, llevando adelante por la fuerza de su genio acciones asombrosas. Magallanes sale de Sevilla y encuentra el estrecho que ha perpetuado su nombre, desde el que pudo contemplar por vez primera un europeo los horizontes inmensos del mar Pacífico y del grande Occéano. Diego Velazquez descubre las costas del Yucatan, y de Nueva España. Por mandato de Velazquez, Hernan Cortés fué designado para conquistador de Tabasco, donde las victorias le hicieron árbitro del territorio. Hernan Cortés fundó en el continente americano á Veracruz, hizo tratados de amistad con Motezuma, y puso de su parte á Marina, nombre por el que fué conocida la India, que desempeñó un papel importante en las empresas americanas, que fueron acometidas por Hernan Cortés. Éste triunfa de los tlascaltecas, trata de igual á igual en Méjico con Motezuma, y se propone que el príncipe indio declare que será en adelante vasallo del rey de Castilla, así como que el emperador de Méjico y su pueblo abjuren de su idolatría y reconozcan la verdad que atesora la doctrina cristiana; y si no logró Cortés todo lo que quiso, en la jornada de Otumba alcanzó indu-

dablemente imponer el nombre español al de los mejicanos y tlascaltecas, que con ser los pueblos principales, reconocieron en adelante la superioridad española. Esto no fué obstáculo para que Hernan Cortés fuese despues menospreciado, y que muriera pobre y olvidado, como habia sucedido ántes con Cristóbal Colon, que murió tambien en la mayor pobreza, en la misma poblacion donde llegó el caso de negar un alojamiento digno á Cisnéros. Que muchos reyes, mal avenidos con la grandeza de ánimo y con los pensamientos levantados, tan soberbios con el pobre, con la virtud y con la sabiduría, imitan más los malos dias de David y de Salomon, y no quieren tomar ejemplo de sus dias buenos; para vivir siempre como Jerjes, como Calígula, como Mahoma, como Napoleon, de conquista en conquista, de escándalo en encándalo y de ultraje en ultraje. Y con inclinaciones análogas á las de estos personajes, Carlos V no podia querer guardar el respeto debido á las cenizas del descubridor de un Nuevo Mundo, á la ancianidad de un Regente que sostuvo tan alto el principio de autoridad, y á los laureles de un héroe en cien victorias, émulo digno de Alejandro Magno.

Por la parte de Panamá ondea igualmente el pabellon de Castilla, y Francisco Pizarro acomete la empresa de conquistar el Perú, sin que debiliten su propósito ni la resistencia de los naturales, ni la oposicion que encuentra en el mayor número del cuerpo expedicionario. Despues de tentativas con mejor ó peor éxito, pudo Pizarro en el Perú, como Cortés en Méjico, establecer sólidamente sus reales. Desde ellos tuvo que habérselas con un pue-

blo al que no faltaba cierta cultura, con un gobierno regularizado y de orden, con una estirpe real que pretendía descender del Sol, y que ejercía sobre el pueblo, de comun acuerdo con el cuerpo sacerdotal, una influencia poderosa. Pizarro, puesto en relaciones con Ata-Huallpa, quiso que el Inca real accediese á declararse vasallo del rey de Castilla, y á abjurar de su religion por la Católica. Lo que no pudieron conseguir las razones fué realizado por las armas, y el general español hizo prisionero en el campamento inca al Señor del Perú. Y la fama de España se extendió desde Méjico hasta Magallanes, por las costas americanas del Atlántico, como por las costas del Pacífico. Y España hizo que su pabellon fuese el primero que diera la vuelta al mundo, como acaba de darla por vez primera en barco acorazado, para gloria de la navegacion española.

Aunque de prisa, hemos visto á Cárlos V como monarca católico, como emperador de Alemania, como conquistador de América, como rival de Francisco I, como enemigo de los turcos, como general en Túnez, como político en el advenimiento de la Reforma; veámosle ahora como rey de España, que fué de donde sacó más dinero para satisfacer sus pasiones, más soldados para pelear en los campos de batalla, más generales que pudieran defender arrogante su espada, y más sentimiento religioso para la santidad de la familia.

España vió desde el principio del reinado de Cárlos venderse las dignidades y los cargos para tener llenas las arcas reales, y que las rentas recaian preferentemente en extranjeros. Así que, Segovia y Ávila acordaron que se

formase una liga de las ciudades principales para la defensa de sus fueros y privilegios. Y dice el historiador: «que Cárlos, gobernado enteramente por sus consejeros, tenía la desgracia de irse haciendo enemigos á los pueblos de España. Así como podia haber evitado las desgracias de Valencia, pasando allí segun era obligacion y costumbre de los reyes de Aragon, á cumplir el pacto que le ligaba con sus súbditos; y con hacerlo habria, segun es probable, quitado uno de sus pretextos á la rebelion; así por iguales imprudencias contribuyó á disgustos en Castilla y Leon.» Y añade Maldonado: «Los teólogos, los párrocos, los ancianos y muchos de los nobles, que se retiraron del partido opuesto al gobierno á buen tiempo, persuadian y recomendaban extraordinariamente la resistencia á los flamencos, y cuando á la miserable muchedumbre hicieron caer en la red, se retiraron y volvieron las espaldas, mudándose la casaca.»

Hemos creído conveniente consignar una al lado de la otra las dos opiniones que presenta la historia española, de las que resulta que hubo un motivo justo, aunque los medios fuesen reprobados, para que las germanías y comunidades se levantasen en armas contra el sistema que seguia el poder constituido, por más que no desconozcamos que en contiendas tan memorables entrarían, y no poco, la ambicion personal y las inclinaciones perversas, que favorecen siempre toda turbulencia; las ambiciones personales que reportan ventajas de las desgracias ajenas, y convierten los males de la patria en fuentes de engrandecimiento particular. Por lo tanto, los pueblos se pusieron en armas, cometieron más tropelías de las que

querian castigar, y algunos de los instigadores, despues que prendieron fuego á la mina, avisaron presurosos la explosion al enemigo, en vez de dirigir un movimiento popular, que sustentaba la opinion pública, para que aquél fuese manifestado con órden, y ésta fuese oida con arreglo á las leyes del país.

El nombramiento de regente del reino, por más que recayese en Adriano, que fué severo en las prácticas virtuosas, como era un extranjero, sin el tacto y aún sin la prudencia necesaria, acabó de disgustar al pueblo español; cuando Juan de Padilla, solicitado por los descontentos, al impulso de su carácter vehemente, y más que nada porque desde el hogar doméstico cuidaba su esposa de encender en el pecho entusiasta la entereza varonil que hiciera célebres á las espartanas memorables, es indudable que Toledo tuvo un jefe que dar para el motin, un director para la empresa y un héroe para el combate; y lo dió á los demas sublevados para que los guiase en el desafio que hacian los comuneros á los imperiales. Como era natural, las comunidades de Castilla puestas en armas levantaron bandera por Doña Juana, que admitió con palabras sensatas las protestas de lealtad á su persona, y tuvo rasgos de un entendimiento claro y juicioso. Del lado de María Pacheco parte Padilla á los piés de Juana de Aragon, para condenar la conducta de Carlos; y de Toledo á Tordesillas iban y venian mensajeros, pelotones de gente armada, caballeros montando el corcel de batalla; así como en las ciudades y en los castillos sonaban los clarines bélicos, unos por defender la causa del pueblo, otros la de los nobles, otros la de la

Casa de Austria; y Dios sabe cuántos habria que fuesen ó llevasen combatientes para serles instrumento de su mirada egoista, de su pasion venal ó de sus pasos traidores.

Ello es lo cierto que llegó un dia que las huestes militantes vinieron á las manos, y que si no todos, los más pelearon como saben hacerlo los españoles, cuya fama de valientes llenaba ya el mundo. En Villalar reportó una victoria la nobleza, y la plebe sucumbió en la demanda, cayendo prisioneros Padilla, que era el adalid en quien estaba personificada la rebelion, y con él Francisco Maldonado, de Salamanca, y Juan Bravo, de Segovia; y todos tres pagaron con la cabeza el mal éxito de la empresa. Si obraron bien ó mal los comuneros, la historia tiene consignadas opiniones diferentes, si fué ó no justo el alzamiento, los hechos posteriores hablan muy alto para poderlo saber; y sobre lo que no cabe duda es que el resultado de la accion de Villalar ha tenido consecuencias grandes en el porvenir de España.

Nosotros queremos limitarnos únicamente á recordar estas palabras de Bravo cuando oyó decir alregonero, por mandado del alcalde, que eran castigados. «Miente el alcalde que te lo manda decir», á lo cual replicó Padilla: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, y hoy lo es de morir como cristianos.»

La muerte de Padilla enardeció más el corazon de María Pacheco, que contaba con el apoyo del obispo Acuña. La viuda, vestida de luto, se presentó al pueblo, seguida de una comitiva imponente por su aspecto y por su número: anegada en llanto, pero con voz llena y con

palabras de venganza, dijo á los ciudadanos: «Os ruego que no dejéis impune la muerte de mi marido, que tengáis presente contamos con fuerzas bastantes, con el valor y la pericia de Acuña, conmigo que, aunque sea mujer, tengo corazon bastante para tomar á mi cargo la guerra; que quiero, siguiendo las huellas de mi esposo, defender como él la causa de la libertad castellana, vengar su muerte ó dar mi vida como él, mi fortuna, pero con gloria.»

Al fin tuvo que sucumbir María Pacheco, despues de haber defendido el terreno palmo á palmo desde las murallas de la imperial Toledo, luégo en las calles, y, por último, en su misma casa.

Cárlos V regresa á España cuando acababan sus vasallos de pelear entre sí, hasta quedar triunfante uno de los bandos. El vencido, desde Valladolid, fué condenado á muerte por el Emperador, que dispuso de las cabezas de doscientas ochenta y tres víctimas, para ser ajusticiadas.

Como en Castilla, las gentes se alborotaron igualmente en Valencia, y vemos en la historia que el Marqués de los Vélez alcanzó una victoria sobre los agermanados de Orihuela, matando cerca de cuatro mil. Despues cayeron una tras otra las fortalezas de la germanía en manos de los nobles, miéntras que en la ciudad de Valencia las personas de cuenta y de juicio se iban sobreponiendo á los malvados y sediciosos, hasta lograr que el mando recayese en el Marqués de Cenete, hermano del Virey y hombre de valor. Cenete hizo ahorcar á tres de los principales agermanados, cuyo espectáculo contuvo

y redujo las fuerzas de la germanía; y andando el tiempo tuvieron que rendirse Játiva y Alcira, que habian sido baluartes inexpugnables.

Mas, ¿no es verdad que del fondo de ese cuadro pavoroso resulta un efecto triste, mucho más si, llevados en alas de la imaginacion y bajo la pesadumbre de las desgracias presentes, buscamos la causa de ellas en la historia? Consideremos, ademas, que, como dice Prescott, cuando Cárlos V ascendió al trono, los turcos amenazaban á Europa por Oriente y parecia ya próxima la hora en que los cristianos ó los mahometanos habian de conquistar la supremacía. Los otomanos, ensoberbecidos con sus triunfos, llevaban el espanto hasta los mismos muros de Viena; y Cárlos, que como cabeza del imperio era el adelantado de la cristiandad, hubo de salirles al encuentro, obligando al formidable Soliman á declararse en retirada ignominiosa, y la trompeta de la fama llevó el nombre del jóven monarca á todos los ámbitos de Europa. Otra lucha en que el monarca español malgastó sus fuerzas, fué la que sostuvo con los principes luteranos de Alemania. Por medio de una política astuta, Cárlos habia conseguido frustrar los esfuerzos de la liga protestante, á la que desconcertó con su victoria de Muldberg; y añade el historiador: «pero es más fácil combatir contra los hombres que contra un gran principio moral.»

Al propio tiempo leemos en la historia de Alcalá Galiano, que Cárlos «fué siempre de suyo religioso y hasta piadoso, por lo cual se habia señalado, con mucha honra de su nombre, en la época misma en que estaban más

atrevida y pujante su ambicion, y su salud más robusta.»

Despues de haber visto que Cárlos fué insensible á los sentimientos puros del alma; que atropellaba sin consideracion alguna lo mismo á los respetos humanos que á los divinos; que no supo ser generoso con el vencido, sobre todo si era español; que este país lo consideró cual territorio conquistado, no es posible que admitamos como buena la opinion de que Cárlos fué piadoso, así como rechazamos tambien la que tiene Prescott, de que Cárlos atacaba un principio moral cuando sus armas hacian tascar el freno de sus caballos á los derrotados de Muldberg. No es cierto tampoco que el principio moral fuese el que impulsára al combate el ánimo del Emperador. Era hombre, tenía que sufrir la influencia de su siglo, dejarse llevar de la corriente aduladora, satisfacer sus pasiones, cumplir la mision que tenía, contentar su vanidad; habia de ser de vez en cuando juguete de la fortuna. Cárlos podria cumplir mejor que otros reyes; con más decoro se condujo que Enrique VIII cuando arrojó de su lado á Catalina de Aragon, para estrechar en sus brazos á una Ana Bolena; apóstata del catolicismo, persigue á los luteranos y establece la iglesia anglicana, como si dijéramos, la religion de Enrique VIII; pero no por eso dejemos de inculpar á Cárlos V, que no tuvo el santo temor de Dios sino desde que murió su madre.

La muerte de la mujer á quien debia la vida coincidió con el cansancio que experimentaba el César, despues del desencanto que sufre el alma cuando han sido agotadas las ilusiones terrenas, porque una por una fueron marchitándose en el trascurso del tiempo, como caen

hoja por hoja las que visten el árbol en la primavera, y durante el otoño lo dejan pelado. La muerte de su esposa, que era modelo en virtudes y hermosura; esa muerte cuyos restos desfigurados sirvieron para tocar al alma del duque de Gandía y hacer de él con el tiempo un San Francisco de Borja; la temprana muerte de Isabel de Portugal no detuvo la ambición de mando, el gusto por las contiendas ni el empeño de ser el primero entre los más poderosos de Europa, que era la idea dominante, el pensamiento halagüeño y la tendencia habitual que formaba el carácter y hacía esclavo de la soberbia al hombre que tenía más vasallos que contó Octavio Augusto, y conquistadores diversos para haber competido con los más renombrados de la antigüedad.

Porque es preciso considerar al César cristiano en su vida de familia; y si no tuvo pasiones desenfrenadas, si no se dejó llevar de vicios horribles, es no menos cierto que sus demostraciones de cariño y consideración hacia una esposa encantadora que le había deparado la suerte, no hubieron de ser tales que prefiriera las dulzuras del hogar doméstico, los sacrificios que impone la familia, por dejar de presentarse á disputar al pueblo español sus libertades; á Francisco I los laureles del campo de batalla; á Lutero la primacía que quería tener sobre las inteligencias en Alemania; á Soliman la dominación que adquiría en los territorios europeos orientales; al Sumo Pontífice la dirección legítima que le correspondía en el movimiento social que experimentaba Italia. Y es preciso considerar qué fué Carlos cuando murió el cardenal Cisneros, qué fué igualmente al sobrevenir la muerte de

Isabel, para apreciar, cual corresponde, la impresion que sintió al morir doña Juana, á quien no trató ni como madre, ni como reina, ni como loca. Esta es la verdad que los hechos atestiguan, sin que con ella queramos quitar á D. Cárlos el mérito que tenga en la historia como hombre, como rey, como hijo, como esposo y como padre. Unicamente queremos decir que el Emperador no tuvo ninguno de aquellos arranques, ninguno de aquellos planes, ninguna señal que demostrase su amor al bien, á la justicia, á la paz, hasta que perdió á su madre. Esto mismo le honra, como merece tanta Magdalena, al sentir arrepentimiento ante la presencia de Jesucristo; pero eso mismo señala que Cárlos subordinó á la razon de estado todas las demas, áun las que reportan mayor dulzura, áun las que son imprescindibles ante el tribunal de la conciencia, y de absoluta necesidad para presentarse á la presencia de Dios.

Y debia suceder que Cárlos V estuviese tan engolfado en el cúmulo de negocios públicos que le rodeaban, que no habia de quedarle tiempo para dedicar una parte á las meditaciones de que nos hablan Juan de la Cruz y Francisco de Sales; pues aunque gustaba de lecturas como la de Tucídides y las memorias de Commines, se entretenia con preferente atencion con Guicciardini; llegó el caso de recoger con su propia mano del suelo el pincel que habia caido de la del Ticiano. Tambien puede decirse del hijo de doña Juana que parte de su inmortalidad pretendia tenerla por sus retratos debidos al pintor ilustre, dicho esto por él con aquella vanidad que revelaba el romano cuando servian á su triunfo prisione-

ros eminentes; tambien puede decirse del hijo de doña Juana que al embarcarse para Argel, á las observaciones que le hizo Andres Doria, contestó: «si como aseguraís todos perecerémos si zarpamos, será despues que cuento veinte y dos años de imperio.» Y todo nos induce á opinar, lo repetimos ahora, que á no haber sido por la religion católica, Cárlos habria azotado cruelmente á los pueblos, como lo hicieron muchos emperadores del gentilismo.

Dejó á Europa en peores condiciones morales que tenía cuando su advenimiento al trono, fué preciso que abandonase por completo la córte, para que pudiera conseguir á su alma la paz que necesita al salir de este mundo; y si en el período brillante de su reinado debió á España una madre tan amante, que por el amor perdió el juicio; una esposa tan bella, moral y físicamente, que fué la admiracion de todos: cuando sustituyó al traje del guerrero y á la púrpura régia el retiro del claustro y el sayal del monje, fué tambien en España donde encontró satisfecha su aspiracion cristiana, sucediéndole como al hijo pródigo de quien nos habla el Evangelio, que estuvo separado del hogar paterno mientras tenía riquezas que malgastar, pasiones que satisfacer y desórdenes que alimentar, y volvió á él en cuanto quiso practicar la virtud y demostrar arrepentimiento. — Sí, Cárlos encontró en el suelo español lo más encantador que puede ofrecer la vida, lo más vivificante para el alma que tiene el mundo. Una madre cariñosa, una esposa casta y una muerte católica. Quizá mereciera ésta á la intercesion de aquellas mujeres.

Otras dos acompañaron á Cárlos desde las alturas de la córte á su modesto retiro de Yuste, que fueron sus hermanas las reinas viudas María de Hungría y Leonor de Francia; de ellas se despidió en Valladolid para trasladarse al lado de los frailes jerónimos, entre quienes quedó en Noviembre de 1557. Allí, dice el historiador, enterró en la soledad y silencio el esplendor de su nombre, y con él los vastos proyectos que por tan largo tiempo habian estado agitando á Europa. Únicamente dió señales de su carácter enérgico, y tuvo ademas ocasion de demostrar que conocia el corazon humano, cuando por una carestía acudian muchos habitantes de los contornos del Monasterio á pedir limosna en él, y entre aquella multitud vió á bastantes mujeres, algunas con seducciones naturales. Entónces quiso, y quedó establecido, que toda mujer que se acercase al Monasterio á menor distancia que la «de una capilla, que estaba media legua de allí, sufriese cien azotes.»

Por último, al administrarle por vez postrera los Santos Sacramentos, exclamó fervoroso: «*In me manes, ego in te maneam.*» Así volvía Cárlos á reconciliarse con Cisneros, yendo por el camino que habia tomado el Cardenal, y al cual debió el Prelado poder recordar en su último aliento estas palabras del salmo de David: «*In te, Domine, speravi.*» Cárlos siente que muere y dice: «Mi hora es llegada; dadme esa vela y ese crucifijo», y en el mismo instante que moria pronunció la palabra *Jesus*.

Jesus, que significa en labios del moribundo arrepentimiento, que enseña cómo debe morir la criatura huma-

na, que demuestra la necesidad imperiosa que tenemos de despojarnos de las vanidades sociales al estar en su ocaso la luz de esta vida mortal y empezar la aurora de la eternidad. Jesus, palabra que fué desconocida á Pericles y á Octavio Augusto, pero que pudo pronunciar Carlos V, cuando de un lado pugna la carne para gozar de la vida y del otro batalla el espíritu para disfrutar libertad; cuando los males que hemos hecho aparecen en la memoria, y contra ésta milita un presente contrito; cuando los mortales rodean al moribundo ven la realidad y no acaban de creerla, sienten sus impresiones, y oyen al mismo tiempo la voz del mundo que llama y obliga á pensar en vivir. Jesus, pudo decir el Emperador al morir rodeado de la piedad y del celo que inspira una celda; hoy no es posible tener iguales derechos, aunque sean más amplias las libertades. Veamos, pues, la diferencia que separa los dias de Abraham, de los de Pericles y de Octavio Augusto; la que aleja éstos de los de Carlos V, y la que aparta á un monarca del siglo xvi de los monarcas del siglo xix.

---



---

## SIGLO DE LUIS XIV.

---

Acabamos de ver que para conseguir Cárlos V practicar la vida que es agradable á los ojos de Dios, tuvo que apartarse del bullicio y agitacion del mundo; que tomando ejemplo de Francisco de Borja, á quien habia otorgado permiso para retirarse á la vida contemplativa, el Emperador deja el esplendor de sus palacios, y posterga la magnificencia de sus córtes para vivir en una celda. Por aquellos tiempos empezó Teresa de Jesus á hacerse célebre, dedicada á propagar las órdenes monásticas, y cuidadosa de mantener vivísimo el fuego santo que abrasa el corazon piadoso, en deseos de agradar á Dios. Así, enfrente de costumbres depravadas y de intenciones perversas, levantaba el Catolicismo otras costumbres honestas y otras intenciones piadosas que es el acontecimiento ordinario, la prueba magnífica que presenta la religion católica y que abunda mucho en España, porque criaturas singulares, hombres extraordinarios, mujeres célebres son tantas en número las que pertenecen al suelo español, correspondientes al catolicismo, que puede competir con las demas naciones.

Cárlos V consiguió que Dios le tocase con su dedo, vió

que era una farsa cuanto juzgaba realidad ; que era un mal lo que presumia habia de ser el bien supremo. Mas no supo hasta la vejez lo que fué sabido desde la juventud por Santa Teresa ; convéncida, como estaba, de que «el alma del hombre debe concebir las cosas como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella sola.» Palabras admirables, que como sean la expresion sincera del alma, como sean la consecuencia legítima de causas santas y permanentes, revelan un tesoro inagotable de pureza, revelan una fuerza de voluntad tan poderosa como tuvo la Doctora de la Iglesia ; cuyo nombre honra la ciudad de Ávila por ser su cuna, Medina del Campo, donde puso la primera piedra de sus fundaciones, Búrgos, donde acabó de coronar el edificio de los Carmelitas reformados. Teresa tuvo presentes durante su vida las palabras que Cárlos V llegó á tener únicamente en la memoria á fuerza de desengaños, de padecimientos físicos, y de otras causas que, veladas en la historia, no lo están tanto que hayan podido dejar de traslucirse á las generaciones que sucedieron á la suya. Teresa tenía presentes las palabras que Tomás Kémpis dejó escritas en el siglo XIV. «*Vanitas vanitatum, et omnia vanitas, praeter amare Deum, et illi soli servire.*»

Mas reconocemos las dificultades casi insuperables con que tropiezan los potentados de la tierra para poder llegar hasta una situacion tan hermosa, como la que pudieron ocupar Teresa y Kémpis ; pero no porque la dificultad exista, no porque las asechanzas subsistan, vayamos á disculpar los errores personales, ni sirva de pretexto el rango para atenuar los efectos de los extravíos huma-

nos, que en tal caso los reyes estarían regidos por leyes especiales, y habríamos de admitir como buena la doctrina que sostuvo Luis XIV, por la que hacía que Francia le tolerase lo que era castigado en sus vasallos, y le consintiera la creación de la monarquía absoluta llena de vicios, rodeada de imposturas; la monarquía absoluta que inauguró Carlos V en mal hora, á fuerza de hecatombes españolas, y que disfrutó á su placer Luis XIV, con escándalo de Francia católica y perturbación general de Europa.

Todo porque Carlos V y Luis XIV olvidaban, si llegaron á saberlo, que, según el Evangelio de San Juan, Jesucristo dijo á los gentiles en el templo: «*El que ama su alma la perderá, y el que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna.*» Mas Carlos y Luis con vanidad, con soberbia, á impulsos de la ira, uno y otro sin genio bastante para ceñir bien la diadema real, adquirieron renombre, como han merecido alcanzarlo tantos otros personajes que recuerda la historia con tristeza, el corazón cristiano con pena, la doncella con rubor, el caballero con indignación y el anciano honrado con asombro.

Para nosotros es indudable que Carlos V tuvo vergüenza y que Luis XIV no la conoció, y si estas palabras parecieran duras, sustitúyanse con estas otras. El rey de España cuidó de tener hipocresía hasta para velar la general que usaba en todos los actos de su vida, y el rey de Francia se presentó sin ninguna. Carlos vestía sus miras egoístas como el caballero armaba su cuerpo para entrar en combate, y Luis las vistió con el traje de

la fiesta. Si Cárlos anteponia á todas las consideraciones la razon de Estado, Luis dijo: «El Estado soy yo.» Como si un hombre vanidoso pudiera representar algo que merezca respeto, y sobre todo que ofrezca porvenir; como si un rey sin conciencia pueda vivir cual si la tuviese y reportando sus ventajas; como si el honor no costase adquirirlo, no impusiera sacrificios su conservacion, y como si pudieran dar contrapeso á la inmoralidad una administracion ordenada, una política audaz, una diplomacia inteligente, una regularidad social forzada y una obediencia servil.

Así aconteció que en el reinado de Luis XIV, cuando el sabio avanza algunos pasos en la ciencia para utilizar el vapor en la navegacion, fué objeto de burla de la Ninon y sus cortesanos, y el sabio muere loco en un hospital: perdió su alma para este mundo. Las sátiras de los mordaces ponen al dominiquino en el extremo de desear romper el pincel. Racine es pospuesto al inepto Pradon, dando lugar á que haya bastantes, por este hecho y otros análogos, que suspiren por aquellos tiempos en que Homero era honrado y Virgilio fué aplaudido. Newton, apesadumbrado por las contradicciones, exclamaba: «No quiero pensar más en la filosofía: imprudencia fué abandonar el inestimable tesoro de mi tranquilidad para correr tras una sombra.» Así aconteció que Luis XIV viera cambiar la guerra de los treinta años, pero fué porque una bala hirió á Gustavo Adolfo en Lütxen; y si vió tambien amenazada seriamente á su émula en Oriente, fué más que nada, por el roimiento de un gusano en las empalizadas de Amsterdam.

Por lo que acabamos de apuntar, ya puede comprenderse que vamos á entrar en un período de más confusión que el anterior. En un período que el amor de Santa Teresa, el ejemplo de Ignacio de Loyola y el de Francisco de Borja, no ha de tener imitadores en una córte donde la virtud es despreciada, la sabiduría está escarnecida y el sentimiento merece la burla. En Valladolid se despidió del mundo un rey que hacía temblar á Europa con el peso de su armadura, y en Versalles otro rey pone debajo de sus plantas la valía de Francia, porque ha hecho creer al mundo que su voluntad es suficiente para gobernarlo, cuando la fuerza principal de su persona está en el egoísmo con que manda y en la voluptuosidad con que entretiene á sus vasallos. No ya recordemos, para comparar, á Abraham, como doliéndonos de la decadencia moral del reinado de Luis: basta con traer á la memoria la conducta de Pericles, los episodios de Octavio Augusto, y cuando no el sigilo de Carlos V, que peca y no escandaliza. Pero ¡ay! que si en la córte de Luis XIV no se dió el ejemplo que hubo de lamentar en la de Enrique VIII, en cambio ocurrió que en lugar de una Ana Bolena hubiese muchas, como veremos en el trascurso de esta historia, que tiene de brillantez al exterior, como fealdades mirada en su interior y juzgada sin pasión.

Como Carlos V, Luis XIV pensó en dominar á Europa; aquél acudiendo á los sitios de la pelea, y éste dirigiéndola desde su gabinete. Uno de los caracteres importantes que señalan el reinado de Luis es los muchos tratados de paz y de alianza que celebró, y las continuas guerras que sostuvo y apuraban con el erario público la

mente fecunda de Colbert. Pero á Luis XIV no le importan los sacrificios nacionales, con tal que vea satisfecha su vanidad y colmado su amor propio. Luis XIV, con el dictado de *Cristianísimo*, no tiene dificultad y áun toma por tema predilecto la destruccion y aniquilamiento de la preponderancia de la Casa de Austria, cuando ésta sostenia guerras comprometidas contra los turcos, y estos valientes avanzaban uno y otro dia, llegando alguno que pusieron en peligro inminente de caer en sus manos á la córte austriaca.

Parece que la Providencia quiso demostrar en el reinado de Luis la pequeñez del poderío humano, y que cuando más arrogante es un hombre, cuando más fuerte es una nacion, corre entónces más peligro de sucumbir en la demanda y de tener que rendir vasallaje al enemigo que miraba poco ántes con menosprecio. Francia, que en los dias de Luis XIV, dice la historia, obtuvo por el armisticio de Regemburgo quedar en posesion de territorios inmensos usurpados á diferentes estados, con nueva osadía continuó las adquisiciones y trasposos de límites en el Rhin y otros puntos. Y Casal, que era considerada la llave del Milanesado, fué ocupada; Génova, á pretexto de ser aliada de España, fué bombardeada. Sublévase Emerico Tokel en Hungría contra el Austria, y Luis apoya la insurreccion sin que le detengan las consideraciones de que hacía lo contrario á su predicacion y planes de gobierno interior.

No reparaba Luis en otra cosa más que vencer á los enemigos de su ambicion personal, fuesen ó no católicos, dando la mano una vez á los luteranos y otra á los

turcos, al mismo tiempo que desdeñaba tenderla á sus vasallos. Mas reparemos que los primeros, como los segundos, tenían ciertos puntos de contacto con el rey de Francia. Sobre todo los turcos, ó mejor dicho, sus familias reinantes. Se cuenta de Ibraim, dominador de Turquía en 1648, que envejeció pronto por los placeres y que murió en una conjuración tramada por el Muftí, cuya hija había robado; de Mohamet Kuperlí, gran visir, cruel y desleal, que venció á los rusos y á los húngaros; dejó el gobierno á su hijo Achmet Kuperlí, conquistador de Gandía despues que había sufrido esta ciudad un asedio de treinta años; y Achmet, autor de la muerte de ciento cincuenta mil personas, fué consejero que recomendó al Sultan «no escuchar á las mujeres, no dejar á ningún súbdito elevarse demasiado, llenar el Tesoro y mover continuamente sus tropas.» Pero al fin salió de entre los cristianos un polaco, Juan Sobieski, que rechazó á los turcos, obligándoles á abandonar Ofen, ciudad que estaba considerada como el baluarte del islamismo, gozne de la guerra, contra-llave del imperio otomano. Y Sobieski, encomiado por el elector de Sajonia y por el Duque de Lorena, no mereció un aplauso del Emperador.

La ingratitud es las más de las veces el distintivo del corazón humano que está apegado á los gustos terrenales, y la máxima de Maquiavelo, con haberla él reducido á sistema, logró acabarla de asegurar entre los reyes, cuando iba ya importando poco el título de Caballero y el honor de cristianos sinceros. Luis no repara aliarse con el Sultan; y á pretexto de apoyar la herencia que

tenía en el Palatinado Isabel Carlota, inaugura una tercera campaña con un acto de barbarie. Para impedir al enemigo su entrada en Francia y por consejo de Louvois, mandó el Rey talar muchas leguas frontera adentro, arrasando todos los pueblos y campos vecinos al Rhin. Entónces las tropas francesas ocupan el Palatinado y lo devastan. ¡Oh civilizacion! ¡Oh magnanimidad de Luis XIV!

Si Luis recurria al exterminio y á indignas alianzas en Alemania, no usaba mejores medios en Inglaterra, aunque fuesen diferentes. Cárlos II entregó el honor, las riquezas y la religion de Inglaterra á Luis XIV, quien pudo introducir en la córte de aquél la moda francesa; aquellas apariencias de educacion liberal que colocaban en segundo orden á la religion y á la consecuencia, todo preparado por pensiones anuales y halagos de damas cortesanas que hacian olvidar la muerte desgraciada de Cárlos I, las contiendas horribles entre puritanos y republicanos, las divisiones profundas que habia recibido la iglesia anglicana y que obligaban al rey de Inglaterra á manifestar unas creencias religiosas que no tenía. Pero era preciso obedecer y agradar á Luis XIV, y cuando quiso éste fué declarada la guerra á Holanda, ó se prorogó el Parlamento, ó se persiguió á los católicos. Unicamente salió triunfante (es verdad que el triunfo equivalia á muchas derrotas) la publicacion del acta *Habeas Corpus*, cuando Luis era más poderoso, y en España habian sido enterradas violentamente las libertades nacionales.

Porque no cabe duda que los acontecimientos se desarrollan por ó contra la voluntad de los hombres, en

cuanto tienen de personal y de egoísta sus miras de gobierno. Es indudable que la inclinación al bien es incompatible con toda forma de gobierno inmoral; pero la inclinación al mal hace compatibles con ella todas las formas gubernamentales, porque la maldad transige y se amolda á todas las leyes, á todas las constituciones, á todas las costumbres, y de todo busca el medio de sacar partido; que el genio del mal es como la víbora que tiene gusto en picar á todas las sangres, como la mujer que halaga á muchos hombres; mientras que el genio del bien no busca, ni acepta, ni transige, ni medra más que, como la criatura inocente, donde resplandezcan las virtudes, haya sacrificio y rija una ley santa.

Luis XIV, que tenía atemorizada Alemania (¡oh, si levantara la cabeza!), que no dejaba vivir en paz á Holanda, que es aliado del Sultán, que tiene supeditada Inglaterra; cuidaba también de España, quería que viviese, teniendo él las intenciones siniestras que abrigó el corazón de Octavio respecto á la vida de la reina de Egipto. España secundaba los planes de exterminio que llevaba adelante Richelieu contra los hugonotes, y él preparaba al mismo tiempo la destrucción de los estados que regia Felipe IV. Porque Richelieu, que llama al rey de Suecia Gustavo Adolfo para que le ayude en el exterminio de Austria, sabía bien que las derrotas de Leipzig y Lutzen habían de trascender á la corte de Madrid; que vio desaparecer escuadras, destruir ejércitos y perder ciudades españolas bajo las garras de la fiera que aparecía en Versalles vestida elegantemente, tenía modales finos y engañaba al mundo entero.

Como que habia sido humillado el sentimiento nacional español, hundido el prestigio de la nobleza, obligado el pueblo á obedecer al rey y rota una tradicion gloriosa, el leon de Castilla estaba reducido á la impotencia, cual sucede al leon del desierto que vive enjaulado sin espacio donde saltar, sin hambre que avive su fiereza, sin horizonte que estimule su sed de dominacion.

Entónces fué cuando dice el historiador que Cromwell y Mazarino se habian ligado contra España; y muerto Fernando III de Austria, el embajador frances, en Francfort, habia alcanzado que en la capitulacion electoral de su sucesor se insertase el artículo siguiente: «el Emperador no ayudará de ninguna manera á la rama española de la Casa de Austria.» Entónces fué cuando Felipe IV, á impulsos de la generosidad, pidió la restitucion al Príncipe de Condé de sus derechos y estados franceses, de cuya noble demanda sacó partido Mazarino, para obtener en cambio otras ciudades de la nacion española. Entónces, por lo tanto, puso Francia los cimientos del edificio que andando el tiempo habia de servir para formarse en él aquellos cuerpos de ejército alemanes que eclipsasen un dia los triunfos de Malakoff y de Solferino con la victoria de Sedan, que puso al implacable frances bajo las plantas del orgulloso aleman, demostrando Francia ante los ojos de Europa, que no tenía poder bastante para evitar las más humillantes vejaciones. Esas que España ha podido impedir siempre ó no ha querido sufrir jamas. Sí, España, que ha padecido tanto de Francia, que fué tan ultrajada por Luis XIV, no sufre hoy en la desgracia, ni con mucho, lo que hubo

de consentir Francia cuando estaba en su apogeo, y amenazaba la tranquilidad pública el carácter pendenciero de Luis Napoleon.

Si de la guerra exterior pasamos á considerar la que afligió á Francia en su seno, si de los manejos en el extranjero vamos á buscar las intrigas que intervenian en los destinos de la nacion francesa, por más que tengamos presente la influencia de los tiempos y hayamos de admitir el celo que animaba á uno y otro bando, á unas y otras tendencias, no podremos ménos de reconocer en mucha parte fundada la opinion de Weber, cuando dice: « Un rey absoluto como Luis XIV, que purgaba sus pecados y amoríos con obras piadosas exteriores, sin contricion ni reforma de vida, era enemigo declarado del rigorismo moral y del espíritu independiente de los que, aunque hijos separados de la Iglesia, habian conquistado en el Estado, á costa de sangre, la tolerancia y los derechos civiles. Daba fuerza á la enemiga de Luis la máxima política que la unidad de la Iglesia es tan necesaria á la Monarquía como la unidad del Estado.» Y es indudable que Luis atacaba cuanto pudiera llegar á descomponer en más ó en ménos aquel régimen, que como orden mecánico ó fuerza automática queria que obrase, haciendo suya la voluntad ajena, para que no hubiera más que la de él, y resultara Francia siendo el cuerpo y Luis el alma del gigante que con la bandera de los Capetos habia de querer concluir con la casa de Austria; porque Luis perseguia cuanto no queria obedecerle, así fuese otra nacion poderosa; y con el mismo gusto contrariaba al Gran Turco que al Sumo Pontífice. Jansenistas

calvinistas, hugonotes, todos hubieron de sufrir las iras del semidios Luis, con la intencion que es atribuida á Júpiter en la córte Olímpica. Colbert, Louvois, Bossuet, no hubiesen brillado en la córte francesa, si hubieran querido detener la carrera de aquel sol de la civilizacion pagana del siglo xvii. Quanto alcanzaron el padre Lachaise y el Arzobispo de Cambray fué debido á la mediacion de una mujer, que sus virtudes, su dulzura, su perseverancia, su abnegacion en uno y otro combate, en una y otra oportunidad, en una y otra prueba, acabaron por rendir al hombre dominante, al príncipe corrompido, al rey adulado. Pues no lo dudemos nunca, que así como la gota de agua perfora la peña, igualmente la virtud de la mujer católica ablanda el corazon de su compañero aunque esté muy endurecido. Y es de notar cómo al mismo tiempo que Inglaterra aclimatava en Europa lo que ha dado en llamarse derecho moderno, que Francia tolerase una monarquía absoluta é inmoral, sin otra razon que la de Luis: «*El estado soy yo.*» Y convenimos con Duruy cuando aconseja que no cause admiracion la lucha encarnizada que estalló entre Inglaterra y Francia, porque se trabaron de palabras para debatir dos intereses contrarios, dos derechos políticos diferentes.

A no verlo pareceria increíble que llegase á tal altura el poderío de Luis XIV, que fué tan perverso. Tanto, que recordándole moribundo Colbert exclamaba: «*Si j'avais fait pour Dieu, ce que je fait pour cet homme, je serais sauvé dix fois, et je ne sais ce que je vais devenir.*» Leccion que merece encomios, y aprenderla los adulado-

res que rodean á los poderosos, á quienes juzgamos más dignos de castigo que el magnate que aparece ostensiblemente la causa de alguna maldad ó de alguna desgracia.

Mas la córte aplaudia en Luis la pompa con que se presentaba á comer, lo mismo que el fausto que desplegaba en la celebracion del santo sacrificio de la misa.....

Europa sufrió la influencia de la armada francesa al propio tiempo que su lengua, su literatura y sus modas invadieron todos los territorios. Así que el historiador dice : Trajes sin gracia , cabellos empolvados, pelucas, untos y afeites, hijos de una falsa necesidad, fueron en adelante leyes de cultura y gusto social. La moda española fué desterrada por la francesa ; y la antigua originalidad alemana, el carácter franco y leal, las maneras gratas sin arte, la llaneza jovial, murieron bajo el egoísmo, el amaneramiento y la afectacion extranjera.

Cantú hace algunas consideraciones respecto de Luis XIV, que nos ha parecido pertinente ocupen este lugar, para entrar despues á tratar del corazon del gran rey, como han llamado algunos á Luis ; dictado que es únicamente admisible por su sentido irónico.

Dice Cantú : «Desde el principio siguió Luis XIV la política del grande Enrique, humillando á la casa de Austria ; y como la depresion de ésta le llevó al colmo del poder, tuvo el deseo de adquirir toda clase de gloria, por lo que, no contento con presentarse á la posteridad rodeado de sabios y artistas, quiso que su reinado obtuviese tambien laureles militares, destruyendo de este modo su posteridad y preparando futuros desastres, al paso que la envidia que de él tenía Europa acarrió la

enemistad de los poderosos y le hizo conocer los descalabros, y sentir cuánto bien podia haber sacado del amor de sus súbditos, á quienes sólo habia dado una monarquía absoluta.»

Es decir, una gran calamidad. Porque no merece otro nombre la obra que tuvo por objeto agotar el sentimiento nacional, aquel pensamiento que rompió con la tradicion. Porque Luis tuvo por sistema en Francia, como fuera de ella, destruir lo que encontró de popular, hasta en el régimen de la Iglesia. Pero ¿cómo habia de conducirse más consideradamente ni con mejor acierto, el rey que no respetaba la virtud ni practicaba la moral?

Y no comprendemos que Cantú haya dicho de Luis XIV «que era de mediano ingenio, que su educacion habia sido tan escasa que apenas comprendia el latin del breviario»; y á los pocos renglones añada, «no fué un valiente capitán, ni un profundo político, pero en realidad fué un gran rey». ¡Gran rey!..... Luis, de quien aconsejaba Fenelon á la Maintenon en estos términos: «Vos debeis, sin desmayar jamas, aprovecharos de todo lo que Dios os inspira y de todo el ascendiente que teneis con el rey, para abrirle los ojos é iluminarle..... Como el rey se conduce, no tanto por las máximas seguidas como por las impresiones de las personas que le rodean y á las que confia su autoridad, lo principal es no perder ninguna ocasion para rodearle de personas que obren de acuerdo con vos y hacerle que cumpla sus deberes, de los que no tiene idea alguna.»— Ni podemos tampoco estar de acuerdo con estas palabras del padre Ventura de Raulica, cuando opina que Dios quiso recompensarlo (con la

compañía de Madame Maintenon) por la adhesión que conservó siempre á la fe católica, en medio de los extravíos de su corazón. ¡Merecimientos de Luis por su fe católica! Luis, que fué la causa eficiente de que llegase un día, como dice Cantú, «edad indecorosa en que rey, ministros, generales, gobiernos y todo lo que en Francia existía, fueron dominados por la intriga y el favor. En esta circunstancia la política se trasformaba á medida que el monarca mudaba de amantes ó de confesores.»

No puede verse más claro cuán infundadamente ha sido llamado Luis XIV el gran rey, pero como no es nuestro propósito principal quitar á Luis ese dictado; como los títulos pomposos para nosotros no son más que una vanidad mundana, y nuestra tendencia es demostrar que la córte de Luis XIV fué más corrompida (por consiguiente más corruptora) que la de Carlos V, dejando sentado, por supuesto, que la idea dominante en ellos fué contraria al catolicismo; como podamos llevar por delante esa verdad, y sobre todo expresarla tan vivamente cual el corazón la siente y el entendimiento la ve, no damos importancia alguna á la pretensión de gran rey sostenida á favor de Luis XIV, como no la tiene tampoco que Carlos V ciñera la corona de hierro. Basta con saber que Luis, juzgado por sus prendas personales, fué una medianía, que casi no conocía el latín, con ser el padre de los idiomas, que en su tiempo estaba más en boga y que fué el idioma que hablaba familiarmente Luis Vives con las princesas de la estirpe de Isabel la Católica; pudiendo añadir que Cleopatra poseyó abun-

dantemente una riqueza intelectual que no tuvo Luis, quien en frente de Cornelia hubiese temblado. Y en esto nos apoya Cantú cuando nota el contraste que forma el régimen romano tan enérgico, con el régimen enervado y sin plan que dominaba en Francia. Como podemos traer en apoyo de nuestra tesis que Maquiavelo pudo aún ver en las luchas italianas, ya que no habilidad, firmeza de carácter, cualesquiera que fuese su dirección; Montesquieu alcanzó únicamente unos tiempos apacibles en que no descubre otra cosa, en el buen éxito, que la recompensa natural. Pero no merece más detención este particular, si tenemos presente que en Francia estalló la Revolución, que fué allí donde ha vivido la *Commune*, para reconocer la pequeñez de miras que dirigía á Luis XIV, quien al destruir la acción contraria á su poder desmoralizador, aseguró para el porvenir la obra deletérea del tiempo.

Poder desmoralizador que hace exclamar á Cantú : « ¡ Cuánto debieron disfrutar sus muchas amigas, los hijos de éstas, sus sobrinos y las comadres, ayas, cirujanos y camareros! Los miembros del Parlamento y los magistrados no contraían bodas ó bautizaban sus hijos sin que recibieran sus dones, y además muchos recurrían al Rey para sus deudas ó para reponer su casa. » Así compraba Luis XIV las conciencias, así ajustaba la opinión pública, así establecía un mercado en París, donde propios y extraños llevasen á contratar reputaciones, honras, esperanzas, porvenir, donde llegase el día que fuese estimado en algo un Emperador que no valía nada. Así sucedió en el siglo de Luis XIV, como se ve también en

Cantú, «que Corneille, en su dedicatoria de la *Muerte de Pompeyo*, llama á Mazarino «hombre superior al hombre» y dice que en la descripción de Pompeyo, de Augusto y los Horacios se encontró, sin pensarlo, inspirado por la imagen de aquél. Corneille era uno de los caracteres ménos aduladores; figurémonos si los demas estarían satisfechos por haber encontrado un rey que aceptaba y pagaba semejantes bajezas. De aquí el que no hubiese autor de su tiempo que no le tributase elogios; la poesía y la pintura, los mármoles y los bronceos no parecían todavía suficientes para celebrar sus fastos; la literatura se deshacía en alabanzas, y allí donde la victoria se alcanzaba sin generosidad, el aplauso carecía de medida y de delicadeza.»

Hasta en los detalles más insignificantes se ve la degeneración de una sociedad, sobre todo de un Gobierno, que las victorias de Rocroy, Nordlingen y Lens no las publica en la *Gaceta de Francia* y pretende eternizarlas en medallas al uso romano.

Y si es verdad lo que dice Saint Simon: «El respeto que infundía Luis XIV en cualquier parte que se hallase, imponía silencio y hasta una especie de pavor», no lo es ménos que cuando un rey como Luis merece tanta distinción de sus vasallos, sucederá así porque ellos no serán dignos de un monarca mejor, ni sabrán tampoco enaltecer cual es debido la virtud: la virtud católica de que nos ha hablado San Bernardo, la virtud que predicó San Vicente Ferrer, la virtud que practicaba San Vicente de Paul. Mas ¡ay! aquellos vasallos y aquel rey gozaban en Versalles celebrando espectáculos magníficos

donde habia torneos por el órden siguiente: Rompian la marcha pajes y escuderos precedidos de heraldos, con divisas y escudos, en los cuales se hallaban escritos versos de Perigni, de Benserade y de otros que sabian hermanar el buen gusto y la agudeza con alusiones felices en el estilo entónces de moda. Iba el rey á caballo, esparciendo rayos de luz de los diamantes que adornaban su corona. Ultimamente venía cerrando la comitiva un elevado carro del sol, rodeado de las estaciones, de las cuatro edades, de las horas y los signos del zodiaco, marchando todos al sonido alternativo de las trompas, cornamusas y violas, siguiendo detras varios personajes que recibian versos dedicados á la Reina, la cual se hallaba bajo unos arcos triunfales, en compañía de más de trescientas damas, para ver y ser vista. Terminado el dia y con él las justas, más de cuatro mil antorchas iluminaron el espacio, lleno de fiestas y de amores, y se sirvieron las mesas por doscientos personajes, entre los cuales figuraban faunos, silvanos, driadas, estaciones, pastores, vendimiadores y segadores. Pan y Diana, que se hallaban sobre una montaña movible, descendieron para colocar sobre los manteles todas las producciones más exquisitas de los campos y de los bosques. Al leer esta descripcion en la historia, ¿no es verdad que vienen á la memoria los espectáculos que fomentaban las eterias, las fiestas que eran aplaudidas frenéticamente por las vestales, las escenas impúdicas de Corinto y los tratos escandalosos dedicados á la diosa Vénus?

¡Oh! clama al cielo la responsabilidad que pesa sobre Luis XIV, por haber introducido en Francia cosas y

costumbres, que sirven únicamente para enervar el cuerpo y empobrecer al espíritu. Merecen baldon eterno unos consejeros que se convierten en aduladores, como lo prueba el arrepentimiento de Colbert. Deben borrarse del catálogo de los poetas insignes yates como Corneille, que no tienen inconveniente de desempeñar el papel de histriones. Clama al cielo que Luis XIV emplease las facultades con que fué dotado por Dios en impresionar á la imaginacion, sabiendo con astucia sacrificar impunemente los intereses del pueblo, y haciendo necesaria la córte á los señores que abandonaban de este modo los castillos. No ha de causar extrañeza que simiente mala, como fué la que sembró Luis XIV, diese por resultado frutos ponzoñosos; y que si Pan y Diana presidian las fiestas de la córte, llegase un dia que la diosa Razon fuese llamada á celebrar los regocijos revolucionarios. ¡Oh Dios! ¡A cuánto avanza por soberbia la debilidad humana! ¡Cuán terribles serian tus castigos sin la misericordia divina!

Luis XIV veia en la magnificencia de que estaba rodeado su propia grandeza, buscaba en todo su gloria personal, y consideraba la prosperidad de la industria y de la agricultura como manantial abundante que le proporcionase medios poderosos para sobornar á las gentes, hacer la guerra, pagar espléndidamente las delicias de su serrallo, y gozar hasta la saciedad de sus placeres predilectos.

Creemos escribir sin pasion, y cuanto se censure á Luis XIV es poco, si se tiene presente que tratamos de un rey que habia recibido el agua del bautismo. Aquella

agua *qui fiat ut tót virtutibus in baptismo cumulati, adeò tardè pietatem exerçant*. Pero Luis no está por tal doctrina, no tiene inclinacion á meditaciones semejantes. Ya no es el rey, que como Cárlos V busque ocasion de ocupar algun tiempo en lecturas; ya no es el rey que cuide como Cárlos de ocultar á la nacion sus debilidades. Luis prefiere, y puede hacerlo impunemente, que el público sepa sus liviandades, porque llevado de la soberbia, guiado por la vanidad, quiere que sus acciones indignas, sus tratos impúdicos merezcan alabanzas. Ha dicho: «El Estado soy yo», y como él es de barro, todo quiere verlo hecho de la misma sustancia, y reserva la hermosura para sus accidentes.

Por eso dice acertadamente Cantú que cuando el rey no era ya solamente el primero de los poderes, sino que tambien concentraba en sí mismo todos los elementos de la sociedad, llegó á hacerse importante su vida privada, pues que habia comunicado al Estado las debilidades inherentes á la naturaleza humana.

Nada más positivo. Luis, que quiere exterminar la Casa de Austria, desciende de ella. Luis, que sostiene la guerra de sucesion, lo hace así contra la Casa austriaca. Luis que tiene en María Teresa su esposa una compañera de costumbres puras, establece en la córte una cosa peor que el serrallo. Porque éste es una inmoralidad, pero tiene su sancion legal, una religion que lo aprueba, unas costumbres que lo regularizan, un órden que reduce á límites el círculo de la institucion, y una manera de ser que no ha de producir escándalo. Pero no sucede lo mismo en la córte de Luis XIV, que se titula *cristia-*

*nísimo*, que vive rodeado de prelados y que quiere figurar dentro del gremio de la Iglesia. El serrallo es una gran desgracia como establecimiento social, y la serie de amigos que tuvo Luis XIV es la mayor de las immoralidades y el más trascendental de los crímenes en la familia. Luis fué más escandaloso que Lutero, porque es verdad que éste ha sido el autor del protestantismo, como lo es que profanó el claustro con la seducción y el escándalo; pero era Lutero, que se jactaba de disponer de las arterías de Luzbel; era un jefe de partido que se declaraba enemigo irreconciliable de la autoridad del Sumo Pontífice; era un rebelde á la memoria de Jesucristo, que no queria los vínculos honestos del hogar doméstico, ni guardar la castidad; era un particular que no habia de responder de muchas vidas ni de muchas conciencias, como jefe del Estado. Pero Luis, el gran rey, el monarca que quiere ser más poderoso que los demas, que quiere recibir el homenaje de los otros hombres; que quiere ser mirado por la mujer con la aureola de la divinidad; que quiere ver besado su cetro por el guerrero, cantada su corona por el vate, bendecido su trono por el catolicismo, asegurado su reinado en las regiones de la inmortalidad; Luis, volvemos á decirlo, en punto á moralidad, y por lo que representaba en el mundo y ante la sociedad francesa, fué más inmoral que Lutero y más que Mahoma. Lo vamos á ver.

Inaugura Luis sus liviandades por Luisa Francisca le Blanc, que enamorada del rey desprecia el amor y la mano de muchos. Luis descubre la pasión que arde en su pecho, y en vez de apagarla con el estímulo del ho-

nor y la devocion que tenía Luisa, fomenta la primera con mengua de la honra y de las devociones. Luisa lucha contra el instinto impúdico de su regio amante, que no piensa más que en gozar las delicias de un amor sensual; y Luisa, entregada su virtud, sin embargo, conservaba aquellos rasgos que el pudor del bello sexo sabe poner por encima de todo, por más que no prevalezcan siempre, pero que en Luisa dominaron sobre la situación y los halagos de la corte; y ante el escándalo de la publicidad, ante la noticia de que no son un secreto sus amores, retrocede anonadada, y va á parar al claustro, donde cae de rodillas ante la imágen del Crucificado. Mas Luis, con ser rey, y monarca católico, cual pudiera hacer un personaje de la estofa de Don Juan Tenorio, con ménos recato que Abelardo, con peor sistema que el de la escuela de Rousseau, tan cinico como fué Voltaire, Luis mandó franquearle unas puertas que debieran abrirse únicamente para sepultar amores mundanos y dejar con esplendente vida el amor divino: arranca de la celda á la Magdalena del siglo de Luis XIV, porque no habia entónces, como hubo cuando el advenimiento del Redentor del mundo, una voz que dijese: *«Porque esta mujer ha bañado mis piés con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos, perdono sus pecados.»* Y Luis cambia el modesto nombre de la monja, por el pomposo de duquesa de la Vallière. Con él ofende en la persona de su amada á la moral pública, con él deshonra ante una generacion bastarda á la madre desventurada, que en mal hora puso la vista y dedicó los latidos de su corazon á un amante caprichoso, que no es otra cosa

para la mujer ; y amante, que cuando la Duquesa está rodeada de hijos suyos, la deja con ellos para disfrutar otros amores. Luisa, ya que no puede volver al claustro, quiere retirarse al campo, pero Luis se opone porque teme que contraiga un enlace al que lleve la fortuna que habia recibido para sus hijos. Ya entónces no es el amante libertino quien manda, sino el esclavo *lotario* que tiraniza. Por fin, Luisa consigue permiso para volver al claustro cuando su resolucion desembarazaba de un estorbo á Luis XIV, y se retira á un convento de carmelitas, donde fué *consolada* por un discurso de Bossuet, al volver á pisar los umbrales del retiro del Señor. Por lo visto, en aquellos tiempos no era dado, ni á los sacerdotes más ilustres, ni á los oradores sagrados más nombrados, poder consolar al triste, pues quisiéramos ver algo más en un prelado que combatió el protestantismo, en el Catequista de Turena, en el Preceptor del Delfin, en el Panegirista de Condé ; sin embargo, al llegar á poner el pié en la grada del trono de Luis XIV, Bossuet parece como que encontraba allí el *Non plus ultra* de las columnas herculanas.

Como quiera que sea, pues nos duele en el alma poder atribuir faltas graves á personajes que debieran merecer únicamente encomios, es lo cierto que en la córte de Luis XIV ocurría lo que vamos á trasladar al pié de la letra, tomado de la *Historia Universal* de César Cantú: «La Vallière fué sustituida por Francisca de Mortemart, esposa del marqués de Montespan. Era hermosa y de vivo ingenio y supo atraerse la atencion del Rey, con sus dichos agudos más bien que con su belle-

za, procurando huir en un principio de las asechanzas de Luis; pero no siendo secundada por su marido tuvo que sucumbir, y de este doble adulterio nacieron ocho hijos. La Montespan pensó ménos en ocultar el escándalo que en asegurar por este medio su fortuna; más tarde (cosa que la Vallière habia evitado) quiso mezclarse en los negocios, tomó parte en los consejos y se la pedía su parecer; teniendo tambien el talento de tolerar los caprichos del Rey, á quien ofrecia frecuentes conquistas amorosas una córte donde se premiaba el vicio. Colbert se aseguró en la gracia de su señor interviniendo en la clandestina fecundidad de la Vallière y en las intrigas de la Montespan. ¡Tales eran los servicios en que empleaba el gran rey á sus ministros!»

«La Montespan ayunaba con escrupulosidad, de lo que habiéndola manifestado su admiracion la Duquesa de Usez, aquélla le contestó: «*¡Pues qué! ¿porque yo haga un mal, debo cometer todos los demas?*» Su conciencia no se hallaba muy tranquila, y Luis XIV tambien daba principio ya á sus alternativas de amor y de devocion, continuando de este modo muchos años una lucha entre el deber y las pasiones. La Montespan inspiró ó alimentó en Luis el amor á la magnificencia, refinó su mal gusto, favoreció á los grandes literatos de aquel tiempo y á los hombres de verdadero mérito, y el Rey le fué deudor de muy excelentes consejos. El dominio que ejercia sobre éste y el alarde que de ello hacia la ligaban á él todavía más que el cariño.»

Como se ve, la unidad en la conciencia era desconocida por la Montespan, que tenía una representacion

importante y que guiaba las tendencias de la corte. Mas la Marquesa prescindía de la verdad divina, posponía la moral eterna, y era lógico que cayese en el escepticismo general de su época, á pesar de que pudiera verse con claridad que carecía de fundamento. Y respecto á la regla de conducta moral; respecto á las derivaciones de la conciencia (permítasenos la frase), ó sea la moralidad en parte, y, por lo tanto, la inmoralidad considerada parcialmente, hemos de decir que es aplicable á ella el argumento que destruye el sofisma del escepticismo parcial, á saber: queda convencida de inconsecuente la moralidad parcial, con la reflexion general de que siendo una misma la conciencia humana, y una tambien la manera de sér que tenga con relacion á los casos y medios múltiples de la vida, no puede admitirse á la luz de la razon, con un criterio recto y con arreglo á las palabras de Jesucristo «*qui mecum non est, contra me est*», el privilegio particular para el perdon de algunos pecados, mejor dicho, el privilegio de que no lo sean, sino que todo el mecanismo moral debe responder armónico de una en otra relacion, hasta llegar á la unidad que está representada en la conciencia de cada individuo racional.

Mas ¿á cuánto error induce una pasion torpe? ¿á cuánto escándalo llevan la voluntad unas inclinaciones perversas? ¿á cuánto desórden conducen el ejemplo depravado de la autoridad, que asume con su despotismo el valimiento general, con su soberbia la debilidad particular? Luis tomaba la batuta en las festividades de Versalles; dirigía y era el bastonero de la solemnidad.

Una mirada suya podia elevar al tálamo regio cualquier dama ó hundirla en la más espantosa miseria, como por otra mirada podia hacer que estallára la guerra en el Rhin ó en los Pirineos, ó que fuera reducido todo á las cláusulas de alguna paz vergonzosa. Porque Luis sancionó con su despotismo inmoral la doctrina de aquellos filósofos que habian razonado sobre los principios destructores de la familia, como dice Gaume, á quienes siguieron poetas que los cantaron en todos los tonos y en todas las lenguas. «Más inteligente, añade aquel autor ilustre, más agradable y más peligrosa, por lo tanto, que la de los metafísicos, su voz no ha cesado de resonar aún. ¿Qué son, decidme, esas innumerables comedias de que Europa está inundada desde el siglo xvi, comedias, tragedias, dramas, melodramas, poesías ligeras, ¿qué sé yo? sino una predicacion incesante y pérfida del adulterio, del desprecio de la autoridad paternal y maternal, un ataque manifiesto ó disfrazado contra el pudor, la continencia, la virginidad y la piedad filial; la glorificacion de los desórdenes morales y la excitacion perpétua de la pasion, la más fogosa y la más destructora de la felicidad y ventura de la sociedad doméstica?»

Si al mismo tiempo que estas consideraciones examinamos otras de Cantú, por las que se ve que en el reinado de Luis XIV, lo bello, léjos de cultivarse como tal, servia de instrumento á las ideas y á los partidos, y que la literatura moral religiosa acogió en su seno el escepticismo y la inmoralidad; levantó altares al ingenio, anheló los triunfos momentáneos, pretendió y lo-

gró que los derechos del talento se sentasen al lado de los de la cuna, si todo esto resulta que sucedió en el reinado del gran rey, ¿qué duda tiene, cómo negar que el iniciador de las magnificencias de Versalles fuese un hombre corrompido, por lo tanto inmoral, y en tal caso indigno de la importancia que tenía, y muy justo que fuese castigado por Dios? ¿Cómo, por espíritu monárquico que haya, por grandes que se reconozcan las ventajas de la monarquía, con tal de tenerlas, deban pasarse en silencio los defectos personales del monarca, ora ocupe el trono cuando la crítica estalle, ora haya descendido á la tumba? Además, ¿qué puede ser una monarquía cuando el rey desempeñe malamente su papel, y en lugar de reportar al país ventajas por la representación que ejerce, traiga á la sociedad males sin cuento? Y lo mismo puede decirse de la literatura, de las artes, de las industrias, de la filosofía, que todo en sí es bueno, pero que puede hacerse malo; y en este caso, ¿no ha de suceder que el bien desaparezca y quede únicamente el mal? Porque lo más santo que puede haber sobre la faz de la tierra, corre peligro de que el hombre lo pervierta; Luis XIV es un ejemplo. El monarca, al tener tantos hijos en adulterio, convirtió la paternidad en un elemento de perturbación; los hijos que tuviera de la Montespan, si fueron honrados, habrían de avergonzarse de tener tal padre y aborrecer á semejante monarca. Francia que estaba enorgullecida de que rigiera sus destinos Luis XIV, no sabía lo que se decía, y decía lo que más debiera callar. Porque Francia, que tenía en mucho su poderío, que amaba tanto su gloria, que buscaba con afán los es-

pectáculos cortesanos, que tuvo entusiasmo por Luis XIV cuando creía acertar tanto y verse en el camino de una prosperidad incalculable; cuando aplaudía lo que debía censurar, y sonreía apoyando con las dos manos un trono al que debió contener en sus demasías, introducía la perturbación en la familia, de donde había de salir el fuego que consumiese la obra de un Carlo-Magno, de un San Luis, de aquellos personajes que en alas de la religión marcharon á tierras lejanas para volver á las suyas cubiertos de gloria; que si en la época de las Cruzadas pudo haber debilidades humanas, no llegó el caso de que tuviesen un público que pidiera su repetición. Con razón ha dicho el padre Ventura Raulica, que de la corte de Luis XIV nació la revolución francesa, porque en la corte del gran rey, la piedad enmascarada reinaba al lado del mayor libertinaje. Como que en la corte del gran rey fué donde empezó á procurarse engañar más escandalosamente á la mujer católica é inspirar desconfianza respecto al celo del sacerdote, porque fué de aquella corte desde donde empezó á lanzar sus dardos el poeta por la persona de Mollière; y sus dignos sucesores, los filósofos del escepticismo, han continuado la obra destructora del hogar doméstico hasta llegar á nuestros días, en que un Michelet ha dado á luz el libro *sobre la familia*, que es el comentarista del *Hipócrita*.

¡Ojalá que la voz de la verdad hubiera sido reconocida en el reinado de Luis XIV, que la voz de la verdad hubiese habido quien la levantase muy alta, que la voz de la verdad mereciera acogida en la opinión pública, y que esa voz, hija del Eterno, pudiera haber dominado las

demás, porque no habría sucedido que las voces del infierno, interpretadas tan admirablemente por Meyerbeer, hubieran prevalecido en el siglo xvii!

Lucifer pudo más, y consiguió entronizar en la corte de Luis XIV sus gustos y sus inclinaciones del Averno. Sustentada por Cantú, hemos visto la opinion que emite, y resulta de ella que es necesario ocuparse de las liviandades de Luis XIV; el P. Ventura ha creído deberlas consignar en su libro *La Mujer católica*. Bajo nuestro punto de vista corresponde sean tratadas extensamente por nosotros.

Luis XIV, que tuvo diez y nueve hijos bastardos, perseguía á las damas que tenían á su servicio la Reina y su madre, y penetraba cual enemigo de la pureza, en la mansion de la vírgen inocente ó de la matrona púdica. Y asegura Saint-Simon, que por iniciativa de la Duquesa de Novailles fué tabicada la puerta que facilitaba el paso al Rey desde la Cámara real al aposento de las jóvenes: la Duquesa quiso así poner á cubierto su responsabilidad y el honor que tenía bajo su custodia. Colbert y Bossuet no se hubiesen atrevido á tanto. Los Duques de Novailles tuvieron que hacer la dimision de sus cargos; y, en verdad, dice el P. Ventura que unas personas de tan elevada virtud no estaban en su lugar en medio de tanta corrupcion. Molière sabe el suceso, y lleva á la escena al matrimonio honrado, poniéndolo en ridículo en su *Tartufe*. Una puerta fué el origen inmediato de la desgracia que tuvieron los Duques de Novailles. Una puerta fué objeto de comparacion á Jesucristo en su último discurso despues de la

fiesta de los Tabernáculos, y despues de haber sanado al ciego de nacimiento. «*En verdad, en verdad os digo el que no entra en el redil por la puerta, sino que sube por otra parte, es ladron y asesino. Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas; á éste abre el portero.*» El portero era en la mansion de la castidad la Duquesa de Novailles cuando Luis XIV queria profanar el santuario del pudor; la Duquesa no quiso abrir la puerta al libertino y adúltero, y él con autoridad régia despidió á la dama noble, para poner en su lugar otra guardiana de las que eran elogiadas por Quinault en sus poemas, con los que divinizaba mitológicamente los adulterios del Rey, apoyándolos con ejemplos de hechos que la fábula enumera de Júpiter. Así que este personaje, los adula-dores y malvados habian hecho que descendiera del Olimpo y quedára reducido á representar el papel de rey con todas las deformidades del vicio, con toda la indignidad que destaca en quien sustituye á las funciones del espíritu los móviles del instinto. Así, pues, no ha de extrañarse que trate Rohrbacher á Luis XIV midiéndolo por el mismo rasero que á Molière, quien no reparó en contraer un matrimonio incestuoso. Que el P. Ventura diga de Luis que miéntras ayudado por sus ministros y sus obispos cortesanos se presentaba como regulador supremo de la religion cristiana, de la Iglesia católica y de su gobierno, llevaba el olvido de todos los deberes hasta el punto de proponer para el culto y para el gobierno de los pueblos el fruto de su adulterio, é infestar con él toda la raza de San Luis. Que Chateaubriand asegure que el gran Rey, en la demencia de su orgullo, osó im-

poner en Francia como monarcas legítimos sus bastardos adulterinos legitimados.

Ahora bien, ¿cómo no habia de caer fuego del cielo sobre la Sodoma del siglo xvii? ¿Cómo habian de quedar impunes los atentados que se cometian en una córte liviana contra la santidad del claustro, contra la inviolabilidad del matrimonio, contra el pudor de la doncella, contra el recato de la matrona, contra la moral de los hijos, contra el honor de la familia y contra el ascetismo del sacerdocio católico? Si por la historia descubrimos que Luis XIV inició el predominio de cortesanos viles, de poetas cínicos, de filósofos impíos, de ministros serviles, de caballeros villanos, de sacerdotes indignos, contra Luis hemos de dirigir quejas amargas y procurar que desaparezca hasta el último vestigio de los rastros que ha dejado su memoria, de las huellas que pisan sus encomiadores: que á una sociedad corrompida como está la presente, es preciso advertirla el peligro, borrar sus errores, condenar sus sistemas, perseguir sus inclinaciones y atacar sus ejércitos, sin reparar en consideracion alguna hasta que llegue á rendirse y exclame prosternada con David: «*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*»

Y si no lo hiciere así, sucederá como aconteció en el reinado de Luis XIV, del cual ha hecho el Padre Raulica esta pintura.

«El Duque de Orleans, sobrino del gran rey, que le sucedió en cualidad de Regente del reino durante la menor edad de Luis XV, realzaba los escándalos de su vida con el cinismo de su religion, lo que no impidió á

Luis XIV casarlo con una de sus hijas, nacidas del adulterio. La hija de este regente se parecia á su padre por su libertad y por su impiedad. Aun se decia de ella que tenia consigo ciertos privados incestuosos. Ella, sin embargo, fué esposa del Duque de Berry, nieto de Luis XIV. Desde el año 1711 murieron uno despues de otro, el Delfin, hijo de Luis XIV; el Duque de Borgoña, padre de Luis XV; el mayor de sus hijos, y, en fin, el mismo Duque de Berry. Estas muertes precipitadas aterraron á Francia, y le parecieron efectos de un crimen horrible. La opinion pública sospechó y acusó de ellas al Duque de Orleans: su menosprecio de la religion y sus costumbres autorizaban semejantes sospechas. Miétras que Luis XIV perseguia á los hugonotes en todo el reino, tenia á su lado muchos hombres sin fe, porque adulaban su absolutismo y le servian en su libertinaje. Ciertas memorias secretas atestiguan que en la córte de Luis XIV, á pesar de que tenia á Bossuet y á Bourdaloue, se hacía mofa de los milagros, de las profecias, de los libros santos, de los sacramentos y de la misa, y que bajo el título de devocion, ciertos literatos perseguian impunemente la religion cristiana y preparaban el terreno á los filósofos impíos que la persiguieron despues bajo el título de infamia y de supersticion. Ved aquí dónde habia descendido la posteridad de San Luis bajo el reinado de Luis XIV, y en lo que se habia convertido su córte.» «Se cree, dice Rohrbacher, que se está en una nueva de ladrones; en ella no se habla más que del envenenamiento, del asesinato, del ateismo, del adulterio, de la impiedad y del incesto.» La revolucion fran-

cesa nació de allí. De las doctrinas de un absolutismo insensato, de que la monarquía hizo entónces una ostentacion insolente y una repugnante aplicacion, tomaron los filósofos poco despues las armas para batir en brecha á la monarquía y destruirla.»

Hallamos fundadas las consecuencias que deduce el Padre Raulica, de lo que con justo motivo llama un absolutismo insensato, y sin que entremos ahora á enumerar las causas de esa insensatez, firmes en nuestro propósito de hallar en los extravíos pasados la razon de ser de las locuras presentes, no perdiendo de vista el principio universal y necesario, en virtud del cual todo hecho que principia á existir es juzgado por nosotros como enlazado con una causa. En virtud del principio de causalidad, que aplicamos casi siempre de una manera instintiva, donde quiera que vemos un hecho lo consideramos como efecto y lo relacionamos con su causa. Esta, pues, hemos de buscarla en la actualidad hácia tiempos pasados, y unos en pos de otros han de llevarnos á la fuente del error: como por otro orden de ideas, y en otra serie de relaciones tendremos que hallar necesariamente, si empezamos la excursion desde las obras piadosas que hace la hermana de la Caridad, el origen de ésta en aquellas palabras del Apóstol: «*Deus charitas est.*» Por lo tanto, es indudable que la revolucion francesa fué el efecto de las causas desmoralizadoras que quedaron entronizadas en el reinado de Luis XIV; por más que esté hecho no sea aislado, ni neguemos tampoco que á su vez la causa que consideramos ahora primera sea efecto de otras causas que en alguna parte hemos

visto ya en el reinado de Cárlos V, en el imperio de Octavio Augusto y en la dominacion de Pericles. Grecia asumió sobre sí toda la responsabilidad de Oriente, convirtiéndose en la ninfa Psychys, bajo cuya figura ha sido presentada. Roma unificó el paganismo, la política y las costumbres del mundo, haciéndolas tributarias de la matrona, que era el bello ideal de los romanos. España y Alemania tuvieron cada cual un César que sujetó la suerte de muchos pueblos á su voluntad de hierro, como aprisionaba la armadura régia el cuerpo del primero que parecia infatigable. Versalles fué la morada del *Estado* frances, porque lo personificó en él un déspota desmoralizado ; y pudiera decirse que así como de las magníficas fuentes de los jardines reales salian aguas abundantes que pudieran inundar el paraíso del gran rey, del mismo modo surgieron del sitio real de Francia, cual si fuera un volcan social, llamas y lavas que, vomitadas en distintas direcciones, corrieron por todos los ámbitos de Europa y han hecho que sea tan depravada en costumbres y en ideas, por punto general, como lo fué particularmente la morada del amante de la Montespan.

El clero puede decirse que secundaba los planes de Luis XIV, y llegaba hasta donde queria el Rey. De modo que no era un sacerdocio católico el que ejercian los prelados en mucha parte, y los subordinados suyos en el órden jerárquico en su mayoría. Cosa que parece imposible, á no estar plenamente justificada en la historia, y referirse á hechos que no son tan remotos para que haya dificultades de peso que impidan dar asentimiento al testimonio histórico. Por lo mismo que el clero católico

es el árbitro de los destinos de la conciencia, cuando se trata de alguna que sea la del jefe del Estado, y si éste ha obrado cual hizo Luis XIV cuando dijo el *Estado soy yo*. Es natural que suceda, como hemos tenido ya ocasion de lamentarlo, que segun sea el monarca así serán sus cortesanos; y éstos habrán de llevar necesariamente el virus de la córte desde la poblacion más populosa hasta la última cabaña. Por eso las faltas que en el seglar pueden ser toleradas, en el sacerdote católico no tienen disculpa alguna; y cuando un sacerdote (en cualquiera jerarquía) afloja algo del cumplimiento de su deber, transige con ciertos abusos, admite algunas ideas anti-religiosas, desconoce que debe darse al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, consiente á la ambicion de medro personal más de lo que es permitido hacer á quien tiene contraidos votos de pobreza, y aparece tibio en el ejercicio de la caridad. En fin, para precisar, cuando en el reinado de Luis XIV el clero se puso á su servicio, como pudiera hacerlo un pretoriano, como hemos visto obedecer á determinados gobiernos algunos suizos, ese clero es indigno de serlo, no merece el dictado de católico, y contribuye poderosamente á la ruina de las conciencias, al hundimiento del prestigio nacional, y á que recaiga la maldicion divina.

El clero frances consintió á Luis XIV lo que no puede tolerarse jamas. Pero oigamos á Lemontey: «Aunque el alma de Luis pasó por todos los períodos de una devocion poco ilustrada, la idolatría de sí mismo fué siempre su primera religion. El clero habia dado al Monarca más que la sumision. Si despues de la asamblea célebre

de 1682 la moderacion del Rey no hubiera sido mayor que el celo de los doctores, la supremacia romana hubiera corrido grandes peligros.» Andres de Cournie, despues de hablar de las debilidades de los arzobispos de París y de Reims, añade: «Los demas que componian aquella asamblea (la de 1682) eran poco más ó ménos del mismo temple y tan sumisos á la voluntad del Rey, que si él hubiera querido sustituir el Corán al Evangelio, ellos lo hubieran aprobado al momento.» Y asegura el padre Ventura: «Todos los escritores están de acuerdo en que si Luis XIV hubiera sido un Enrique VIII, se hubiera establecido el cisma sin oposicion de aquellos que debian presentar mayor resistencia.» Si á todo esto añadimos que Luis XIV fué salvado del abismo, adonde se inclinaba atraido de su profundidad, por una mujer que fué dócil á los consejos de Fenelon, una mujer que trabajaba noche y dia para impedir que acabára de perderse, reconoceremos la mano visible de Dios, que de un sexo, instrumento dedicado (aquellos dias infaustos para la moral) á servir de piedra de toque del vicio, produjo un corazon superior en pureza á todas las fuerzas reunidas de la corrupcion.

Madame Maintenon impidió que hiciera Luis XIV en Francia lo que hizo Ana Bolena que practicase Enrique VIII en Inglaterra. Advertimos esto á aquellos hombres que tienen en poco la influencia del catolicismo, y consideran en nada el ascendiente de la mujer virtuosa. Hacemos la advertencia como de pasada, porque la prueba está evidente en los episodios de la vida de la Maintenon, que en parte va á ocuparnos, porque ser-

virá para formar idea más cabal del carácter dominante en la persona de Luis XIV.

Madame Maintenon desempeñó un papel importante cuando el edicto de Nántes (que dió Enrique IV á favor de los hugonotes) fué revocado por Luis XIV. Ella escribía á su hermano: «Maltratais á los hugonotes, de quienes debierais compadeceros porque son más desgraciados que culpables; están en el error en que hemos incurrido nosotros mismos y del que la violencia no nos hubiera podido arrancar. Es necesario atraer á las gentes por medio de la dulzura y de la caridad.» Y como Inocencio XI no aprobaba tampoco los rigores de Luis contra el hugonote, la Maintenon, viendo robustecida su opinion por la autoridad del Sumo Pontífice, valida del ascendiente que ejercia sobre el Rey, á quien podia recomendar y aconsejarle ya como esposa, redoblaba sus esfuerzos para que á los hugonotes se intentára convertirlos al catolicismo por la predicacion ántes que por la fuerza. Madame Maintenon alcanzó de su regio consorte que fuesen alejadas del Poitou, y de las demas provincias que habia secuaces de Calvino, las fuerzas que estaban allí acantonadas, para hacer por el derecho de la fuerza lo que no es dado conseguir eficazmente más que por la fuerza del derecho. Esto es, por la persuasion, por el argumento que, fundado en la verdad, más pronto ó más tarde acaba siempre por triunfar del sofisma y del error. Por la persuasion que, como sucedió con los hugonotes, brota de labios que son la expresion irresistible del espíritu, y da la victoria á Fenelon, Bourdaloue, Langeron, Fleury y un gran número de jesuitas que fue-

ron los adalides, con poder bastante por sí, para extinguir el error, dándose el caso, asegura Sismondi, de convertir ciudades enteras; y los misioneros vieron recompensados sus trabajos hasta los baluartes de la Rochela, que desarmaron con su palabra evangélica. Madame Maintenon, que ve en la desgracia á Fenelon, un predicador tan infatigable como él, un sacerdote que su celo admiraba, un prelado que era ilustrado entre los primeros; cuando le vió perseguido en la córte, interviene cerca del ánimo de su esposo, y pudo llegar á conseguir que su diócesis fuese el escudo que lo preservase de la guerra con que era asediado. Aquella mujer protege á Racine, y le sugiere el pensamiento de que escriba los *Cánticos* que tomó de la Escritura Sagrada, y que cuando fueron conocidos por Luis XIV le impresionaron hondamente. Aquella mujer extendió su mano bondadosa al autor del libro *La Política*, cuando en virtud de las libertades llamadas de la Iglesia galicana, un día el canciller de Francia, en nombre del Rey, hizo prohibir la impresion de las obras de Bossuet ántes de haber sido sometidas á la censura oficial.

Bossuet tuvo entónces que arrepentirse, como Colbert, de haber adulado tanto á un rey que Fenelon llama en una carta que le dirigió «un miserable, rodeado, adulado y gobernado por seres más miserables que él.» Fenelon, que mereció en Roma cuando fué condenado su libro *Máximas de los Santos*, que se dijera de él desde la Cátedra de San Pedro á sus acusadores: «*Erravit ille excessu amoris divini, peccastis vos defecta amoris proximi.*» Colbert y Bossuet, á pesar de su sabiduría, han te-

nido que sufrir de la historia, como sucederá siempre, el estigma de aduladores.

Es de notar la diferencia que separa á Bossuet de Fénelon; á Molière de Racine; á Colbert del Duque de Novailles; á la Montespan de la Maintenon. Los dos primeros personajes son prelados de talento y de ilustracion, mas las condiciones de carácter llevan al uno á lisonjear á Luis XIV y al otro á decirle la verdad. Los dos segundos, poetas eminentes: el uno busca la inspiracion en el instinto que representa Júpiter, y el otro en la voluntad espiritual que emana de Jesucristo. Las dos mujeres fueron amadas por el Monarca, y la primera interviene en las inclinaciones que pervierten á su regio amante, para inducirlo más al mal, miéntras que la segunda halla medio de irle sustrayendo del camino de perdicion que seguia. Colbert es el ministro universal que acude á todo y llena su puesto en la administracion pública, aunque sea con menoscabo de su dignidad; y Novailles por ésta deja su puesto en palacio, arrostra las iras de su señor y sufre las sátiras del poeta. Al frente de esas celebridades figuró Luis XIV, que tomó de todas, dejándose llevar de las circunstancias, y revelando que no merecia más que obedecer en vez de mandar, pues quien gobierna indignamente es acreedor más que de libertad, de sufrir las cadenas de la esclavitud.

Merece que lo sujeten con cadenas el hombre que desconoce los deberes y no quiere que haya derechos naturales, una justicia universal, una legislacion que guie á los tribunales, para amparar la propiedad en todas sus manifestaciones, al pobre ó al desvalido. Merece cade-

nas el rey que quiere ver á sus vasallos aprisionados con ellas, el honor doblegado á su voluntad, como la fuerza del huracan aprieta sobre la tierra las ramas que encuentra en su impetuosa corriente. Merece cadenas el católico que con intentos egoistas, prevalecido de la superioridad, valiente porque tiene quien lo defienda, tirano porque puede serlo con el débil, sediento de goces y con recursos para satisfacerlos, hace creer á un país, cuya honra está enlazada con la suya, que manda por estar investido de poderes para hacerlo, que no está obligado á tener más criterio que el de la conveniencia suya, ni más consideracion que la que pueda halagar su persona, ni más respeto que el que consienta buenamente su capricho. Merece cadenas el gran rey cuando persigue con tanta saña á Bossuet porque dice: «El mayor mal de mi persecucion es que esto no será más que un paso para poner á los demas obispos bajo el yugo... Es una extraña opresion la de atarles las manos en lo que concierne á la fe, que es lo esencial de su ministerio y el fundamento de la Iglesia. El Evangelio se hará lo que ellos quieran, y muy pronto no lo tendrán en cuenta para nada.»

Luis XIV tuvo la manía que ha habido siempre en casi todos los poderosos: ellos quisieran poder arreglar las cosas del cielo como ordenan las de la tierra; ellos desean poder abusar de las leyes divinas como conculcan las humanas; ellos proyectan borrar de la conciencia humana el código eterno, y darian, quizás, parte de su vida, por anular los Mandamientos de la ley de Dios y sustituirlos completamente con otro código que estuviese confeccionado á la última moda. Porque los poderosos de

este mundo no quisieran que hubiese otra cosa superior á ellos, y alentados por la ambicion, cuando algun proyectil de la Providencia viene á herirles en su carrera triunfal, sin costumbre de meditar algo sobre los arcanos que guarda la muerte, no queriendo pensar en ella, cuando el dolor producido por una herida del cielo los impresiona, pierden la calma, tienen ménos valor y quieren aparentar más, hasta que por fin, despues de batallar y hacer que sufra el prójimo, imploran clemencia de sus pecados; que los casos de impenitentes son raros entre los católicos, cuando empieza la agonía mortal y la caridad ofrece sus consuelos al moribundo.

Realmente, muerte no hay más que una; pero casi podria asegurarse que no suceden dos que se parezcan. Muere Abraham y concluyen sus dias con la misma tranquilidad que habian empezado. Muere Cárlos V y sufre al ver que no puede quitar de su alma, tan completamente como quisiera, las manchas con que fué afeada. Porque el justo no teme la muerte, su espíritu mira hácia ella sin terror, pues no tiene por qué temerla, no sufre ningun remordimiento que aflija la conciencia, no repasa en la memoria ninguna accion que altere su hermosa tranquilidad de espíritu. Pero la muerte, de quien su vida está sembrada de faltas, de quien sus pasiones han podido servir al vicio en medio del arrepentimiento que anima, hace sufrir el dolor de la expiacion que contrista.

Y sobre la familia real de Francia llegó un dia en que empezó á soplar el viento de la muerte, como dice Lamartine. Todo iba cayendo con anticipacion alrededor de Luis XIV, próximo á sucumbir. La Duquesa de Bor-

goña, delicia de la corte y amor de su marido, murió inesperadamente, arrastrando á su esposo al sepulcro. El golpe fué tan pronto como terrible, y Fenelon no tuvo tiempo para preparar su alma, sabiendo casi al mismo tiempo la enfermedad y muerte de su discípulo. El discípulo, que se habia hecho la perspectiva de la Francia y que esperaba su reinado como el de la virtud y felicidad pública.

Sin embargo, Luis no abandonaba su plan de gobierno, aún cuando viese á la muerte hacer el vacío y extender el espanto á su alrededor. Únicamente podia verse debilitado su carácter por el peso de los años y los estragos del placer. Mas inflexible en humillar para conservarse enaltecido, quiso que el Parlamento declarase, contra las leyes del país, que en faltando sus hijos legítimos debian sucederle los naturales legitimados; y la nacion, que lo habia aplaudido cuando se presentaba al ejército entre su mujer y dos mancebas, dice Cantú, encontró insultante en el rey devoto la pretension de dar la corona de San Luis á los frutos de un doble adulterio. Porque la nacion francesa juzgaba de la moral y entendia los fueros de la conciencia como hacía la Montespan, que creia compatibles los ayunos con los ultrajes inferidos á la santidad del matrimonio; como si fuera posible para cumplir satisfactoriamente quedarse á la mitad del camino en la senda de la virtud; y como si fuese hacedero que en la conciencia vivan en paz un recuerdo mortificante y otro bienhechor, sin que haya habido ántes una reconciliación por la que, el arrepentimiento asegure contra las huellas del mal, y quede pre-

valeciendo únicamente el bien. Y aquella nacion que permite á Luis XIV presentarse á sus ejércitos, cual no lo hicieran Pericles ante los de los atenienses, ni Octavio Augusto ante las legiones romanas, Francia, con ser tan amante de la gloria patria, lo permitió á un Borbon, y no porque fuese su esposa la Maintenon. Es verdad que el gran rey no se atrevia á presentar á la viuda del poeta Scarron al pueblo francés, ni como su amada, ni como su esposa, porque de haberlo hecho con el atrevimiento cínico (por más que revistiera la majestad del trono) que acostumbraba á imponer la voluntad real, hubiera sido aceptada de cualquiera de las dos maneras. Que no era, no podia ser, dados los precedentes de Luis y de Francia (al ménos de la parte cortesana y oficial), que hubiese escrúpulos de consentir en las postrimerías de su vida al Rey, cuanto era aprobado con aplauso en su juventud; porque la moral no habia mejorado, ántes al contrario, iba de mal en peor. Mas la mujer que cupo en suerte á Luis, cuando estaba ya más cerca del sepulcro que de las victorias de Turena, no queria aquella fastuosidad que gustaba tanto en Versailles y en el Louvre, aquellas costumbres que cantaba el Juvenal de la córte de Luis. Pero como la mision de Madame Maintenon no habia de ser igual á la que tuvo la Montespan, era bastante que poseyese la modestia y la caridad que aprendió á ejercer bajo la direccion del Arzobispo de Cambrai, para que desempeñase perfectamente el papel que corresponde á una mujer católica, y que hiciera ver la distancia que separaba á ella de Livia, cuando sostiene entre sus brazos, ya medio cadáver, el cuerpo de Octa-

vio Augusto ; de la Maintenon , que resguarda entre los suyos , estando ya moribundo , al gran rey , miéntras que al verle morir rien quienes lo habian adulado , y le vuelven las espaldas los que habian recibido más mercedes régias. Madame Maintenon sabía eso , estaba enterada de que en el mundo , y cuanto sea más oficial , mayores desengaños han de sufrirse , pues en la tierra , si es verdad que la justicia ha de esperarse únicamente de Dios , no lo es ménos que la misericordia debe buscarse en Él. A lo sumo , ademas , en alguna mujer virtuosa , que como la que está al lado de Luis XIV moribundo , hállase una simpatía que llega á identificar con el hombre amado , y si hace suyas las delicias de él , participa igualmente de sus desgracias , le consuela en el trance de la muerte , y llega á hacerle creer , que si pudiera moriria tambien en el instante mismo que exhalára el último suspiro.

Nos referimos ahora únicamente al corazon cariñoso de la mujer virtuosa.

Luis XIV estuvo cuerdo cuando puso sus miradas predilectas en la última esposa que tuvo ; pensó como Alejandro Magno , de quien dice Quinto Severo que no quiso casarse con una hija de Darío , rica y hermosa , prefiriendo á Barsina , que era pobre y nada bella , pero prudente y con virtud.

El padre Ventura ofrece á la consideracion piadosa el cuadro que presenta el hogar doméstico de la Casa Real de Francia cuando está para morir Luis XIV. «La Providencia , dice , que castiga á los hombres á quienes quiere salvar por donde más han pecado , acabó por humi-

llar la vanidad de Luis XIV y por someter su corazón á las más duras pruebas. Siendo conquistador, se vió arrancar sucesivamente casi todas sus conquistas; siendo padre, vió á la muerte arrebatarle despiadadamente casi todos sus hijos y sus nietos. El fin de su largo reinado fué como un tiempo marcado por la humillacion y el dolor, tanto como el principio de él lo habia sido por la gloria y los placeres. En medio de estos grandes infortunios, sólo encontró el consuelo en la adhesion sin límites de su esposa, y en los sentimientos de resignacion cristiana que ella le inspiraba. En su última enfermedad, abandonado de todos, sólo tuvo á su lado á Madame Maintenon, prodigándole los cuidados más afectuosos y más heroicos que reclamaba su alma abatida, lo mismo que su cuerpo, que habia caido en una disolucion. Y por las delicadas atenciones de esta mujer murió Luis XIV como verdadero cristiano, fortalecido por los auxilios de la religion, y como verdadero héroe, con un valor de espíritu despojado de toda ostentacion, separándose de las grandezas sin echarlas de ménos y mirando la muerte sin temor. Este valor llegó hasta el punto de confesar públicamente sus faltas, porque abrazando á su sucesor, de cinco años de edad, le dijo: *Hijo mio, yo te encargo que alivies á los pueblos y que no me imites en mi pasion por la gloria, por la guerra y por los palacios.*»

Y así como ante el lecho mortuorio habia dicho la Maintenon: «Dios sea bendito, mi mision ha terminado», así tambien, sobre la tumba de Luis exclamaba el orador inspirado del *Pequeño cuaresmal*, aquel que pudo

llegar á conseguir poner en pié por un movimiento de espanto al auditorio que escuchaba su palabra lanzada desde la cátedra del Espíritu Santo: *Dios sólo es grande*, Massillon, en fin, que vió morir á un rey tan obedecido y ensalzado, y que habia visto ántes de su muerte desfilarse uno en pos de otro los aduladores que por una esperanza sacrificaban la dignidad humana, por una joya la tranquilidad de conciencia, por un destino la reputacion de la familia, por una fiesta palaciega los deberes del hogar doméstico, por un título nobiliario el apellido ilustre, por una proteccion abyecta la inspiracion poética, por una palabra halagüeña del Rey todas las palabras dulces del amor puro. Massillon, á quien las seducciones de la córte eran repulsivas, al decir sobre la morada de los muertos «Dios sólo es grande», tenía por objeto recordar con su palabra á los vivos lo que no debieran olvidar jamas; lo decia á propósito de la memoria de Luis XIV, para que sirviera de ejemplo á quienes en su locura, cuando vieron que espiraba el Rey, abandonaron la cámara régia para presentarse en la del regente; y mientras empezaban las adulaciones al Duque de Orleans, la Maintenon, cumplidos los últimos deberes de esposa, se dirigió á Saint-Cyr para apartarse completamente de las miradas del mundo. ¡El mundo! Él ha dado á la historia, esculpidas en mármol para que sirvan de losa funeraria á la tumba de *Luis XIV*, estas palabras: «Cuando murió este rey en París se construyeron tiendas á propósito para beber y cantar, como pudiera hacerse en los dias de mayor regocijo nacional; el vulgo insultó los funerales del hombre á quien habia victorea-

do tantas veces. La Academia oyó de los labios de Massillon palabras de vituperio contra un rey á quien el parnaso francés llegó á glorificar. Roma negó las exequias reales al monarca cristianísimo. ¡Ay! ¡Qué lección para los reyes, si quisieran aprender del epitafio que guarda la historia sobre el reinado de Luis XIV!

*Mundus transit, et concupiscentia ejus.* Pues bien, estas palabras que son la verdad, esta verdad que es evidente, esta evidencia que debiéramos conservar constantemente en la memoria, este recuerdo que puede ser un principio salvador, esta manera de ser que el catolicismo hace suya para que no se borre por completo del corazón humano, tiene que estar guardada en el apartamiento del claustro, donde unos cuantos monjes la repiten sin interrupción para suplir las omisiones de la sociedad bulliciosa.

Luis XIV, como Carlos V, abjuró de sus creencias mundanas, mas éstas siguieron viviendo y prosperando, pues del siglo XVII al XIX el progreso ha sido inmenso.

---



---

## MIRABEAU Y LA REVOLUCION.

---

Ha dicho Bálmes que los sistemas filosóficos de la moderna Alemania son un conjunto de hipótesis sin fundamento alguno en la realidad, que pretenden explicar los misterios del hombre, del mundo y de Dios. Que esa maravilla filosófica es atribuida á Krause, en concepto de su discípulo Ahrens. Que en ella se entiende por ser el conjunto de todos los seres, con todos sus modos, bajo todas las formas : nada se excluye. En esta idea fundamental se deben distinguir dos: el sér subsistente y sus propiedades, porque si bien es verdad que la esencia no es distinta del sér, sin embargo, conviene distinguir con el entendimiento estas nociones. Que se sostiene un sofisma que conduce al panteísmo cuando se dice : «Entendemos por sér el conjunto de todos los seres ; es así que el sér es uno ó tiene por atributo la unidad, luego todo el conjunto de los seres es un solo sér.» Mas añade Bálmes : «El sofisma se deshace diciendo que la unidad es el atributo de cada sér particular, pero no del sér significando conjunto de todos los seres.» Por lo tanto, el sofisma se reduce á una grosera petición de principio : «el sér es todo ; el sér es uno ; luego todo es

uno.» Pero como esto es lo que se busca, al empezar afirmando que la unidad es el atributo de la totalidad, se empieza por suponer lo mismo que está en cuestion, porque la categoría no pertenece al sér tal como Krause lo toma. Ha dicho otro español eminente: «Que la Historia universal tiende desde la edad antigua á la media y la moderna, á restablecer al hombre en la entera posesion de su naturaleza y en el libre y justo ejercicio de sus fuerzas y relaciones, para el cumplimiento del destino providencial de la humanidad.» Tambien un español de fama ha dicho, «que la discordia interior, funesta más que otra alguna causa á Alemania en lo pasado, está ahora obrando, cual eficaz auxiliar suyo, en los países latinos, informados por el anárquico espíritu de la revolucion francesa.» Y acaba de decir el más encumbrado magistrado de los tribunales españoles, «que la exageracion del individualismo, funesta bajo muchos aspectos, es el rasgo característico de nuestra edad; de las generaciones actuales enervadas por el poder y por el sibaritismo, sin virilidad y sin energía.»

Pretende la filosofia moderna alemana regenerar al mundo. Un sabio dice que la historia universal tiende á restablecer al hombre en la entera posesion de su naturaleza. Un político cree que la discordia interior de los países latinos dimana del espíritu anárquico de la revolucion francesa, y un jurisconsulto declara que las generaciones actuales están sin virilidad y sin energía. Si la filosofia alemana está en posesion de la verdad y la historia universal opera en el sentido que se determina, no ha de poder tanto como se opina la influencia de la re-

volucion francesa, ni puede explicarse por las vías de la civilizacion contemporánea, que exista, á pesar de sus corrientes regeneradoras, la sociedad actual sin virilidad y sin energía. Mas si esto es verdad, no lo es ménos que las enfermedades morales contemporáneas dimanen directamente de la revolucion francesa, y por consiguiente no puede ser verdad, en el sentido que se pretende, que la historia universal en su tendencia y la filosofía alemana en sus predicaciones guien á la regeneracion esta sociedad, sobre la que ejerce tanto poder una revolucion memorable: sociedad que está degenerada y siendo víctima de la anarquía.

La filosofía alemana no puede hacer más en favor del catolicismo de lo que tiene hecho la religion católica, que propagadora de las palabras de Jesucristo, repite sin cesar á las generaciones « *Amarás al prójimo como á tí mismo, y á Dios sobre todas las cosas.* » Cualquier innovacion que pretenda alterar esta máxima del Redentor del mundo; cualquier innovacion que tenga por objeto desvirtuar la doctrina que el Apóstol de las gentes dejó impresa en sus epístolas inmortales; cualquier sistema que con nomenclatura nueva y desconociendo la historia, pretenda desvirtuar el principio tradicional, y que sirva lo nuevo con perjuicio de lo antiguo, hasta llevar al caso de que quede únicamente lo moderno; esa tendencia es una pretension desatentada y tendrá siempre fatales consecuencias. Y si la historia universal tiende á restablecer al hombre en la entera posesion de su naturaleza, para lograr ese fin tiene que guiarse por el precedente de los sucesos anteriores, y en manera alguna deberá

romper con ellos. Mas rompe con la tradicion quien desconoce lo que ella representa y el valor que tiene, como se ligan los sucesos y engranan las relaciones. Desconoce la historia universal y el estudio á que está llamada, quien no ve que á la par que se desarrollaron la historia de Grecia y de Roma, que tuvo su desenvolvimiento la historia del pueblo hebreo, con ella la de la casa de David, llegando á un período histórico en el cual un *Hombre* y sus adictos poseyeron la verdad, enfrente de otro hombre y sus esclavos que poseian el error. Este fué vencido por aquélla, como se ve tan bellamente en algunas pinturas del inimitable Murillo. Desde entónces una vírgen es la imágen que adoran muchos corazones; y la serpiente alegórica que tiene bajo sus plantas virginales la Madre Purísima es el objeto predilecto de otros corazones; los que guiados por el vicio abandonan la virtud, y cuanto más dejan de practicar ésta, más incremento adquiere la influencia de aquél, que produce calamidades como la revolucion francesa, de la cual se dice que es la autora de las revoluciones contemporáneas, y á quien se atribuye el abatimiento moral que aflige á la sociedad presente.

Y las alteraciones han sido tan profundas, á partir desde fines del siglo pasado, los novadores han podido extremar tanto la revolucion, que los reyes han pasado á desempeñar un papel secundario. Así que Cárlos V y Luis XIV, aquellas dos figuras reales que hacian temblar á la sociedad y estremecian á los pueblos, el uno con su voluntad de hierro, el otro con su fuerza despótica; aquellos dos poderes personales que redujeron á la

nulidad cuantos derechos y deberes hacía venerandos la tradicion, como que dieron fin á ésta y ocuparon su puesto, cuando lo dejaron á su vez vacante, porque fueron arrancados de él por la muerte, quien les ayudó en la obra de destruccion aprendió á dirigirla, y al faltar el director no dejó de haber quien le sustituyera sin los compromisos regios, sin los respetos del trono; y fué introducida la revolucion moderna por un Mirabeau, que siendo el rey de la opinion, quiso decir á sus conciudadanos: « *Choisissez parmi les plus riches, afin de sacrifier moins de citoyens.* » Mas al mismo tiempo no tenía inconveniente de pronunciar estas palabras en la Asamblea. « La nacion no ha llegado todavia á su madurez; la mucha impericia que raya hasta el exceso; el desórden espantoso del Gobierno, han dado pábulo á la revolucion. » Y para enmendar culpas pasadas aconsejaba el despojo á los ricos de sus bienes, como si ese sistema no fuese un robo, como si semejante procedimiento no tenga que dar siempre fatales consecuencias, porque el pobre que ve al poderoso ultrajado, se conduce con él como cuando lo ve envilecido; lo desprecia, á todo se atreve y llega á hacer que le sirva aquel que era servido ántes; y nuevo señor el pobre, es mil veces más tirano con el rico, una vez que ha subordinado éste á la servidumbre.

Mirabeau va á ayudarnos á demostrar la decadencia de los pueblos, que sus jefes llevan en sentido opuesto á las tendencias que tiene el catolicismo. Porque Mirabeau se dedicaba al estudio, tenía tiempo para ocuparse en los placeres, y marcábanse en él ciertas malas dispo-

siciones , que pudieran considerarse como el fruto de la educacion fatal que habia recibido , y que le precipitaba á un estado de gran irritacion y descontento. Porque Mirabeau no pudo conocer el centro absoluto, el núcleo principal de toda esta trabazon de vidas ligadas y dependientes unas de otras , del que será el ascendiente venerable , á quien den respectivamente todos el dulce nombre de padre, miéntras Dios lo conserve para el amor de los suyos ; sobre él deberán gravitar los corazones ; á él deberán converger los respetos ; á él se deberá rendir la obediencia , á lo ménos en determinada medida. Y lo que seamos para nuestros padres , nuestros hijos lo serán á su vez para nosotros , y si no queremos que se rebaje su mision , es preciso ante todo darles ejemplo.

El piadoso Matignon desaprueba terminantemente la conducta que observa con Mirabeau , aquel padre desnaturalizado que fué la causa de que ocurriesen en el seno del hogar doméstico muchas escenas impúdicas , muchos actos indignos de la pureza del matrimonio , muchos escándalos que dejan huellas profundas en la familia , muchas contiendas que desligan los vínculos que identifican á los cónyuges. Con todos estos precedentes no era posible que el padre fuese el centro comun , al que esté unido todo el grupo , respecto del que viene á ocupar el primero y principal sitio , desde donde le corresponde disponer en el interior , comunicar el movimiento é imprimir la direccion á las personas de que debe responder inmediatamente. Aquí se ve una armonia , una tendencia que tiene por objeto hacer la autoridad placentera y la obediencia agradable. Se ve un espíritu , un ré-

gimen que no tuvo el padre de Mirabeau, que perdió al hijo y que hizo perdiese á su vez al país, contribuyendo á dias de locura, de sucesos sangrientos, de episodios horribles.

Porque en la casa paterna de Mirabeau no hubo, no vió el matrimonio con la pureza de su institucion primitiva, como dice Veuillot, sobre el tipo por Dios propuesto; no vió aquel restablecimiento por el cual libró el Redentor á la mujer de su larga ignominia, dando á los cónyuges la gloria de la continencia conyugal, á los hijos la seguridad del hogar doméstico, y á todo el género humano un origen más puro, el honor y la paz de una vida más buena. En la casa paterna de Mirabeau no hubo el bien que es el orden, como dice Matignon, la medida, la armonía, segun un adagio viejo, que consiste en un término medio, *in medio virtus*, del que no puede separarse sin que sobrevenga la corrupcion. Antes al contrario. Y Mirabeau que veia arruinada su casa por los extravíos economistas del autor de sus dias, que veia ocupando el puesto que correspondia á su madre á otra mujer, decidió casarse y contrajo matrimonio con Emilia de Marignano; pero como el mal se hereda y el vicio se trasmite de padres á hijos, la casa de Mirabeau fué en breve víctima del desorden y de un hijo que llevó á la miseria al nuevo matrimonio. Su padre le asedia y hace que sea desterrado primero, y luego reducido á prision. Al mismo tiempo Emilia pide y obtiene separarse de su marido; y Mirabeau queda no tan sólo abandonado, sino perseguido ademas de su padre; no tan sólo encarcelado, sino reducido al mayor aislamiento, sin

cartas que mantengan su comunicacion con el mundo, sin visitas que dulcifiquen con el trato social su carácter vehemente, más impetuoso por lo mismo que está contrariado, más irascible por lo tanto que le sublevaban los seres que era natural fuesen los primeros á calmarlo. Iba, pues, Mirabeau por una pendiente opuesta á los intereses morales y á las afecciones, por un camino en cuyo término hallaria la inmortalidad; pero la de tantos seres desgraciados y de triste memoria, no la inmortalidad que puede asegurarse por las vías religiosas. Así que Mirabeau, como todo genio que aumenta en recursos, á medida que el semejante quiere reducirlo á menor número, cuando parecia ménos temible encerrado en el castillo de If, por la mediacion de su carcelera y del comandante del fuerte, obtuvo que fuese trasladado al castillo de Joux; como en el de If, supo captarse la simpatía del gobernador, quien lo presentó en la casa del Marqués de Monnier: pronto Mirabeau fascina á su esposa que tenía diez y ocho años, y lo prefiere á su marido, que contaba setenta. Sofia de Ruffey, prendada de Honorato Mirabeau y descubiertos sus amores, fué expulsada del tálamo nupcial, y el seductor encerrado por influencia de su padre en la ciudadela de Dullens. Mas Honorato y Sofia hallaron medio para escapar respectivamente, se vuelven á reunir en Suiza, y se refugian en Holanda. Y Mirabeau, que habia vivido en la mayor opulencia, se vió reducido á trabajar desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, contentándose con un luis diario. Todo por la inmoralidad, porque Mirabeau no sospechaba los dolores y privaciones

que se ocultan detras del lujo aparente y de la engañosa opulencia. Puede ser, dice Matignon, que sólo exista un orgullo vano ó una necesidad de representacion que se propone subir á mayor altura de la que puede alcanzar razonablemente; mas puede ser tambien que las dificultades procedan de otra parte.

Mirabeau escribió el *Ensayo sobre el despotismo*, la *Erótica Bíblica* y *Mi conversion*, producciones donde predomina su carácter, donde sobresalen sus pasiones, donde puede el lector insensato acabar de corromperse. Mirabeau preparaba desde la prision de Vincennes los dias infaustos que habian de llevar á su colmo la maldad y que tenian de demostrar con hechos recientes, de cuánto es capaz el corazon humano cuando se inclina al mal, prefiere el error y da rienda suelta á sus pasiones. Pero la Parca dispuso que Mirabeau, de ser el quinto hijo de Victor pasára á corresponderle la primogenitura, con lo cual cesó la persecucion que sufría; y cuando salió de la cárcel, lo primero que hizo fué escribir á su hermano en estos términos: «Ya estoy libre, pero ¿de qué me sirve la libertad? Rechazado por mi padre, olvidado de mi madre, perseguido por los acreedores, privado de los medios de subsistencia, amenazado por mi esposa, desprovisto de todo, de rentas, de carrera, de crédito. ¡Oh! ¡pluguiese á Dios que mis enemigos no fuesen tan cobardes como son maliciosos!»

Observadlo bien.

Mirabeau no toma ejemplo del Redentor del mundo. Mirabeau desconoce ó no lleva á la práctica aquellas palabras que dirige San Pablo á los Corintios: «*Funda-*

*mentum aliud nemo potest ponere praeter id quod positum est, quod est Christum Jesus.*» Pues si conociera este pensamiento sublime, si atuviese á él sus acciones, si pusiera en él sus esperanzas, ¿cómo es posible que fuese siempre como la fiera, un sér que está dispuesto á embestir cuando es acometido, un elemento de discordia donde él pusiese su planta, la causa de escándalo en la familia donde penetraba su voluntad, intervenia su inteligencia y hacia sentir los latidos de su corazón? ¡Y Mirabeau fué la palabra más elocuente, la iniciativa más autorizada, el representante del pueblo más creído, el tribuno más lisonjeado por la córte y el adalid más querido de la revolucion! Tanto más terrible, tanto más formidable, cuanto que el Catilina moderno no tuvo, como el antiguo, un Ciceron que lo aplastase en la tribuna con el exordio romano. «*¡Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*» Luis XIV lo avasalló todo, y por altos é inescrutables designios de la Providencia quedó únicamente en pié la revolucion, cuando no habia un rey que se hiciera obedecer, ni una clase virtuosa que infundiera respeto.

Hubo un tiempo que el primer orador de Aténas defendió á la mujer que era acusada, sin guardar consideracion alguna la patria á su talento y á sus conocimientos, pero vinieron otros en los cuales la mujer era escarnecida ante los tribunales de justicia por su mismo esposo, quien para salvarse de ser condenado no repara atribuir faltas que no tenía, á la compañera con quien estaba unido por los vínculos del matrimonio. Esto hizo Mirabeau para cubrir de ignominia á la familia Marig-

nano, que tuvo de sufrir una y otra afrenta del hombre pervertido, que no titubeó jamas para llenar de ultrajes á su esposa.

Pero Mirabeau habia dicho : «Si quereis hacer fortuna en el mundo, matad vuestra conciencia.» Con este principio rompe los vínculos conyugales, engaña al pueblo y vive entregado al lujo. Al mismo tiempo seguia teniendo amores escandalosos donde era su residencia habitual, y en París alternaba su ocupacion para subsistir con sus relaciones con la señorita de Nehra, á quien pedia dinero para satisfacer sus necesidades imperiosas.

Mirabeau tuvo los vicios y pasiones dominantes de la época, que son en general la lepra política que mancha á los hombres públicos. El recurso de la elocuencia favorecia sus miras ; las circunstancias sociales eran propicias á sus tendencias. Como orador expone Mirabeau al pueblo los males que afligen al país, le hace creer que dimanar de las clases elevadas, que las masas populares podrán acabar con la plaga, pero que es preciso para conseguirlo asesinar, incendiar, demoler, ser inhumanos y sacrílegos ; porque Mirabeau decia algo más de lo que quisiera que supiese el pueblo y de lo que pensára aconsejarle. Mirabeau ama el lujo, tiene por él una pasion frenética, no comprende la vida más que con el fausto de Creso, y como le faltan sus riquezas, suple hasta donde es posible, salta por encima de las leyes del decoro y llega donde no debe penetrar jamas un hombre honrado, que es á vivir desordenadamente del patrimonio de la mujer, y consumirlo en despilfarros y

vanidades. Como unas consecuencias traen otras, como la causa determinante ha de tener sus efectos determinados, como la sustancia está sujeta á los accidentes de la mano que dirige sus modificaciones, Mirabeau, que no se presenta con pudor ante el pueblo, ni vive modestamente con arreglo á sus medios de fortuna, no pudo contenerse tampoco para la vida de familia. Es más : del seno de ésta derivan todos los caractéres del personaje, todas sus acciones han empezado á formarse allí, y pudiera decirse que Mirabeau debió bastante á su familia todas las inclinaciones desordenadas que presentó en la sociedad, y que influyeron tanto sobre ella, cuando costumbres perversas hacian que la mujer fuese buscada con afán, para ser despreciada muy pronto, con las mayores humillaciones. «Porque se vivia entónces entre cortesanas, dice Cantú, como Ninon y Dubarry; entre príncipes como un Orleans, un Rohan y un Luis XV y demas héroes de las saturnales de Versailles; cuando el amor era vendido, alquilado, ostentado, y las damas usurpaban una infame ganancia á las cortesanas, que nada tenian ya que enseñarles; cuando en los gabinetes dorados circulaban libros que no se pueden nombrar siquiera; cuando Voltaire divertia á una meretriz colocada en el trono, arrastrando por el suelo á una vírgen patriota; cuando hasta el reformador Rousseau preparaba pasto á los torpes gustos de la envilecida aristocracia.»

Como se ve, habia caído en desuso la doctrina *Beati mittes, quoniam ipsi possidebunt terram*; y los pensamientos que revelan las palabras del padre Matignon : «Si es cierto que la dulzura puede conquistar el mundo, ¿no

podrá asegurar el imperio de los corazones en la familia?» Estas palabras no podían tener eco en una sociedad que vivía entregada al goce, y que apetece la vida para disfrutar de los placeres con que brinda. Como no causan impresión actualmente, que la sociedad medita poco, reflexiona ménos, y repara muy poco en los estragos que causa una existencia cual fué la de Mirabeau; que profana el santuario de la familia, pervierte la política, escandaliza con el lujo, vive desordenadamente á costa del prójimo, habla de derechos públicos á un pueblo que sabe no puede conocerlos tanto como quiere que los entienda, y cuando había más necesidad de moralizar, aconseja como acabamos de ver. Pero cuadra aquí muy bien tener presente el dicho de San Gregorio: «*Per faciem enim unusquisque cognoscitur.*» Y Mirabeau, que era horriblemente feo, llevaba escrito en el semblante lo que había de ser su corazón, como revelaba su carácter los proyectos de que sería capaz. Así que no podía verse en él la belleza artística que ostentaba Pericles, ni la magnificencia que rodeaba á Octavio Augusto, ni el aparato bélico de Carlos V, ni la fastuosidad exquisita de Luis XIV. Mirabeau era solamente un demócrata, como tantos muchos; quería tener dinero para gastarlo; quería á la mujer para disfrutar sus gracias; quería tener la vanidad de decir á la faz de Europa: «*El silencio de los pueblos es la lección de los reyes.*» Como si el pueblo pudiera tener por sí vida propia, esto es, consejo bastante para obrar con la cordura necesaria en las situaciones difíciles, como si no fuera sabido que el pueblo desempeña igual papel en la vida política al que tiene

en la industria el jornalero que obedece en el sentido que guía el director. Éste manda y aquél obedece, cada cual tiene un puesto. ¡Ojalá que sepan ambos desempeñar el suyo! ¡Ay de la sociedad el día en que el pueblo, por iniciativa ajena ó propia, quiera salir de su ignorancia y tome el camino del error acumulando juicio sobre juicio, contrarios todos á la razon! Porque es cierto que el pueblo aplica libremente una direccion á su inteligencia; mas ésta, que por su estado negativo era inofensiva, áun cuando estaba privada de la verdad, colocada en el estado positivo funciona con cierto número de juicios contrarios á lo verdadero. Antes de conocer el error no habia cuidado de ver amenazada la verdad absoluta; estaba conocida ésta, y era ignorado aquél. Pero una vez que el primero entró en funciones, la segunda no pudo vivir en paz. En esto estriba la responsabilidad inmensa que recae contra Mirabeau, y quienes han obrado y obran hoy dia, como hizo el orador de la revolucion francesa. Ciertamente que tuvo un padre que le odiaba, ¡parece mentira! una madre que le enseñaba á aborrecer á su padre, un maestro que lo desprecia porque es pequeño y deforme, un criado que lo espia, un superior inexorable, una esposa que lo rechaza, un parlamento que le condena á muerte y un rey que aprueba la persecucion implacable que sufre. Pero no le autorizaba todo esto para lanzarse airado y herir mortalmente una sociedad, de la que si no recibia justicia estaba obligado á enseñar que la hiciera, porque no es la manera mejor de corregir dar un método peor del que se practica; que de ser así no habria escándalo que dejase de estar autori-

zado, ni crimen que no mereciera aprobacion, ni deber que no pudiera suprimirse, ni derecho que no estuviese conculcado. Si Mirabeau era perseguido por su familia y por la sociedad, no dejaba de haber motivos para que sufriese la persecucion, ademas, con esto y sin ello, el hombre que como él debió aprender tanto en la desgracia, que tuvo tiempo en su reclusion para sacar provecho de los estudios que hacía; si ha de responder al título que toma, si tiene que demostrar verdaderamente que es hombre de genio, si quiere salvar á su patria del enemigo que amenaza su independencia y su prosperidad, que pone en peligro de muerte la moral y la creencia religiosa, no es buen camino el que toma de irritar una clase contra otra. Mirabeau era para sí mismo buen ejemplo del efecto contrario que produce el trato apasionado, duro, vengativo, injusto, que reciben el individuo ó la colectividad, porque si las disposiciones á sufrir esos tratamientos fuertes no son favorables, sube de punto la cólera; si por el contrario hubiese buena disposicion para la enmienda, con la dureza se pierde. Y como quiera que sea, Mirabeau hizo muy mal con transmitir, por medio de una elocuencia fascinadora, sus defectos personales á la sociedad, en los dias que era necesaria más cordura, en los dias que empezaba la libertad á ser la esperanza más halagüeña del pueblo frances, en los dias que correspondia quitar de las cabezas acaloradas la pasion por las bebidas, toda idea de sangre, para conseguir neutralizar los efectos de la Revolucion, ya que Mirabeau sabía que «la nave del estado habia entrado en un peligroso estrecho.»

Pero no era posible que esta consideracion detuviese á Mirabeau, dada su manera de ser, que podrémos apreciar debidamente por la pintura que ha hecho de su vida Camilo Desmoulins: «Hace ocho dias que estoy en Versailles con Mirabeau, dice, somos grandes amigos, ó por lo ménos él me da este dictado: á cada instante me toma las manos y me las estrecha entre las suyas; luego va á la Asamblea, recobra su dignidad al entrar allí y dice cosas admirables. Concluida la sesion, vuelve á casa, donde come en compañía de sus amigos y á veces de la querida, y bebemos exquisito vino. Conozco que su mesa, demasiado delicada y abundante, me corrompe: sus vinos de Burdeos y su marrasquino tienen un mérito al que trato en vano de resistir, costándome en seguida mucho recobrar mi austeridad republicana y detestar á los aristócratas, cuya culpa consiste en dar excelentes banquetes.»

La vida de Mirabeau cuando pertenecia á la Representacion Nacional, como ántes de entrar en ella, era disoluta, era lo que llamamos escandalosa, era motivo de perversidad con cuanto le rodeaba. Y como ejercia una influencia decisiva donde ponía su mirada ó donde intentaba dominar por medio del ascendiente de su palabra, no habia más remedio sino que dejarse llevar del tribuno corrompido. Y cuando la Corona propuso reformas gubernativas que podian haberse llamado las iniciadoras de una revolucion pacífica, perplejos los ánimos entre el aplauso ó la desaprobacion, toma la palabra Mirabeau y dice: «Sin duda pudieran resultar ventajas de cuanto se nos ha ofrecido, si no fuesen siempre peligro-

«sos los dones de los déspotas. Cumplid tan sólo el juramento prestado de no separaros hasta concluir la Constitución.» A primera vista parece que se necesita valor para pronunciar palabras semejantes en una sesión régia; pero si consideramos la posición embarazosa del Rey, su carácter modesto, la actitud del pueblo y la servidumbre de la Asamblea, veremos claramente que Mirabeau al hablar con tanta altanería lo hacía seguro del éxito, porque tenía dominada la situación; veremos perfectamente que no arriesgaba nada y que podía prometerse mucho; veremos, además, que siendo Mirabeau el hombre más audaz de la revolución, el enemigo más temido y el orador más victoreado, era un pálido reflejo de Leónidas, de Catón ó de Padilla; porque el primero defendió con heroísmo la gloria nacional, el segundo pidió el exterminio de una rival poderosa que amenazaba su patria, y el tercero tuvo valor para disputar al primer poder temporal de Europa las libertades de una parte pequeña del número importantísimo de vasallos que tenía el Emperador. Pero Mirabeau se atreve contra un Rey que sabe no puede decirle «el Estado soy yo», que no le es dado ya ser dueño más que del terreno que pisa. Mirabeau, que escribía pensamientos como éstos: «Imposible es arrancar del corazón de los hombres el poder de las memorias. La verdadera nobleza en este sentido es una propiedad tan indestructible como sagrada; variarán las formas, pero quedará el fondo. Que cada hombre sea igual ante la ley; que desaparezca todo monopolio, especialmente los morales; lo demás se reduce á un cambio de vanidad.» Mirabeau quiere que desaparezcan

los monopolios morales, con lo cual quiso decir mucho á favor del mal y no pudo decir nada favorable al bien. Que desaparezcan los monopolios morales pide el reformador; él, que no habia sabido ejercer más que el monopolio de la inmoralidad; él, que va de escándalo en escándalo y lo lleva de la vida privada á la vida pública, del mundo oficial y aristocrático á las capas sociales ignorantes y pobres, de las regiones políticas y científicas á la morada del industrial y del labrador, del dominio diplomático y filosófico á los tratos mercantiles y organizaciones municipales. Porque la revolucion ha sacado la maldad del recinto donde procuraba tenerla circunscrita la Iglesia, y la ha extendido entre la multitud.

Y Mirabeau, que fué un perverso, enseñó á que lo fuesen los demas. Por eso decia : « No me amais, y añadiré, no me estimais. Pudiera dar explicaciones de mis desórdenes, pero no quiero andar con excusas. Sin embargo, mirad en torno vuestro y os convenceréis de que yo, yo solo, puedo destruir la anarquía, que os devorará, y á vuestros amigos, y al trono y á la Francia. Es preciso oirme, seguirme, ó perecer todos. » Mirabeau queria que le siguiesen los revolucionarios. No consideraba bastante motivo los antecedentes de su vida, su conducta de actualidad, para que fuese mirado con desconfianza, y que, á fuerza de audacia, de elocuencia y de travesura, era únicamente como podia imponerse. En cuanto á que confiasen á él los destinos de la Francia, pudo habersele dicho que ni la nacion podia haber llegado á ménos, ni él á más. ¿Pero quién se atrevia entonces á decir la verdad, cuando la mentira revolucio-

naria habia puesto en conmocion todo, y apariencias fundadas hacian temer que la Asamblea Constituyente fuese tragada por la Convencion, siguiendo la suerte que reservaban los jacobinos á los girondinos, el tercer estado al aristócratico, la república á la monarquía, la filosofía á la religion y el terror á la piedad?

Pasaron por el mundo los juegos Olímpicos, las luchas de los gladiadores, los espectáculos de la inquisicion, las fiestas voluptuosas de Versalles, y Mirabeau contribuyó poderosamente á eclipsar tanta locura con la más desenfrenada que sobrevino, cuando la nacion francesa, sin religion, sin rey, sin nada de cuanto hace grande un pueblo y mesuradas las costumbres, se lanzó, como no hay ejemplo en la historia, á cometer los crímenes más espantosos. De ese modo inauguró el reinado de la libertad. ¡Cómo no ha de ser temida por muchas gentes! ¿Cómo no ha de ser mirada con espanto una libertad que ultraja la de todos, que se mofa de la que registra la historia, que trasforma los vicios en su manifestacion y hace que sirvan á la plebe los que tenía ántes la cortesana, que coge las pasiones de los palacios y las pone más torpemente que en ellos á disposicion del andrajoso? Claro se ve que la revolucion ha generalizado la inmoralidad entre los pueblos, y si no *ubi est Abraham?* Por eso ha dicho el abate Gaume: «Querer resucitar hoy la libertad política de las naciones antiguas y aplicarla á las naciones cristianas es un anacronismo; vale tanto como retroceder diez y ocho siglos.» Con más, que las gentes de la revolucion moderna, sin la pureza de alma que forma únicamente el catolicismo,

sin el amor patrio que avivan las pasiones fuertes, sin el poder que da una complexion robusta, sin la severidad que sostienen unas costumbres morigeradas, como se halláran sin el catolicismo, no podrian ocupar dignamente el Capitolio y se arrojarian desesperadas por la roca Tarpeya. Porque la humanidad, si retrocediese á los tiempos anteriores al de la Era Cristiana, cuando el paganismo teológico ó filosófico convertia la fatalidad en principio produciendo únicamente la esclavitud ó una falsa libertad, cometeria más horrores que los Tiberios y los Calíguas. Sin la ferocidad del salvaje y con la molicie de Agripina, serian necesarios otro diluvio y otra arca santa; ésta, para que guardase el bien del género humano, el dogma que establece en el centro del universo y en todas sus partes, la libertad; aquél, para que desapareciera cuanto ha organizado en contra de la moral la revolucion.

La revolucion, que es atacada admirablemente por el piadoso Gaume en esta forma: «Sí, Dios es el sér universal, es un espíritu puro é infinito, una inteligencia sin límites que lo ve y lo sabe todo y que es soberanamente independiente: por lo mismo es la suprema libertad, por cuanto no existiendo persona alguna sobre él y no procediendo de ningun otro poder, ni teniendo límites en nada, posee en sí y en su voluntad la razon única de sus actos, la fuente de su poder y de su vida. A este primer dogma que establece de una manera tan clara la naturaleza espiritual de Dios, añade la Iglesia otro, que explica esta naturaleza en su esencia más íntima, y nos hace penetrar en el fuero interno de la vida

divina. Tal sucede con el misterio de la Santísima Trinidad.» A todo esto combate la revolucion contra todos los dogmas de la Iglesia; desencadena la libertad moderna las furias de la tierra. Y una de dos, ó las libertades que otorga la Iglesia son las verdaderas, ó no lo son. En el primer caso, ella es la depositaria de la verdad; en el segundo, existe donde está la obra de Mirabeau y sus correligionarios. Mas acabemos de ver lo que fué Mirabeau.

Éste, cuando se discutia la primera Constitucion, y tratándose de la prerogativa régia para declarar la guerra y hacer la paz, habiendo sostenido Barnave que esa facultad debia quitarse á la Corona y apoyádole Maury, secundados ambos por la tendencia de los jacobinos, tuvieron por campeon del bando contrario á Mirabeau, sin que le arredrase el enojo que iba á causar al pueblo verle oponiéndose á la corriente de los tiempos y á la opinion de los hombres populares. Mirabeau, que cuando un mensaje de la Asamblea nacional al Rey empezaba con estas palabras: «La Asamblea pone á los piés de V. M. un ofrecimiento», hizo borrarlas diciendo: «La majestad no tiene piés.» En otra ocasion quiso decir la Asamblea que estaba embriagada de la gloria de su Rey, y Mirabeau exclama: «¡Gentes que hacen leyes y se confiesan embriagadas!»

Mirabeau, impulsado por el orgullo y el egoismo, no obstante que representaba en la Asamblea á los plebeyos, no quiso desprenderse jamas del título de Conde, y cuantas ocasiones pudo, otras tantas recordó su estirpe. La fuerza de las cosas hacía que fuese solicitado, pero

sucedía así más porque era temido que porque fuera amado. Mirabeau ambicionaba como todos los hombres políticos ocupar el poder, y con esas miras trataba de apoyar con su elocuencia cuanto sirviera de medio para alcanzar el objeto codiciado. Si creía que el aura popular pudiera serle útil, hablaba á favor suyo; por el contrario, como calculase que podría recibirlo de la Corona, se inclinaba á su partido, y por eso unos días era aplaudido por los mismos que en otros le silbaban. Únicamente fué invencible como hombre de sentido práctico, de elocuencia arrebatadora, en circunstancias que las tormentas eran diarias y este espectáculo el preferido. Si Lafayette quiere salvar á la Reina cuando estaba seriamente amenazada, Mirabeau sale al encuentro y le dice: «Bueno, que viva. Una reina humillada puede ser buena para cualquier cosa; degollada sólo sirve para argumento de una tragedia.» Es natural siempre que repugne al corazón humano ofender al prójimo, tratándose de quien hace alarde de una estirpe ilustre; es natural, además, cuidar de encubrir las inclinaciones indignas, como prueba de quedar algo que llame la atención, como circunstancia atenuante al ser condenada una debilidad humana. Parece como que la vergüenza sienta bien aún en los actos más abominables, porque se evita ó disminuye el escándalo y queda alguna esperanza de que, pasado el primer impulso, despues vendrá el arrepentimiento. Pero si como manifestó cínicamente Mirabeau, ante una persona respetable cual era Lafayette, y tratándose de una criatura desgraciada, que era conducida más que marchaba en busca del suplicio, revela

aquel hombre, con las palabras que profirió contra María Antonieta, un gran fondo de maldad. Mirabeau, que llevaba su presuncion hasta decir: «Nada hay que más abunde que los espadachines, pero no vale la pena de arriesgar mi buena cabeza el gusto de romper alguna destornillada.» Y al mismo tiempo que manifestaba una vanidad tan desmedida, una ambicion tan grande, que hacía alarde de su nobleza y que se portaba tan mal con la Reina, trataba con la córte poniendo un precio á su proteccion, cuando dependia ésta del soborno de un tribuno, de la ganancia que reportase un orador con el ascendiente de su palabra, de la alevosía realizada con el puñal ó por otros medios. Que el ejemplo de los Médicis habia trascendido de unos en otros, y estaban generalizados ya el robo y el asesinato.

Mirabeau fué comprado por Luis XVI, quien le dió seiscientos mil francos y convino ademas entregarle cincuenta mil al mes. Quizá esta accion sea la peor que cometiera Luis; quizá ésta fuese su falta principal; quizá pecára más Luis XVI comprando á Mirabeau que éste vendiéndose; ya porque la responsabilidad de un Rey es mayor que la del vasallo, ya porque el hombre honrado desmerece mucho más cuando realiza un mal trato que el hombre sin honra; ya porque el mal ejemplo del caballero hiere mayormente en la opinion que la conducta del que tiene jugada su reputacion. María Antonieta tuvo que enterarse de los contratos que habia hecho su esposo con el hombre que habia ofendido su orgullo de reina, de señora y de mujer, que de todos modos tenía que considerarse injuriada la que trató tan despreciable-

mente un perdonavidas; porque no aparece de otra manera Mirabeau cuando replica á Lafayette: «una reina humillada puede ser buena para cualquier cosa.» Y un perdonavidas en tiempos revolucionarios, cuando tiene sojuzgada á la víctima, como pueden presentarse muchas ocasiones para abusar de su preponderancia, la ejerce sin tasa ni medida.

Para nosotros es más digna de lástima María Antoineta puesta á merced de la voluntad de Mirabeau, que cuando ocupa un puesto en la guillotina. Porque será siempre más digno, será siempre más enaltecido, habrá siempre una grandeza admirable en el cuadro que ofrezca la mujer mártir puesta en el patíbulo, sér débil víctima del más fuerte, criatura delicada que sujeta entre sus manos el verdugo; que otro cuadro donde figure la mujer en su gabinete vestida con elegancia, rodeada de lujo, aromatizada con los perfumes de Oriente, la sonrisa en los labios y la duda en el corazón. Sobre todo una mujer que tiene conferencias misteriosas con un hombre, áun cuando intervengan en ellas las relaciones más honestas y tengan testigos de vista, no ha de verse libre en absoluto de alguna sospecha y de cierta maledicencia; miéntras que la mujer que aparece en el patíbulo á la vista de todos no cabe sospechar de nada. Cabe pensar que Carlos V dejó muy humillada y más ofendida á Francia; que ésta, por medio de Luis XIV, trató de vengar (no de lavar, que es cosa muy diferente) las ofensas que recibió; y lo que no pudo conseguir por la suerte de las armas, lo realizó haciendo dar una muerte afrentosa á la mujer que de la Casa de Austria

había pasado á la de Francia, fiada en su caballerosidad y en sus promesas de hidalguía.

Pero sigamos la hilacion de los sucesos. Mirabeau habia dicho, refiriéndose á María Antonieta : « Su seguridad está sólo en el restablecimiento de la autoridad real. Quizá no querria la vida sin la corona ; pero de seguro si pierde la corona no conservará la vida. » En otra ocasion dijo tambien : « Pudiera llegar el momento de ver lo que pueden á caballo una mujer y un niño ; éstas son para la Reina tradiciones domésticas. » Mirabeau trabajaba y hacía cuanto se referia á salvar la Reina con el fin de acercarse á ella. Ya porque le gustaba vencer dificultades, ya porque tenía costumbre de superar muchas, ya porque se trataba de domeñar la altivez de la mujer que era señora en toda la extension de la palabra. Además Mirabeau sentia vivos deseos de ser presentado á María Antonieta al recordar su vida pasada, en la que habia arrollado el ascendiente de su esposa, la responsabilidad de una carcelera, el respeto de la desposada y el pudor de la doncella.

Por fin, María Antonieta aceptó una entrevista con el Conde, cuya historia conocia, cuyas palabras contra los príncipes sabia, cuyos sarcasmos contra la familia real habian llegado á sus oidos, cuyas intenciones temia, cuyos planes ignoraba, cuya inmoralidad repugnaba. María Antonieta recibe á Mirabeau, y la historia como la novela comentan la entrevista de mil maneras. Nosotros no queremos acertar con decir lo que hablaron, poniéndolo como la verdad sobre todas las relaciones. Pensamos principalmente en hacer conjeturas de lo que senti-

rian ambos corazones, de lo que preocupase la inteligencia de los dos. Trataban de potencia á potencia; militaban allí la esposa del Rey y el esposo de la Revolucion; de un lado está la sangre francesa, corrompida por el vicio, y del otro figura la sangre de María Teresa, quien tiene á gala ser altiva; como punto de honra, conservar una fama inmarcesible. Están en conferencia María Antònieta que cuando su esposo fué elevado al trono de San Luis, como él puesta de rodillas, habia implorado de Dios su infinita misericordia para ellos (que siendo tan jóvenes habian de ocupar un puesto el más elevado de los jerárquicos del país), y conferencia con la Reina Mirabeau, á quien su padre habia perseguido y odiado, y el hijo correspondió con el mismo proceder; cuyo hijo no cree en nada santo, no respeta nada por mucha consideracion que merezca: él, afiliado á las huestes de Lucifer, declarado primer campeon de la revolucion, quisiera despedirse de María Antònieta siendo amigo suyo, siendo el alma de su alma; pero logró únicamente apellidarse su protector, asegurándose con estas palabras: «Señora, la monarquía está salvada.»

Ya hemos visto que Mirabeau no fué profeta. Y debia presentir algo en ese sentido cuando pronunció en la Asamblea estas palabras: «A mí me llevaron en triunfo y hoy se proclama: «¡La gran traicion del Conde de Mirabeau!» No necesitaba de este ejemplo para saber que sólo hay un paso desde el Capitolio á la roca Tarpeya. Pero el hombre que combate por la razon, por la patria, no se confiesa fácilmente vencido. El que tiene la conciencia de haber merecido bien de su país y de serle aún

útil, no busca una vana celebridad y prefiere al triunfo de un día la verdadera gloria. El que aspira á decir la verdad y hacer el bien público independientemente de los mudables impulsos de la opinion popular, lleva consigo la recompensa de sus servicios al precio de sus peligros; ni debe esperar su cosecha, su destino, el destino de su nombre, sino del tiempo, juez incorruptible...»

Vemos ahora con cuanta inmodestia Mirabeau expone sus méritos. Y lo de ménos sería que fuese inmodesto, por más que argüiria siempre falta de las virtudes que hace gala tener. Pero es el caso que no las tuvo y que fué toda su vida un hombre apasionado y vicioso, que al principio, en la vida particular, despues en la vida pública, destacó por sus inmoralidades, por sus atentados, por su irreligiosidad y por conducirse sin honor ni conciencia. Sin embargo, ¡quiere hacer creer que es una víctima del pueblo, cuando ha contribuido tanto á perturbar su organizacion y á empeorarla!

Pero Mirabeau, llevado de la confianza que habia adquirido con el *dios éxito*, arrastrado por la soberbia que le conducia más léjos de lo conveniente, quiso ser el amo de la Reina cuando pretendia que lo era del pueblo, y de ese modo considerarse el árbitro de los destinos del país, con lo cual conseguia ademas dar en la cabeza á los Barnaves. Creia poder dominar la antipatía que inspiraba María Antonieta porque veian en ella los franceses, representada dentro de casa, la rama austriaca, que estaba aborrecida. Quería manifestar que superaba en poder á las gentes como la Barry, quien habia ridiculizado á los regios esposos (tomando ejemplo de las bur-

las que tuvo Voltaire contra la doncella de Orleans); porque María Antonieta y Luis se querian, contra la costumbre general de la corte, que fué llevada á su apogeo en tiempo de Luis XV, en la que no habia más predilecciones que las sensuales, más fidelidad conyugal que la que fuese absolutamente necesaria para dar algun colorido católico á lo que era en el fondo, más que nada, una imitacion de los Claudios ó de los Solimanes.

Mirabeau, al mismo tiempo que se defendia hipócrita y valientemente en la Asamblea, llevaba por delante sus miras personales en las discusiones parlamentarias, á la manera que la tempestad impulsa y arrastra con estrépito y desórden los objetos que encuentra en su marcha. Unas veces contrariado en sus cálculos, otras contento de verse halagado en las conferencias palaciegas; aplaudido por los representantes del país y adulado en su morada por hombres de la estofa de Desmoulins. Fiando en su palabra, porque las victorias repetidas que habia alcanzado su elocuencia eran, con justo motivo, causa bastante para que pensase aquel revolucionario de la soberbia humana, que podria gobernar la Francia desde la tribuna demagógica. La embriaguez que producen los triunfos, el desvanecimiento natural de la debilidad humana cuando el poderoso y el humilde coinciden con sus lisonjas; el ardor febril que es propio de todo hombre extraordinario, que ha dejado la humildad en el establo para vestirse de gran señor, ocupar un palacio y llenarse de orgullo, olvidado de que el reloj de la vida puede sorprender su accion al sonar la hora fatal, en la que tiene la muerte derecho á todo. El carro de la revolucion que

lleva á Mirabeau tan altivo y tan diabólico, como audaz y valiente llevaba el carro romano al vencedor de cien combates; la arrogancia que fué peculiar del Conde; la necesidad que tenía de vivir en el laberinto cretense de la política contemporánea, en la que empezaba á verse claramente que iba envuelta la cuestion social, y aparecian algunas señales de las tendencias antireligiosas, con el fin que hemos visto despues de que la religion y el socialismo sirvieran de armas á la política; ésta, de escabel á la ambicion personal, que á su vez podria de ese modo explotar al pueblo, de una parte, y heredar al rico, de otra: porque es de notar que sobre las grandes industrias modernas, en unos tiempos que el mercantilismo representa tanto y ha creado cuantiosos intereses industriales, está sobre todo el positivismo político que transforma el mal en bien (al ménos para ciertas gentes). Bajo de la capa política se toleran las mayores injusticias, los mayores escándalos, los mayores ultrajes á Dios y al catolicismo, recordando, en cierto modo, las condescendencias de Bossuet que contrastaron mucho con la actitud de Fenelon. En fin, á Mirabeau le quedaba una tecla que tocar de su piano infernal, y quiso que sonára. Esa tecla se llamaba Orleans, de quien decia: «¡Vil! tiene la codicia del delito, pero le falta la fuerza.» Y, sin embargo, solicitó su alianza que no obtuvo, y Mirabeau parece que desde entónces empezó á ver eclipsarse su estrella, porque otra nueva empezaba á brillar desde el palacio orleanista, donde la municipalidad bulliciosa reunia materiales más nuevos, para sustituir á los anteriores en la obra revolucionaria.

Como se ve, ésta no estaba ya en las manos de Mirabeau; que así como no habia acertado en su vaticinio de quedar salvada la monarquía, dijo la verdad al asegurar que el pueblo era voluble. Y cuando Mirabeau creía tener en su poder la revolucion, no abarcaba más que la monarquía en vísperas de desaparecer de la escena francesa, como estaba reservado á su misma persona; siendo de notar que si la demolicion de la Bastilla fué el anuncio para destruir la institucion monárquica, la muerte de Mirabeau sería el presagio de otras muchas; que el menosprecio hecho al Conde por el príncipe de Orleans decia muy claro que hombres más inmorales que él llegaban á galope, y cual furias del Averno, á imponer su voluntad, y lo que es peor, sus maldades. Entre tanto Mirabeau pudo ocuparse un poco de tiempo combinando planes para tener á todos contentos, recibiendo á la vez del trono dinero, de la Asamblea aplausos y del pueblo desengaños, pues áun el hombre más experimentado los sufre, porque le ciega el orgullo y no le deja ver, como impidió que distinguiera Mirabeau en su defensa venal y moderada del trono, que labraba su descrédito, no impedía la ruina de su protegida y preparaba más violentamente el empuje revolucionario.

El club entraba de lleno en funciones; Marat emplazaba sus baterías en el *Amigo del Pueblo*; Danton, en un convento de franciscanos; Desmoulins, entre las masas; el Duque de Orleans, en su palacio. Estos cuatro hombres, con otrós muchos, querian reemplazar á los que ocupaban los primeros puestos. La inmoralidad los unia y ella les hizo comprender que nada serian como preva-

leciesen las doctrinas de Mirabeau, quien al verse desairado por la Casa de Orleans, al mismo tiempo que merecia buena acogida de los reyes, habia de inclinarse á éstos y ver de destruir cuanto maquinasen sus enemigos; pero como los vientos revolucionarios les fuesen favorables, á Mirabeau que conservaba en algo la manera de ser anterior á la revolucionaria, se le excluyó; y cuando tuvo lugar la gran festividad de la Federacion, que autorizaron el obispo de Autun, acompañado de trescientos sacerdotes vestidos de blanco y con fajas tricolores, puede creerse que estaban tan perdidos el Conde protector como sus regios protegidos.

Porque no perdamos tampoco de vista que Mirabeau fué quizá quien más subordinó la revolucion á sus miras personales. Quieras que no, habia de llegar un día en el que los revolucionarios le volvieran las espaldas, y que fuesen inútiles cuantos esfuerzos hiciera para rehabilitar su nombre. Un personaje tan inmoral como Mirabeau tenía que sufrir esa desgracia, como tuvo ántes que soportar la acusacion de Rulhiers defendiendo éste á Necker. «¡Hablar vos de patria, le decia, Conde Mirabeau! Si una triple máscara no cubriese vuestra frente, ¿cómo no os avergonzais de pronunciar este nombre? Lo que hace al ciudadano es una familia unida por vínculos á la familia comun; padres, amigos, bienes que utilizar para ellos y para la patria; deberes de hijo, de hermano, de marido y de padre que llenar; en fin, una honrosa conducta. Pero vos, Conde de Mirabeau, ¿teneis una sola de estas señales? Vos, sin asilo, sin padres, cuya ordinaria habitacion son las cárceles, en las que unas veces en-

cerrado, otras detenido por vuestro padre, culpable ó insensato, habeis destilado el veneno de vuestra alma, roido con vuestros dientes los hierros de vuestro calabozo para ejercitaros en mancillar todo lo más honroso y respetado!»

Mirabeau tenía que sucumbir en la demanda. Además, como opina el historiador, puesto el trono al nivel de la nación, soñaba en restauraciones quiméricas y en ese equilibrio ilusorio en las épocas de revolución; ésta, más fuerte ya que Mirabeau, no quería contrabalancear los poderes, sino aniquilarlos. Diferencia importante, lección sapientísima para los revolucionarios que quieren destruir impunemente, ocupar el puesto que ambicionan y permanecer en él inviolables, fundados tal vez en que lo es la conciencia, como si tuviera algo de comun el fuero interno con la posición encumbrada que ha sido conquistada más que merecida.

Mirabeau se había ocupado más de una vez de la muerte, haciéndolo de un modo impropio. El Conde de la Mark nos ha dejado este pasaje: «Diez meses ántes de la muerte de Mirabeau hablaba con él de cosas diversas, y la conversacion vino á recaer sobre las hermosas muertes. Empezó á hablar con elocuencia, pero con algun tanto de énfasis, recordando las muertes más dramáticas de los tiempos antiguos y modernos. Yo traté de disminuir el mérito de estas que llaman hermosas muertes, sosteniendo que las más de las veces eran efecto de una orgullosa afectacion..... En cuanto á mí, dije, las muertes más hermosas que encuentro son las de aquellos que en los campos de batalla, soldados ó enfermos oscuros, conservan toda la calma, no expresan el menor sentimiento

por dejar la vida, y se limitan á pedir que se les coloque de modo que sufran ménos para morir más cómodamente.»

Deducimos de la creencia que tenía Mirabeau sobre la muerte, que no era católico, ni cristiano, en el sentido que dan á la palabra los protestantes, sin que podamos tampoco decir con seguridad lo que fué. Porque no pensaba morir como Sócrates, ni como Julio César, ni como la famosa reina de Palmira, ni como Juana de Arco.

Para Mirabeau la muerte de Carlos V no era aceptable. Sabemos únicamente que Mirabeau llamaba muertes hermosas á las que revestían el carácter dramático, pero sin que se decidiera por unas ó por otras. Es verdad que cuando hablaba de las hermosas muertes pensaba en todo ménos en morirse, si bien por su manera de ver la cuestión era de presumir que desconociera el carácter imponente que toma la muerte católica, que de un lado pone las cosas de este mundo y del otro hace pensar únicamente en las celestiales. La muerte católica que consigue penetrar el arrepentimiento en el corazón del pecador, y da la más perfecta resignación á un alma pura. La muerte católica que reduce el cuerpo á sus funciones naturales y lo aparta del alma; la que dirige oraciones de misericordia á Dios, reconoce su poder, acata su voluntad, prescinde de lo dramático y de lo trágico, piensa únicamente en lo divino, y á medida que el espíritu queda más apartado del cuerpo éste desfallece mayormente, y aquél empieza á recobrar su independencia y su grandeza. Mas Mirabeau ántes de pensar en morir, como cuando veía que estaba al borde del sepulcro, en-

golfado en su ambicion y en sus maquinaciones políticas, asido á la revolucion durante toda su vida, no podia, ni en los últimos momentos, desprenderse de ella, y caia, como el gladiador, en la arena del combate rendido por el trabajo excesivo y víctima de sus desarreglos, segun la expresion del filósofo. Que en la arena política, como en la del anfiteatro, como en la de las playas desiertas que el huracan azota, no hay posibilidad de pensar en Dios, como días ántes de morir no haya habido propósito de ponerse bien con la justicia Eterna.

Si recordamos las muertes que hemos citado, si tenemos presente que Carlos V decidió apartarse de la corriente del mundo para poder pensar con algun sosiego en la vida ulterior á la presente; que Luis XIV hizo confesion pública de sus errores, y por lo tanto desde aquel instante abjuraba de sus principios, reconociendo ante el espectáculo de la muerte la nada de las cosas terrenales, y de estas consideraciones pasamos á ocuparnos de los últimos momentos de Mirabeau y juzgamos de ellos como lo ha hecho Thiers, preciso es reconocer que aquél murió como habia vivido. Thiers nos dice de Mirabeau que su conciencia estaba satisfecha, que la estimacion pública se unia á la suya, lo que demostraba que si no habia hecho bastante por la salvacion del Estado, hizo lo necesario para su propia gloria. De este modo queda admitido el egoismo como el mejor de los propósitos, la vanidad como un mérito, y por ese camino la patria podrá ser un gran medio para lograr los fines individuales. Porque siempre que la gloria propia sea motivo bastante para quedar satisfecho de la regla de con-

ducta observada, áun cuando no se haya cumplido tanto como se esperaba con la patria, sin entrar en la cuestion de si se ha trabajado ó no en perjuicio de la gloria nacional, basta con saber que la persona ve colmados mejor sus afanes de lo que ha contribuido á satisfacerlos en la colectividad. Y que un pensador como Thiers vea con buenos ojos que Mirabeau hubiese hecho bastante por su propia gloria, sin reparar que ésta la obtuvo con menos-cabo de la del país que le sirvió como de campo de operaciones, donde en alas de su genio, con el ascendiente de sus pasiones, con la influencia de sus desarreglos, por la violencia, como manifestaba su opinion, y por los goces que reportaba de la política que lo colmaba ora de aplausos, ora de dinero. Como que la vida pública requiere mucho que la conciencia se use, como dice el mismo Mirabeau, con cierta parsimonia, con descuido, para de ese modo obrar con alguna libertad de accion y tener la necesaria á fin de realizar lo que convenga á la gloria particular, así la patria sucumba, el semejante gima, las desgracias aumenten, el porvenir oscurezca, la religion decaiga y la familia sufra. No importa nada de eso. Adelante, que los dias de vida deben llenarse de algun modo, y ninguno mejor que ocupados en cuidar y engrandecer el medro personal, olvidando que cuando un hombre importante aumente su esfera de accion en el mundo político, vive como Mirabeau, ocupe la tribuna como él sabia hacerlo, no es para nada bueno, no da dias de gloria á la patria, como hicieron Cristóbal Colon, fray Luis de Granada, Cervántes y otros que sacrificaron su gloria á la nacional. Es verdad que la humanidad ingrata los tra-

tó mal, pero como ellos cumplieron bien, una posteridad ménos injusta les ha hecho justicia y ha reconocido su sacrificio.

Mas sigamos los pasos á la muerte de Mirabeau.

Estaba en la cama rodeado de sus amigos y con orgullo recordaba los trabajos que habia llevado á cabo, así como los que dejaba inaugurados. Mas como su cabeza empezára á debilitarse, le dijo á su criado : « *Soutiens cette tête la plus forte de France.* » Así hablaba cuando sentia visiblemente faltarle las fuerzas. ¡ Cuánta soberbia ! ¡ Cuánto olvido de los pensamientos que convidan á concentrar el alma hácia Dios ! Entónces se presenta en la cámara de Mirabeau, á visitarle por sí y por los jacobinos, aquel rival que no le dejaba gozar en paz sus triunfos parlamentarios, aquel rival que sin darse razon hacía que perdiera una parte del ascendiente que ejercia sobre la revolucion. El moribundo acogió bien al hombre que contra su voluntad le dejaba participe de su herencia política. Barnave veia los estragos que hace la muerte ; veia como un poder invisible destruye uno y otro resorte hasta acabar con todos los que constituyen la vida. Y áun cuando Mirabeau acogió benévolamente á Barnave, dada su aficion á intervenir en los destinos públicos, preocupado con ellos, cuando necesitaba ya quien sostuviera su cabeza que habia sido el apoyo de tantas, no por eso Mirabeau dejó de estar en carácter ni ante Barnave, ni ante los jacobinos, ni los demas que formaban el séquito del tribuno formidable.

Y si es cierto que la córte como los partidos, el pueblo y Francia quedaron pendientes del curso que seguia

la enfermedad mortal de Mirabeau, si como no puede dudarse el Conde fué un malvado, por este hecho es dado apreciar debidamente cuál sería el estado de la sociedad francesa, que llegó á estar su suerte ligada en gran manera á la de Mirabeau, y temió males mayores al saber que moria el orador más borrascoso de la Asamblea Nacional. Y él comprendia su importancia en los acontecimientos públicos, cuando con motivo de haberse de ocupar aquélla sobre la facultad de testar, llamó á Talleyrand y le entregó un discurso escrito, referente á la materia que iba á ser objeto de debates en la cámara, porque decia «que sería de gran efecto oír la opinion contraria á los testamentos de un hombre que acababa de hacer el suyo.» Así que en todo se ve siempre á Mirabeau despreocupado, satisfecho de su talento y con la creencia de que no es preciso pensar en más. Como hemos indicado, contrajo nupcias con la revolucion y fué tanto el amor que tuvo á sus emociones, que no podia pasar sin ellas porque hacian su delicia. Una conferencia política, un discurso en el club ó en la Asamblea, una comida á lo Eliogábalo, una mujer de quien ocuparse alternando con las demas impresiones de la vida pública, era lo que hacia feliz á Mirabeau. Mas lo peor es que fué eso mismo su aficion predilecta cuando estaba para espirar. De modo que siente dejar de vivir porque no podría combatir á Pitt, que llama el ministro de los preparativos, gobernante de amenazas, al que se prometia molestar no poco. La pasion dominaba completamente al repúblico distinguido, y en todos los episodios de su vida, como en el trance de la muerte, revela su inclina-

cion predilecta, el fuego que devoró durante su existencia con llamas intensas, una vez la bondad, otra la ternura de su alma. Hombre de la revolucion, unido por estrechos vínculos á ella, siendo ésta como la fiera que mata á quien ha mirado mansamente, si han desaparecido los móviles que atraian y el instinto levanta otros que repelen; Mirabeau no pensaba en el poder de Dios, porque estaba atento siempre al suyo, que creia suficiente para todo, hasta el punto de que cuando la muerte apareció con señales visibles, no por eso desistió de ser el hombre de la revolucion, el tribuno que habla con coraje, que quiere hacer enmudecer las demas voces, como la tempestad reduce á silencio el canto de los pajarillos en la selva, como el terror que infunde el tirano pega los labios y baja la vista del concurso que le rodea.

Por último, La Mark se presentó en la morada de Mirabeau, y al verle éste le dice estrechando su mano: «Querido amigo, vos que entendeis de hermosas muertes, ¿estais contento?» A tal demostracion, aunque por naturaleza frio, La Mark no pudo detener sus lágrimas. El enfermo lo advierte y pronuncia palabras de afecto.

Habiéndose presentado á Mirabeau el cura de la parroquia á ofrecerle sus servicios, los rehusó agradecido, porque estaba en su misma casa el obispo de Autun.

Mandó abrir las ventanas y, dijo á Cabanis: «Moriré hoy; no queda por hacer más que aromatizarme con perfumes, coronarme de flores, que esté rodeado de música á fin de entrar dulcemente en el sueño eterno.» Esto es paganismo puro. Pero avancemos algo más, pues queda ya poco que recorrer, porque el enfermo empieza á sentir

los efectos de la agonía. A medida que ésta tomaba incremento, los dolores que sentía eran más agudos. Con este motivo recordó á sus amigos le tenían ofrecido evitarle los sufrimientos que fuesen inútiles, y pidió imperiosamente que le suministrasen el opio. No quería padecer ni dar señales de recordar la pasión y muerte que sufrió Jesucristo, que es tan natural traiga á la memoria un buen católico, como es natural que si lo olvida tenga á su lado un sacerdote piadoso que supla la falta de la memoria y encauce la voluntad. Recordemos si no, entre otros muchos ejemplos, el que hemos consignado del gran Cisnéros.

Pero fué tal la insistencia de Mirabeau, que fingiendo acceder á su demanda, se le presentó una copa asegurándole que su contenido era lo que pedía, y lo tragó. Como estaba moribundo podía engañársele, pero es triste pensar que hubiese necesidad de recurrir á tales medios, para no contradecir un carácter dominante, que manda con violencia ser obedecido en cosa que era anticatólica, sin que consideracion humana ni divina bastara á detenerle; probando además que dejaba dudoso su valor, cuando daba señal clara de que le faltaba, en momentos que se ve como nunca la genialidad, la creencia, la educacion, el temperamento, la grandeza de alma ó la pequeñez de espíritu. Éste abandonó totalmente á Mirabeau, viéndose que ofrecia la muerte hermosa del hombre apegado á la materia, del hombre que sirve para agitar las pasiones, para poner en combustion las sustancias inflamables; del hombre que vivió en la época á propósito para su carácter. Época en que una sociedad

nueva rompe con la tradicion, destruye el monopolio que ejercia la córte sobre los vicios, y hacen causa comun con ellos la filosofia y el pueblo.

Pudiera decirse á propósito de la muerte de Mirabeau, que á fines del siglo XVIII, el grande hombre, el hombre que era objeto de atenciones de la opinion pública, no moria ya como aconteciera en los siglos XVI y XVII, apartado del bullicio del mundo. Antes por el contrario, su muerte sobrevenia hallándose en medio del mar agitado de las pasiones, ante un público bullicioso, que lo mismo aplaude que reprueba. Ante un público que no gusta de las recomendaciones de un Francisco de Sáles, del santo que dice, meditando sobre la muerte: «Desprecio al mundo. Ya que no sé la hora en que te tengo de dejar, ¡oh mundo! no quiero tenerte apego. Amigos queridos, amados deudos, que os estime sólo con una amistad santa que pueda durar eternamente; ¿para qué he de hacer con vosotros enlaces que por fuerza he de abandonar y romper?» ¡Qué palabras tan consoladoras! ¡Qué pensamientos tan santos! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas! ¡Qué vida tan ejemplar! ¡Oh, gracia divina! ¡cuánta fortaleza da, cuánta fé concede, cuántas promesas regala! En contraposicion á la actitud de Mirabeau, que quiere ceñir en la tierra coronas de flores, Francisco de Sáles solicita que sean las suyas de espinas. No quiere sentir en su corazon más amistades que las que puedan ser eternas, miéntras que Mirabeau solicita con afan relaciones en una sociedad pervertida, y en más de una ocasion impone por la fuerza su trato y sus pasiones. Francisco de Sáles ve el ascendiente de la vida, contempla los goces

del mundo, conoce sus atractivos poderosos; pero distingue constantemente la influencia de los sentidos del ascendiente del alma. Si quiere como Mirabeau tener una muerte hermosa, se aleja en la plenitud de la vida, del sensualismo, del lujo, de la vanidad, de la soberbia, de las ocasiones que la voluptuosidad ofrece, que el placer presenta llamando la atención con un banquete suntuoso, con alguna música penetrante y conmovedora, ó con la juventud hermosa. Mata la parte secundaria de su vida para que prevalezca únicamente la principal y pueda exclamar con entusiasmo: «Ruego á Dios y arrójome en sus brazos; Señor, recibidme bajo vuestro amparo en aquel día espantoso. Haced que sea para mí feliz y favorable aquella hora, aunque sean tristes y de aflicción todas las demás de mi vida.» De modo que si la muerte como es comprendida por Francisco de Sales corresponde al héroe del catolicismo; tal como está entendida por Mirabeau, ha de llamarse la muerte del héroe de la revolución. Y si ésta prevalece contra la primera, puede decirse lógicamente que el presente ha quedado divorciado del pasado, que las generaciones revolucionarias no quieren tener nada de comun con las que no lo sean.

Esta es la verdad. Y Mirabeau ha legado á la revolución estas palabras. Es falso que permitiendo todas las religiones se lanzará á los hombres en la indiferencia religiosa, porque lo desmiente la experiencia, que acredita somos indiferentes á la religión recibida de la nodriza ó de los maestros, sin exámen y sin pruebas. Mirabeau no conoció la enseñanza de la familia, el efecto que produce el ejemplo de una madre que con caricias y lágrimas

mas enseña á rezar el *Padre Nuestro* ó el *Ave María*; el dominio saludable que ejerce la virtud de los padres, las prácticas piadosas que establecen en el hogar doméstico. Y á quien no le convenzan las pruebas que da el matrimonio ejemplar del catolicismo; el hijo de una madre católica que no se adhiera á sus creencias, á sus sacrificios, á sus honestidades, á cuanto bueno hace la mujer casta, prudente, que comparte con sus deberes domésticos la ocupacion en oraciones y que atiende á todo sin faltar á nada, porque cumple aquéllos y descansa de sus cuidados con éstas. Quien, como Mirabeau, asegure que la religion no se aprende de ese modo y se circunscriba á hablar contra ella, fundado en que de la nodriza ó de los maestros no puede recibirse una conviccion que es preciso adquirir con pruebas y con exámenes; quien tal piense y tal sienta, si ha sido como Mirabeau un hombre que ha influido en la marcha de los acontecimientos, que ha dejado recuerdos á la oratoria, como Demóstenes y Ciceron, que ha impreso sus huellas en la historia como Diógenes y Juvenal; que ha quedado inscrito en los anales revolucionarios, como Maquiavelo y Duguesclin; que ha señalado con caracteres indelebles las costumbres depravadas, cuál César Borgia y Luis XIV, es preciso convenir que un hombre influyente en la sociedad y perverso, solo el poder de Dios puede acabar con el suyo. Y por lo que concierne á las opiniones religiosas de Mirabeau, que pretendió fundar sobre datos irrecusables, habrémos de convenir que dejaron sembrado mucho mal. Y gracias que Jesucristo ha dicho: «*Numquid oblivisci potest mulier infantem suum ut non misereatur filio uteri?*»

*et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te.*» Gracias á Dios, que en su infinita misericordia no abandona jamas al género humano, castiga y premia segun los merecimientos, y hace lo primero para traer al redil la oveja extraviada, como hace lo segundo para emular á los buenos y que sean mejores. Trabajo admirable que no puede ser obra más que del Omnipotente, y que no podrán comprender jamas hombres como Mirabeau, á pesar de su talento, de sus estudios y de su experiencia. Que hay verdades de sí tan sencillas, que son comprensibles únicamente con la pureza de intencion, verdades que, como es sabido, el niño católico abarca todo su alcance, y el doctor escéptico no puede comprenderlas, aún cuando sea un Voltaire, un Krausse, un Mendizábal. Verdades que no queremos decir esté condenado á desconocerlas el sabio, pues sabemos que Leibnitz, poseido del santo temor de Dios, escribia á Morellio. «Muy justo es el aprecio que haces de los libros de Santa Teresa; en ellos he encontrado algunas veces sentencias admirables.»

No es que nosotros creamos que la sabiduria haya de quedar excluida del conocimiento de la verdad revelada; no es que abriguemos el temor de que las ciencias vayan á poner una venda en los ojos del sabio; creemos únicamente que la soberbia humana, como perturba la razon del magnate, enorgullecido de verse encumbrado á la jefatura de un Estado, como embriaga á las masas populares cuando ven entre sus manos triunfos momentáneos; de igual manera, aunque por causas diferentes, con medios distintos y con fines opuestos, el aristócrata de la

revolucion hace gala de saber más que los demas, para conservar la supremacía, y se atreve á formular pensamientos tan falsos como este otro de Mirabeau, que creemos necesario conservar en su propio idioma: « *Une croyance fondée sur l'autorité n'est qu'en superficie, et n'a point de racines: voilà ce qui est vrai et ce qui explique pourquoi l'on trouve en général plus de croyans sincères et intruits dans les pays protestants que dans les pays catholiques.* »

Mucho pudiéramos hablar en contra de la opinion de Mirabeau, ó mejor dicho, con gran copia de datos tomados de Bálmes, podríamos refutar el argumento del tribuno de la revolucion; pero nos vamos á circunscribir únicamente, por ser de más actualidad, á trasladar aquí un párrafo escogido, entre muchos notables, de una obra debida á la pluma del jesuita Franco: « Es claro que Cristo por una parte prohibió cambiar nada de su Evangelio, y que ordenó por otra que se predicára á todas las criaturas racionales. Luego un mismo Evangelio debe ser comun á todos los siglos y á todas las gentes; hé aquí por qué la Iglesia debe ser católica, esto es, universal. Búsqese la unidad de las iglesias protestantes. Realmente tanto les falta, que hace pocos años estaban menos difundidas que un punto matemático: no existian ni en el cielo, ni en la tierra, ni en lugar alguno. Las más antiguas hace trescientos años no habian nacido aún. Venidas luégo á la luz, realmente se dividieron y quebrantaron hasta llegar á ser un mosaico esparcido en las regiones que acogieron primeramente la reforma. ¡Pobres iglesias impalpables, homeopáticas, microscópicas,

imponderables! ¿Y vosotras pretendéis constituir la Iglesia que Cristo fundó, á fin de abrazar poco á poco todas las gentes? Lo peor es que por consignar estas iglesias como fundamento de su fe la profesion de un fundador, en naciendo (por la eterna volubilidad de los hombres) otro reformador, deben cambiar de fé; así la primitiva sociedad, en vez de propagarse se disminuye, y en vez de llegar á ser universal se trasforma en cantonal, local é individual. En lo que vemos, el protestantismo no se dilata, sino que se tritura; su naturaleza íntima quítale hasta la posibilidad de ser universal.»

Por eso hemos dicho que la revolucion hizo pedazos los vínculos que unian á los pueblos con los principios tradicionales, ha querido levantar (y ha hecho algo en ese sentido) una barrera para interrumpir el enlace que tiene la genealogía de la Iglesia, cuyo principio está en Abraham y llega hasta Pío IX. La Revolucion, para realizar su obra ha tenido que atacar el principio de autoridad, y ha podido alcanzar un éxito completo desde el momento que ha dicho: «cada uno puede pensar y creer como quiera», por más que entendida así la libertad destruye la verdadera. Pero el libre exámen ha gustado á quienes resisten ajustarse á la severidad de los principios católicos; á la justicia que reclaman los fueros de la conciencia. Y Mirabeau enseña en la Asamblea Nacional que no debe creerse porque el maestro lo mande, pero á la vez se pretende imponer como maestro de la ciencia, depositario de la verdad y novador feliz en el campo político. Tiene la desgracia al mismo tiempo de olvidar las palabras del Evangelio: «*Ego non obliviscar*

*tui*», no tuvo ocasion de ocuparse, como Leibnitz, en la lectura de los pensamientos bellísimos de la doctora de la Iglesia, y arrastrado por la agitacion revolucionaria no distingue, como dice sabiamente el jesuita, que miéntras la Iglesia católica se extiende, la opinion de Lutero se divide. Porque la primera descansa sobre la autoridad única, obedece al representante de Pedro, guarda con fé las palabras del Evangelio. Miéntras que la segunda no reconoce limites al exámen, sujecion á las reglas del deber. En fin, avéntaja el catolicismo sobre las demas religiones, como en otro órden de ideas supera en belleza la obra de arte, que es más perfecta por su mayor unidad de accion.

¡Pero es tan fácil caer en el error! ¡Hay tantos escritores que no quieren comprender que la ciencia sin la virtud expone á faltas trascendentales!

Para evitarlas, es preciso seguir la escuela de Santo Tomás de Aquino, de Belarmino, de Suarez; la escuela de San Juan Crisóstomo, por la cual se ve que toda potestad proviene de Dios; la escuela del Apóstol que subordina la autoridad del *príncipe* al mandato divino, haciendo de ese modo posibles la jerarquía social y la igualdad de todos ante el trono del Altísimo. Mas Eduardo VII y Enrique VIII inauguraron la doctrina por la que se proclama «*El Estado soy yo*», como haciendo ver que el monarca asume en sí la vida nacional. Y aquellos reyes en el acto de su coronacion oyeron decir de los labios del arzobispo apóstata Cranmer, que el príncipe tenía la corona, no por la voluntad del pueblo, sino por su nacimiento é inmediatamente de Dios, matando con es-

to la representacion popular y la intervencion de la Iglesia, tal vez para vengarse de ésta que habia puesto una valla á la autoridad real, contra las intrusiones que cometia en el uso legítimo que hacíase de la soberanía popular. Pero es indudable que en Alemania empezó la rebeldía del trono contra la Iglesia y el pueblo, por el acto de insubordinacion que cometió Lutero, el cual encontró apoyo en Inglaterra, aunque tomára allí otro carácter, como más tarde en Francia tuvo el suyo; y así como salió de un claustro el protestantismo, tuvo despues fuerza legal por medio de las monarquías inglesa y francesa, pasando más tarde á ser torrente espantoso al impulso de la revolucion. Por eso ha dicho con razon Augusto Nicolás que la escuela protestante y la galicana tienen muchas afinidades. Y cuando este sabio considera los estragos que han hecho los elementos revolucionarios modernos, pregunta: «¿Cuál es el hombre con sentido comun que no prefiera el derecho divino de los reyes al derecho ultra-divino de los pueblos? ¿Cuál de nuestros reyes (aparte Luis XIV que fué un déspota), en su larga serie de catorce siglos ha sido tirano? ¿Cuántos tiranos, y ¡qué tiranos! han salido por el contrario desde hace ochenta años solamente, de ese fermento popular que á la tiranía que produce, no sabe nunca oponer más que las revoluciones que él forja, y ha llegado á no dejar subsistir, no digo ya las piedras del edificio que pudieran servir para su reconstruccion, sino el suelo mismo!»

Mas la soberbia humana apoderándose de la voluntad, hace que sirvan á sus miras las facultades del alma;

y la inteligencia ilustrada, puesta al servicio del error, produce hondas perturbaciones en la sociedad.

Bossuet admite la doctrina que confunde los poderes en la persona del soberano, y quedó declarado esto en Francia como principio inconcuso el año 1682. Bossuet sostiene que cuando ha juzgado el rey, no há lugar á otro juicio; sólo Dios puede juzgar sus juicios y su persona; la única defensa de los particulares contra el poder real debe ser la inocencia; el príncipe se puede realizar por sí mismo cuando conviene en que obra mal, pero contra su autoridad no puede haber remedio sino en su autoridad misma.—Proudhon defiende que no hay potestad y justicia superior fuera del hombre, y que negar á Dios es afirmar al hombre único y verdadero, lo cual es la promulgacion de derechos de la *Commune* que están explicados ámpliamente en el *Catecismo popular republicano*.—Á Cánovas del Castillo hemos oido decir: «No tan sólo la libertad religiosa en su realidad, en su sincera realidad, sino la libertad toda entera, parece todavía exclusivo patrimonio de las várias ramas del septentrional tronco germánico; la gente germánica sabe observar más robusta y severa disciplina que los latinos.»—Y son de Perier estas palabras: «El instinto sexual es el móvil primero que lleva á la union matrimonial del hombre y la mujer, para verificar esa como repetición del acto creador, en la reproducción de la humana especie.»

Por la coordinacion que hemos dado al párrafo precedente, vamos á concluir, porque en él puede hallarse la causa principal de los males que afligen á la sociedad actual. En ese párrafo se puede encontrar explicado el

motivo de que no prevalezcan actualmente el régimen, costumbres y doctrinas que tuvo Abraham. En los cuatro autores hallamos representada (cual más, cual menos, unos con mejor buena fe, en los otros sin tanta) la marcha de los acontecimientos, que inaugurado su movimiento en el siglo de Pericles, adquirió preponderancia en Europa durante la vida de Octavio Augusto, y prevaleció absolutamente en el mundo católico cuando Carlos V representaba á la cristiandad sobre la faz de la tierra, impuso con despotismo inusitado su influencia bajo la égida real de Luis XIV, y pudo generalizar el desorden con la palabra revolucionaria del Conde de Mirabeau, asegurando el predominio de la anarquía ilustrada y del populacho embrutecido.

A los cuatro autores que hemos copiado ordenando su opinion por la fecha en que ha sido emitida, los vemos dominados por la presion de las circunstancias. Opinamos que es un error; en el prelado, la independencia que reconoce al poder real sobre el que tiene el Sumo Pontífice; en el economista, sostener que no hay potestad y justicia fuera del hombre; en el político, cuando le parece ver todavía la libertad como patrimonio del tronco germánico; en el filósofo, que cree hallar en absoluto el móvil primero de la union matrimonial en el instinto sexual. A ninguno de estos pensadores queremos quitar el mérito que tenga, ni intentamos protestar contra el que les ha sido concedido: pero en nuestro sentir, no están ajustadas sus ideas á las más puras del Catolicismo: y cuanto de las de éste se separen, otro tanto habrán de aproximarse á las de la revolucion. Porque no

es católico puro opinar que el instinto aparezca como la causa principal y originaria de la familia, quitar el abo-  
lengo de la libertad á la Iglesia para dárselo á la raza  
germánica, hacer incompatible al hombre con Dios, y  
reemplazar la autoridad de Jesucristo depositada en las  
manos de Pedro y sus sucesores, por la de un rey.

Para demostrar lo que afirmamos, nos proponemos es-  
cribir la segunda parte de este estudio, en el caso que  
su éxito corresponda al buen deseo que hemos tenido, de  
contribuir á la propagacion de las doctrinas sanas.

FIN.

---

## ÍNDICE.

---

|                                            | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------|--------------|
| Introduccion. . . . .                      | 2            |
| El Génesis y las ciencias. . . . .         | 11           |
| Abraham y la vida patriarcal. . . . .      | 19           |
| Pericles y la sociedad de Atenas. . . . .  | 39           |
| Octavio Augusto y el mundo romano. . . . . | 63           |
| Cárlos V ante Europa.. . . .               | 93           |
| Siglo de Luis XIV. . . . .                 | 137          |
| Mirabeau y la Revolucion. . . . .          | 186          |

FIN DEL ÍNDICE.



# LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

SE PUBLICA LOS DIAS 8, 15, 22 Y 30 DE CADA MES.

Esta notable Revista publica en sus páginas no solo los acontecimientos más importantes que ocurren en el mundo, sino también cuantos monumentos artísticos y notables existen en España y América.

Cada número consta de 16 páginas gran folio, con grabados en ocho de ellas, inmejorablemente impresos sobre papel superior. Cuando las circunstancias lo exigen se publican suplementos, gratis para los señores suscritores. El texto y los grabados son siempre de los más distinguidos escritores y artistas, y la edición tan lujosa como las mejores de los periódicos de esta clase que se publican en el extranjero.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

|               | MADRID.     | PROVINCIAS<br>Y PORTUGAL. | EXTRANJERO. |
|---------------|-------------|---------------------------|-------------|
| Un año. . . . | Pesetas. 35 | Pesetas. 40               | Francos. 50 |
| Seis meses. . | » 18        | » 21                      | » 26        |
| Tres meses. . | » 10        | » 11                      | » 14        |

AÑO XXXV.

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA,

PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Sale á luz los días **8, 14, 22 y 30** de cada mes, y cada año forma un hermoso volumen de unas **1.200** columnas gran folio, de escogida lectura, conteniendo sobre **3.500** grabados intercalados de las más recientes modas y toda clase de labores propias de señoras; **48** figurines grabados en acero é iluminados con colores finos; — dibujos de tapicería; — **24** grandes patrones tamaño natural, con más de **1.000** modelos de trajes, corazas, tunicas, delantales, abrigos y demas confecciones. Estos patrones alternarán con las grandes hojas de dibujos para bordados, que tanta aceptación han tenido en años anteriores, y una colección de selectas piezas de música moderna para *canto y piano y piano solo*, originales de los maestros compositores más notables de España y del extranjero; **50** ó más ejercicios de ingenio, como son Saltos de Caballo ó Jeroglíficos; todo lo cual constituye un **PRECIOSO ALBUM**, digno de ocupar, por su belleza, lujo y utilidad, un lugar preferente, lo mismo en el gabinete de la aristocrática familia, que en la mesa de labor de la ménos acomodada señorita.

La lectura es selecta é instructiva, y su contenido excede en el año de **60** tomos en 8.<sup>o</sup>

## PRECIOS DE SUSCRICION.

|               | 1. <sup>a</sup> EDICION. |                           | 2. <sup>a</sup> EDICION. |                           | 3. <sup>a</sup> EDICION. | 4. <sup>a</sup> EDICION. |
|---------------|--------------------------|---------------------------|--------------------------|---------------------------|--------------------------|--------------------------|
|               | Madrid.                  | Provincias<br>y Portugal. | Madrid.                  | Provincias<br>y Portugal. | Madrid y Prov.           | Madrid y Prov.           |
|               | Pesetas.                 |                           | Pesetas.                 |                           | Pesetas.                 | Pesetas.                 |
| Un año. . . . | 37,50                    | 40,00                     | 28,00                    | 50,00                     | 20,00                    | 15,00                    |
| Seis meses. . | 19,00                    | 21,00                     | 14,50                    | 16,00                     | 10,50                    | 8,00                     |
| Tres meses. . | 10,00                    | 11,00                     | 7,50                     | 8,50                      | 5,50                     | 4,25                     |
| Un mes. . . . | 3,50                     | 4,00                      | 2,50                     | 3,00                      | 2,00                     | 1,50                     |

Perteneciendo estos dos periódicos á una misma empresa, se concede una rebaja de 25 por 100 en el precio de **La Moda** al que se suscriba á ambos.

# OBRAS PUBLICADAS POR LA EMPRESA

DE LA

## ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

- \* Cuadros contemporáneos, por D. José Castro y Serrano; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 6 pesetas.
- \* Mujeres del Evangelio, por Larmig; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.
- \* El Gaban y la Chaqueta, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 6 pesetas.
- \* Verdades y ficciones, por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de D. Luis Mariano de Larra; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- La Ilustracion Española y Americana de 1871, 72, 73, 74 y 75 se vende por tomos sueltos á los precios de suscripcion.
- Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larmig, Alarcon, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas; un tomo, 4.<sup>o</sup> mayor, 8 pesetas rústica y 12 pesetas lujosamente encuadernado, con los cortes dorados.
- Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 8 pesetas.
- Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas; segunda edicion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.
- Cosas del dia, continuacion de las Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.
- Recuerdos de Italia, por D. Emilio Castelar; segunda edicion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 6 pesetas.
- Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Pepita Jimenez y Cuentos y romances, por D. Juan Valera; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Amores y amoríos, historietas en prosa y verso, por D. Pedro Antonio de Alarcon; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Un libro para las damas. Estudios acerca de la educacion de la mujer, escritos por D.<sup>a</sup> María del Pilar Sinués de Marco; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- El Matrimonio, su ley natural, su historia, su importancia social, por D. Joaquin Sanchez de Toca, con un prólogo de D. Aureliano Fernandez-Guerra; dos tomos, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 8 pesetas.
- Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; obra censurada por la autoridad eclesiástica y publicada con su autorizacion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.

Se hallan de venta en las principales librerías y en la Administracion de

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.

Las obras marcadas con \* se hallan agotadas.



OBRAS PUBLICADAS POR LA EMPRESA  
DE LA  
ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

- La Ilustracion Española y Americana de 1871, 72, 73, 74 y 75 se vende por tomos sueltos á los precios de suscripcion.
- Album poético español, por los señores Marqués de Molins, Hartzzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bastillo, Arnao, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Echevarría, Larrañaga, Alarcón, Trueba, Hurtado y Duque de Rivas; un tomo, 4.<sup>o</sup> mayor, 8 pesetas rústica y 12 pesetas lujosamente encuadernado, con los cortes dorados.
- Várias obras inéditas de Cervántes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el *Quijote*, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 8 pesetas.
- Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas; segunda edicion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.
- Cosas del día, continuacion de las Delicias del nuevo paraíso, por D. José Selgas; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.
- Recuerdos de Italia, por D. Emilio Castelar; segunda edicion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 6 pesetas.
- Mari-Santa, por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Pepita Jimenez y Cuentos y romances, por D. Juan Valera; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Amores y amorios, históricas en prosa y verso, por D. Pedro Antonio de Alarcón; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- Un libro para las damas. Estudios acerca de la educacion de la mujer escritos por D.<sup>a</sup> Maria del Pilar Sinués de Marco; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 4 pesetas.
- El Matrimonio, su ley natural, su historia, su importancia social, por D. Joaquín Sanchez de Toca, con un prólogo de D. Aureliano Fernandez-Guerra; dos tomos, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 8 pesetas.
- Cuarenta siglos. Historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes; obra censurada por la autoridad eclesiástica y publicada con su autorizacion; un tomo, 8.<sup>o</sup> mayor frances, 3 pesetas.

Se hallan de venta en las principales librerías y en la Administracion de

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID.